

Alejandro Fabbri

El nacimiento de una pasión

Historia de los clubes de fútbol



Prólogo de Adrián Paenza

ci

CAPITAL INTELECTUAL

Alejandro Fabbri

EL NACIMIENTO DE UNA PASIÓN

FB2 Enhancer

PRÓLOGO

Los mil colores del compromiso

Por Adrián Paenza

El texto que ustedes tienen en sus manos se transformará inexorablemente en material de referencia. No hay manera de no consultarlo y hacía falta que estuviera escrito. En todo caso, pone en perspectiva lo poco que sabemos de nuestra historia y lo distorsionada que está.

El fútbol se originó como un juego, un entretenimiento. Devino en deporte y luego fue captado en buena parte del mundo por un grupo de mafiosos. Ellos nos quitaron y nos quitan lo mejor que tiene, o que tenía. Son los que lucran y medran con él.

Sin embargo, como ya se están por embarcar en recorrer esta parte de nuestra historia, créanme que eligieron bien. Éste es el libro que quedará para la consulta, para esclarecer confusiones y para saber «cómo fue».

Del autor, Alejandro Fabbri, vaya decir sólo un par de cosas. Lo conocí en 1983, y esto lo sé porque me lo dijo él, no porque yo lo recuerde. Lo que sí recuerdo es que desde que empezamos a trabajar juntos, siempre me sentí cómodo y respetado, siempre sentí que tenía a mi lado a alguien comprometido con el grupo y no con su ambición individual. Alejandro es eso: comprometido con quienes están al lado, sean sus familiares, sus amigos, sus compañeros de trabajo, o el prójimo a quien no conoce personalmente.

El meridiano de su vida no pasa por la pelota, pero más allá de las opiniones sobre un partido o sobre quién juega mejor o peor, Alejandro entiende el fútbol de hoy como una manifestación más de una sociedad que quiere ser diferente. Si no ocupó un lugar más privilegiado en el contexto periodístico, es porque nunca quiso transar con el «poder».

Para Alejandro, no sólo juegan River y Boca, ni siquiera los «equipos grandes». Y lo manifiesta en cuanta aparición pública puede. Cuando la gente que editaba los programas de Fútbol de Primera, liderados por el hijo del dueño de la pelota, quería que los domingos por la noche se emitiera sólo un compacto «breve» del resto de los partidos, Alejandro se opuso sistemáticamente. «El fútbol, el verdadero, el que apasiona, no tiene camisetas. Pasemos lo mejor de la fecha, independientemente del color de la vestimenta.» Es obvio que Alejandro entiende lo que es el rating, pero también sabe que no puede traicionar sus raíces, ni dejar de pelear por los que menos tienen.

Este libro es justamente eso: un lugar para que la historia no sea distorsionada por quienes «parece» que han triunfado, y ven todo color «azul y amarillo» o «rojo y blanco».

Viajamos con Alejandro y todo el grupo que transmitía partidos desde el interior del país para la Capital durante dos años consecutivos. Salíamos los sábados un grupo de periodistas, productores y técnicos. Éramos once por fin de semana. Llegábamos a alguna ciudad en donde hubiera fútbol a la noche, íbamos al hotel, transmitíamos el partido, cenábamos todos juntos, dormíamos y volvíamos el domingo siguiente para distribuimos por las canchas y relatar o

comentar lo que sucedía con el resto de la fecha.

Alejandro y yo (comentarista y relator, en ese momento), compartíamos la habitación. Muchas piezas, muchas noches, muchos partidos, muchas cenas, muchas charlas... muchas. Nunca tuvimos una diferencia. Nunca antepuso lo que a él le gustaría hacer para violar lo que podría interesarme a mí o al resto del grupo.

Nos nutrió a todos con sus datos y nos hizo aparecer mejores de lo que somos o éramos. Y nunca se llevó el crédito. Tan genuino es, que nunca negó su condición de hinchado de Platense, su «otro» amor.

Que sirvan ahora las páginas que siguen para que Alejandro nos lleve de la mano para aprender quiénes fuimos y por qué somos lo que somos. Al menos, en el fútbol.

HISTORIAS A CONTRAMANO

Por Alejandro Fabbri

Siempre se dijo que “la historia la escriben los que ganan” y que existe otra historia, más sencilla, menos heroica, que tiene que ver con los hechos de todos los días, con las ilusiones y esperanzas de cambiar algo para mejor. De darle cuerda al sueño que alguna vez tuvimos y que nos hace sentir una irrefrenable ansia de cumplirlo. Eso fueron los cientos de clubes de fútbol que nacieron a finales del siglo XIX, a principios del siglo XX o inclusive más cerca de nuestro tiempo. Eso fueron las miles de manos que se levantaron para imaginar nombres y apodos, para construir canchas y generar amistades y enemigos para siempre. Así crecieron y navegaron barriadas enteras al amparo de la suerte o de que la pelota entrara en el arco contrario, alrededor de clubes que las identifican desde hace más de un siglo.

¿Qué sería de Avellaneda sin Racing e Independiente?

¿Y de La Boca sin su club emblemático? ¿Parque Patricios sin Huracán o Boedo sin San Lorenzo? ¿Rosario sin Central ni Newell's? Seguro, pero seguro, que tendrían menos color, menos alegría, menos magia.

Este trabajo pretende rescatar los orígenes de los clubes que hicieron y hacen grande al fútbol argentino. De aquellos que fueron creados cuando el “deporte de los ingleses locos” —como llamaban al fútbol allá por 1890se empezaba a difundir con una rapidez asombrosa entre los inmigrantes, sus hijos y los criollos en cada rincón patrio. Fueron los británicos y sus ferrocarriles quienes sacaron la materia prima nacional hacia el puerto de Buenos Aires o el de Rosario. En esos tendidos larguísimas de vías férreas abundaron las estaciones con ingleses, escoceses, galeses o irlandeses que trabajaron a la par de los obreros locales y allí, en ese contagio, se propagó el fútbol como epidemia.

La investigación procuró resaltar nacimiento, camiseta, apodo y cancha original. ¿Colón tiene otra fecha de fundación? ¿Y River? ¿Huracán debe su nombre a algo que no es el globo de Jorge Newbery? ¿Por qué los de Atlanta son “bohemos”? ¿En la cancha de Tigre se ahogó un lechero?

Aparecen mil preguntas y otras tantas respuestas.

En aquellos años fundacionales, el elitismo europeo se fue diluyendo, aparecieron los hijos de italianos o españoles, los criollos con origen bien argentino y el fútbol pasó a ser del pueblo. Luchas desiguales para conseguir un terreno propio, para que alguien pusiera el dinero que permitiera comprar camisetas, una pelota o incluso un sello que identificara al nuevo club. Todo valió la pena para alumbrar una enorme cantidad de instituciones que siguen en pie, por encima de dictaduras, crisis económicas y catástrofes deportivas.

¿Es más fuerte el amor por una camiseta que por una pareja, una religión o una ideología? El amor a un club llega de pequeño, por gravitación familiar, de los amigos o de la zona donde uno vive. Difícil, casi imposible, era conseguir años atrás que los muchachos de un barrio se hicieran hinchas de un club lejano. Había más identificación barrial, menos movilidad social y, sobre todo, menor búsqueda del triunfo como único espejo posible. Esas identificaciones fueron destruidas.

Hoy, mandan River y Boca. ¿Mandaron siempre? La historia dice que en el amateurismo había mucha más paridad, que ambos nacieron en La Boca pero que luego desviaron sus caminos y ese viejo clásico zonal alumbró uno que está entre las rivalidades más enconadas del fútbol mundial. Se odian, pero se necesitan. Difícil entender a uno sin el otro, una situación que se repite por decenas entre los rivales de barrio, ciudad o provincia.

La influencia de los medios masivos de comunicación, los éxitos deportivos originados en un poderío económico que se ha ido ampliando con los años, una distribución económica que premia al poderoso y a quien recibe un mayor favor del público, todo eso ha edificado un fútbol desigual, con dos entidades que largamente exceden al resto. Más allá del esfuerzo, la seriedad y el profesionalismo de otras instituciones que compiten deportivamente, pero que no pueden pelear el reparto del dinero ni el favor de los medios.

Hoy, resulta muy difícil que la juventud apunte a fortalecerse en el club de su barrio o de su entorno. Es inmensamente sencillo (y hasta ahorra sufrimientos) hacerse hincha del más grande, porque así puedo ganar, trascender y cargar a los demás. Me siento superior porque mi club es grande. Comparto amores con innumerable cantidad de hinchas que no tienen nada que ver conmigo, pero tenemos el mismo amor por esos colores.

Lástima grande que el fútbol argentino haya perdido parte de esa sensibilidad especial que lo hacía diferente, con una decena de clubes —por lo menos— que tenían ambición y chances de «campeonar» y pelear mano a mano contra todos. Hoy, la torta del fútbol se expandió, pero el éxito les llega a muy pocos. ¿Se podrá revertir la tendencia? ¿Tendremos un país repleto de chicos hinchas de Boca o de River? ¿Eso queremos? Todo sin mencionar la violencia entre hinchadas, la cultura del «aguante» y otros temas que ameritan un nuevo libro.

Acá se cuenta el origen, la evolución de cada uno de los poderosos y de los otros, aquellos que fueron grandes hace mucho tiempo y ahora tratan de sobrevivir. De los que apostaron al futuro, hicieron inversiones, cuidaron y protegieron a sus futbolistas desde que nacían al mundo del fútbol y de los que encontraron un hogar después de navegar por diferentes barriadas.

Es una historia apasionante, sobre todo porque hay versiones distintas, hay verdades que no son tales, hay fundaciones insólitas y fechas que no son las reales.

¿Algunos clubes cambiaron su propia historia? Sí, fue así.

Algunas están probadas y en otras se hace muy difícil confirmar el hecho. Los papeles y los testigos se perdieron en el tiempo.

Para resaltar que no es únicamente una cuestión bonaerense, se narran las fundaciones de muchas instituciones del interior del país, hoy protagonistas de un fútbol más federal, más democrático y menos rígido que antes, por más que Dios siga atendiendo en Buenos Aires.

CAPÍTULO UNO

Ferro Carril Oeste · Chacarita Juniors · Atlanta · Argentinos Juniors · Platense · Tigre

Buenos Aires tiene clubes que la habitan desde hace más de cien años y otros que han tenido que abandonarla por fuerza mayor, por una mezcla de desatinos dirigenciales y decisiones equivocadas. Cuando arrancó el profesionalismo, en 1931, cinco equipos de barrio se dividían preferencias en zonas más o menos cercanas.

FERRO

Bienvenidos al tren

Estamos hablando de Ferro Carril Oeste, dueño de Caballito desde su fundación en 1904. De los vecinos Atlanta y Chacarita Juniors, enfrentados en Villa Crespo hasta que una mudanza relativizó todo en 1945. De Argentinos Juniors, que fue trasladando su estadio hasta afincarse en La Paternal para siempre. De Platense, único habitante de la Zona Norte porteña que tuvo que lidiar con la llegada del gigante River en 1938 y partir hacia Vicente López, a pasos de su propio barrio, Saavedra, en 1979.

Ferro tiene una historia simple en cuanto a nombre y apodo, pero al mismo tiempo carece de sobrenombres que no tengan que ver con el color de su camiseta o con su nombre real. Para casi todos es «Ferro» y para muchos de sus hinchas es Oeste, cosa curiosa. Cuando a Eduardo, a Jorge, o a Marcelo, amigos desde el colegio secundario y hoy pisando los 50, les preguntaban de qué cuadro eran, la respuesta era siempre la misma: «De Ferro», aunque rato después se rompieran la garganta gritando «Oeste...

Oeste» en los tiempos del coraje sin igual de Cacho Saccardi y la zurda mágica de Héctor Arregui, el hermano mayor de Carlos, doble campeón con Timoteo Griguol. Un club cuyo debut en Primera División ocurrió en 1913 y que tuvo una participación inicial en la Copa Competencia de la Asociación Argentina con goleada 5-1 ante Olivos. El que setenta años después construyó su página más gloriosa, al ganar los nacionales de 1982.

El apodo es simple. Los verdes, verdolaga, el más contemporáneo «tren bala de Caballito» y no mucho más.

Con origen ferroviario y británico, en una época —comienzos del siglo XX— en la que todo tenía aroma inglés, les decían «los ferrocarrileros» y poco tiempo después eran conocidos como «la murga de Languasco», en referencia a un mítico delegado del club que había impuesto el color verde, harto de perder partidos con otros colores. Fueron 95 los empleados del Ferrocarril del Oeste los que se juntaron un 28 de julio de 1904 para decidir, en la oficina de cargas de la empresa, fundar un club que se llamaría Club Atlético de los empleados del Ferrocarril Oeste de Buenos Aires. Dos directivos ingleses le dieron el impulso decisivo a la idea, el gerente general David Simson y John Hardy, luego presidente de la nueva entidad.

Ferro gozó de privilegios en su fundación. Porque no varió su nombre salvo para acortarlo, pero sobre todo porque nunca cambió su ubicación. Pegado definitivamente a Caballito, fue creciendo con el barrio. A la hora de buscar un terreno donde fijar la precaria sede y tener una cancha, fue el propio ferrocarril el que cedió las tierras lindantes a las vías, desde Cucha Cucha hasta Avellaneda, siguiendo hasta Fragata Sarmiento, para instalar club y estadio. En aquella época, se estilaba construir una casilla de madera y Ferro no fue la excepción. Porque aprovechando los envases donde venían embaladas las piezas de las locomotoras, los muchachos construyeron su sede. Chiquita y modesta, pero hogar al fin. Allí era zona de quintas y donde Ferro se asentó existía la chacra de doña Anita, con dos hileras de higueras y una gran parte dedicada al cultivo de papas. El trabajo de peones, fundadores, jugadores y socios del nuevo club

de ferroviarios convirtió a la chacra en un lugar apto para la práctica del fútbol.

Ferro forma parte del corazón del barrio de Caballito y nunca se asomaría a ninguna otra zona de la ciudad, salvo cuando sus dirigentes compraron las tierras de Pontevedra, un suburbio de Merlo, en el oeste del Gran Buenos Aires, para hacer un complejo deportivo que supo causar furor en los '70 y '80. Y un club céntrico, porque el centro geográfico de la Ciudad de Buenos Aires está ubicado en Avellaneda 1023, exactamente a una cuadra y media del club y a tres de la cancha. La primera camiseta fue una remera blanca abotonada con una franja roja de siete centímetros de ancho que le cruzaba la espalda. Además, lucía un escudo del mismo color sobre el corazón, con fondo rojo y letras blancas. Esta prenda no terminó de conformar y en 1907 se decidió —tras jugar un amistoso contra un grupo de marineros británicos adoptar la camiseta de un equipo de ese país, el Aston Villa de Birmingham, color borravino con mangas celestes, completándose el atuendo con pantalón blanco y medias negras.

Sin embargo, a mediados de 1911 y dado que con esos colores no se conseguían buenos resultados, los muchachos resolvieron adoptar el color verde, porque Caballito era un barrio verde, con tantas quintas y árboles, y porque al mismo tiempo el verde era el sinónimo de la esperanza y del «vía libre» en lenguaje ferroviario. Ya era verde la camiseta cuando Santiago Sayanes se dio el gusto de ser el primer verdolaga en integrar la Selección Argentina, un 15 de agosto de 1916, cuando Argentina venció a Uruguay por 3-1. Sayanes venía de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires y había representado siete veces al país desde aquel club.

De todas maneras, Ferro ha utilizado muchísimas variaciones de sus camisetas, siendo particularmente recordadas las del equipo de 1953, cuando el mítico José Manuel Moreno lucía la casaca dividida en cuatro partes cuadradas, dos verdes y dos blancas. También vale la pena acordarse de la camiseta de 1966, en medio de una campaña malísima con un 0-6 ante el fabuloso Racing de Pizzutti en el mismo Caballito, con la copia fiel de la camiseta del Celtic que, apenas un año después, perdería la final del mundo contra el recordado «equipo de José».

En el Nacional de 1974, se clasificó para la parte decisiva y terminó quinto. En esos partidos de un caluroso diciembre, Ferro le hizo un homenaje a Holanda. Claro, estaban muy frescos los partidazos que habían hecho los jugadores de la «naranja mecánica», con Cruyff a la cabeza, en el Mundial de Alemania. En la cancha de Newell's, en la primera jornada de esa ronda final, Ferro sorprendió a todos porque le ganó al casi imbatible Central de Mario Kempes por 3-2. El último gol fue una palomita del monumental Gerónimo Saccardi que hoy todavía emociona. Además, porque jugó con una camiseta naranja que tenía un caballito negro en el pecho, pantalón negro y medias naranjas. Eran los holandeses en Rosario...

Atrás había quedado esa antinomia que mantuvo divididos internamente a los socios de Ferro por muchos años. Porque al impulso futbolero y social de los viejos ferroviarios hubo gente que le opuso el deseo de construir un club sin fútbol, justamente la razón de su nacimiento. En el medio su nombre se fue abreviando: en 1932 pasó a llamarse Club Atlético del Ferrocarril Oeste de Buenos Aires y seis años después quedó el definitivo Club Ferro Carril Oeste. En ese 1938 hubo un intento por fusionar a Ferro con Chacarita Juniors, trasladando la parte profesional a Villa Crespo, donde Chacarita tenía su estadio, lindero con Atlanta. Con Virgilio Capaccione a la cabeza, los futboleros se opusieron furiosamente y pudieron evitar la partición del club. Hubo

varios intentos más, como llevar la cancha a Morón para que se construyera la terminal de ómnibus de Primera Junta. Nada de eso finalmente ocurrió.

Ya en los años noventa, cuando se desmoronó la estructura eficiente y contenedora que habían armado el presidente Santiago Leyden y su gente, Ferro fue variando camisetas hasta derivar en una verde y violeta y en otra íntegramente violeta.

CHACARITA

Estilo funebrero

Caballito es uno de los barrios grandes y más poblados de la geografía porteña. Hacia el norte limita con Villa Crespo, y es la Avenida Ángel Gallardo con su continuación San Martín la que los separa. Pegadito a Villa Crespo, cruzando la Avenida Dorrego, nace el viejo barrio de Chacarita, muy cerca del cementerio más grande de la ciudad. La palabra Chacarita deriva del americanismo «chácara» o «chacra». Otros dicen que no es así, que es un simple apodo para una chacra chica. Ahí nomás del cementerio está la Plaza Los Andes, donde funcionaba el viejo Cementerio del Oeste, colapsado cuando la epidemia de fiebre amarilla provocó más de nueve mil muertos en la capital argentina.

A fines del siglo XIX, el barrio era un paraíso de huertas y sembradíos con algunas casas de fin de semana. Allí vivió Carlos Pellegrini antes de 1900 y supo esconderse alguna vez don Hipólito Yrigoyen, en la época en que votaban los muertos y las mayorías eran relegadas a mirar cómo los más poderosos conducían el país.

En ese lugar, que lindaba con la «Chacarita de los Colegiales» —luego denominado Colegiales— nació el Club Atlético Chacarita Juniors. Entre tantos fruteros, tamberos, criadores de aves y vendedores de escobas, nació otro de los clubes que gozaron rápidamente del respaldo popular.

A fines de 1905, existía en la zona un equipo llamado Defensores de Villa Crespo, que jugaba partidos con los muchachos de la zona. Y la mayoría de los pibes del futuro barrio de Chacarita eran socios o adherentes a ese club.

A fines de abril de 1906, otros muchachos vecinos de la zona que unía a Federico Lacroze con Avenida Triunvirato (hoy Avenida Corrientes) y que no habían formado parte de ningún equipo resolvieron crear el suyo.

El 1 de mayo de 1906, se juntaron en el Centro Socialista de la Sección 17^a, ubicado por aquella época en Dorrego y Giribone (hoy Córdoba). Ahí nació el Club Atlético Chacarita Juniors, nombre promovido por los hermanos Alfredo, Manuel y Maximino Lema, siendo elegido este último como el primer presidente. Claro, los tres vivían en la calle Chacarita, que cambió su nombre a partir de 1914 por el de Jorge Newbery.

Como sucedió casi siempre, las primeras reuniones fueron cambiando de lugar, en la búsqueda permanente de un hogar definitivo. Primero en Rivera y Leones, luego pararon en Jorge Newbery 3636, donde una lechería les servía de oficina, espacio para reunirse y bar al paso. Solucionado el primer inconveniente, llegaron otros dos, casi decisivos para que el club recién fundado siguiera existiendo: comprar la primera pelota y tener el sello distintivo de la institución. Cuenta la leyenda que hubo colecta en el barrio, que los muchachos pudieron vender varios kilos de diarios viejos y con esa plata —3 pesos— les alcanzó para comprar el sello gracias a Juan Fazio, otro asociado. Para la pelota, todo resultó más simple. Sin el dinero suficiente, la donó un comisario de la zona con la condición de que jugaran un partido contra los famosos del barrio, el tal Defensores de Villa Crespo. Dicen que el partido duró menos de media hora porque la pelota se reventó.

La mayoría de las instituciones —que nacían humildes y voluntariosas, pero con la casi única

idea de jugar al fútbol y trascender allí— tuvieron desprendimientos, peleas internas entre los calores y sofocones que provocaba el arte de manejar con habilidad la pelota y meterla en el arco contrario. Chacarita no fue la excepción. En 1915 varios socios se fueron al cercano Platense, que ya militaba en la Asociación Argentina. Se fueron, jugaron y volvieron. En 1919 dieron comienzo a la reorganización de la institución, cuando se juntaron en el Café de la Curva, que los agrupaba semanalmente en Jorge Newbery y Giribone.

En Álvarez Thomas y Federico Lacroze existía un descampado tentador. No había moros en la costa, así que lo alambraron y a otra cosa. El problema era que ese campito estaba pensado como una nueva calle. Una tarde llegó la policía, y con ella el desalojo. A buscar de nuevo. A parecerse a los futuros vecinos, esos que fueron apodados «bohemos» por no tener un barrio fijo. Pero Chacarita se sobrepuso a la tremenda decepción de no contar con una cancha propia y hasta se defendió de quienes querían cambiarle el nombre. Aunque se propusieron Defensores de Maldonado, Jorge Newbery y Carlos Pellegrini, nada modificó el anhelo de pertenecer al barrio y a sus afectos. Finalmente, y después de muchos esfuerzos, se consiguieron los terrenos de la manzana comprendida por las calles Murillo, Darwin, Padilla y Humboldt. Durante un tiempo, Chacarita había jugado en la canchita del club Enigma, compartiendo gastos y esfuerzos, pero estaba claro que necesitaba un lugar propio.

Allí, el club pudo jugar oficialmente entre 1925 y 1930.

Se levantaron las casillas de madera que oficiaban de vestuarios y las pequeñas tribunas de tablones. En su libro Chacarita de Primera, Carlos Piro cuenta que «durante esa época, como no había cortadora de césped para la cancha, tres socios, Federico, Chiquito Nader y Miguel Yanetti, llevaban un asno prestado por un amigo para que se comiera el pasto y dejara el campo más o menos en condiciones».

Fue uno de los clubes que más tardíamente se afilió a la Asociación Argentina, rival por entonces de la Asociación Amateurs, donde jugaban casi todos los clubes más populares. El arribo de Chacarita —tras una dura pelea con la Asociación para que le aceptara el añadido de Junior a Primera División recién pudo producirse en 1925. Fue un torneo ganado por Huracán, donde brillaba Guillermo Stábile, el filtrador, goleador de la Selección Argentina que en 1930 fue subcampeona mundial.

Para llegar a la máxima categoría, Chaca venció por 2-1 a la intermedia de Boca y ganó el torneo de Segunda División con Eduardo Pibona Alterio en su arco.

Justamente fue Alterio, tío del excepcional actor Héctor Alterio, quien tuvo el alto honor de ejecutar el primer penal en el profesionalismo. Lo hizo en 1931 contra Tigre y se lo convirtió al arquero Savarro, en una acción en la que Savarro decidió quedarse inmóvil junto a un poste, en señal de protesta contra la sanción del árbitro Riestra. El partido terminó empatado en tres goles.

Esa llegada a la Primera División tuvo un premio extra:

José Gaslini, ex-delantero del Club Alvear, fue convocado a la Selección y fue el primer funebrero en ponerse la camiseta albiceleste, el 12 de julio de 1925, cuando Argentina empató 1-1 con Paraguay en el viejo estadio de Sportivo Barracas.

Esa primera campaña lo ubicó en un excelente quinto puesto, solamente superado por Nueva Chicago, El Porvenir y Temperley, pero dejando bien atrás a Sportivo Barracas, All Boys,

Argentinos Juniors y a un Boca Juniors que apenas disputó 7 partidos, porque realizó su exitosa gira por Europa. Y cuando en 1928 las viejas asociaciones se fusionaron, creando un torneo de 36 equipos, Chaca quedó en el puesto número 12, algo que fue mejorado en 1929, cuando el torneo se dividió en dos zonas y llegó tercero, detrás de Boca y de San Lorenzo.

Para esos años, se modificaron los colores iniciales.

Las primeras camisetas eran celestes, con cuello y puños blancos. Esos colores tuvieron un origen muy simple: las había donado la hermana de uno de los socios fundadores, Alfredo Palacios, homónimo del primer diputado socialista de América Latina. Durante algunos partidos del amateurismo y en el primer torneo profesional de 1931, Chacarita utilizó una camiseta celeste con una franja horizontal blanca, en homenaje a su primera vestimenta.

Carlos Piro señala que «según recuerda Néstor Lema, hijo de Alberto, uno de los fundadores del club, eso es cierto, pero asegura que fueron regaladas por la casa Avelino Cabezas, que cerró en 1924, donde trabajaban algunos de los fundadores del club. Ya en 1920 las fotos muestran que se utilizaba la tricolor, a rayas rojas y negras, separadas por una blanca, más fina. El hijo del fundador asegura que fue un regalo posterior de la casa Gath & Chaves, donde trabajaban varios de los hermanos Lema, sin tener ningún significado particular, como siempre se dijo. Varios ejemplares del diario La Argentina dan una versión distinta de cómo se llegó a la camiseta tricolor. El diario señala que la primera camiseta de Chacarita era blanca y roja por mitades. Luego de la segunda fundación, en agosto de 1919 se empezó a usar la celeste. Un párrafo extraído del diario Última Hora de 1924 agrega que 'los dirigentes del entusiasta club Chacarita Juniors han decidido cambiar sus colores, ya que estos son utilizados por otros clubes, es por eso que han llegado hasta una conocida casa especializada y compraron varios juegos a bastones verticales blanco, negro y rojo, que fueron del agrado de todos'».

Pero la versión oficial indica que fue durante la primera década cuando los directivos decidieron cambiar de raíz la camiseta. Se eligió el blanco de la pureza, el rojo de la sangre del pueblo y el negro del cementerio. ¿Hace falta explicarlo? Chacarita nació en un Comité Socialista (rojo), muy cerca del cementerio (negro) y con las más altas ilusiones (blanco). Así, con esa enseña tricolor, llegó la camiseta definitiva.

En cambio, no necesita muchas vueltas el apodo popular al nuevo club, el de funebreros, por la cercanía con el Cementerio de la Chacarita. A algunos no les gustó, pero fue muy apto para que los distintos diarios de la época —salvo La Nación y La Prensa de ese entonces, muy formales y conservadores— usaran el sobrenombre para titular, algo así como «Chacarita enterró a River», «Chaca le cavó la fosa a Independiente».

Chacarita dio la enorme ventaja de no tener estadio hasta 1933, cuando pudo debutar oficialmente, el 12 de marzo, en la primera fecha del torneo y ganarle por 3-1 a Tigre. El lugar era especial, porque estaba enclavado en el corazón de Villa Crespo, a metros de la cancha de Atlanta, sobre la misma calle Humboldt, lo que generó una rivalidad especial, que aumentó con los años y luego se fue diluyendo ante la ausencia de enfrentamientos, porque ambos clubes no coincidieron en las mismas categorías.

Las diferencias con Atlanta se acentuaron y sellaron una separación abrupta cuando en 1943 la Sociedad de Tierras de Villa Crespo, vinculada a Atlanta, compró los terrenos de Humboldt,

incluyendo los que alquilaba Chacarita. Eso significó para los funebreros el desalojo de su cancha y la decisión de encontrar un lugar definitivo y nuevo. Se hizo la mudanza, se llevaron las estructuras y los tablones de madera hacia San Martín, en la zona de Villa Diehl. Todo esto hizo que Chacarita fuera local durante los primeros partidos de 1945 en la cancha de Ferro y recién el 15 de julio inaugurara su cancha —que quedó lista luego de un formidable trabajo de 141 días— ante Lanús, con un empate en dos goles.

El acierto del cambio de lugar implicó que Chacarita aumentara notablemente su caudal societario, llevándolo de 4.960 que tenía en 1944 a casi ocho mil un año y medio después. Su hinchada seguiría creciendo porque el club, entre otras cosas, se afincó en una zona que carecía de un equipo de Primera División. Ni hablar cuando el equipo de San Martín ganó el campeonato Metropolitano de 1969 aplastando a River por 4-1 en la cancha de Racing.

ATLANTA

El fervor de los bohemios

Entre mediados del siglo XIX y el comienzo del siglo XX, en cada barrio, en cada cuadra, había un grupo de chicos dispuestos a formar un equipo y darle nombre, color y sello a su ilusión. En el barrio de Monserrat no pasaba nada diferente. La idea venía desde hacía rato. Otra vez, un grupo de adolescentes, algún veinteañero y las ganas de todos: crear un club de fútbol. La cita ocurrió en la casa de Alsina 1119, cerquita de la Avenida de Mayo. Allí se juntaron Héctor Franco, Trifón Piaggio, Juan Escribano, Benigno Larissa y varios entusiastas más. Fue un 12 de octubre de 1904.

Primera coincidencia: años más adelante les pusieron bohemios y el día de la reunión fundadora los muchachos no encontraron demasiadas comodidades en esa casa y se fueron a una plaza cercana ubicada en la intersección de Buen Orden (hoy Bernardo de Irigoyen) y Concepción (Avenida Independencia).

Allí se votó elegir la casa de Sanz como sede del nuevo club, se decidió aceptar la moción de Fabián Orradre de ponerle Atlanta, en homenaje a las víctimas de un tornado que había devastado la ciudad del mismo nombre en Georgia, Estados Unidos. Nunca confirmada, otra versión indica que algún integrante de la reunión recordó el nombre de un barco que estaba fondeado en el puerto porteño, ubicado a pocas cuadras.

y lo mismo sucede con la camiseta. Atlanta siempre tuvo la misma, azul y amarilla a rayas verticales, a propuesta de Emilio Bolinches, quien fuera arquero del equipo en los primeros años. Sobre el por qué de los colores, en aquella época eran muchos los toldos de los comercios de Buenos Aires que tenían rayas azules y amarillas, lo que habría inspirado a Bolinches.

Lo que no podían conseguir, justamente, era la camiseta pensada, azul y amarilla a rayas verticales. Por ese motivo, salieron a buscar la tela y apenas pudieron llevarse varios metros de lona azul y amarilla de la casa Lage para hacer la ropa futbolera. Claro, ultracalurosas y, cuando se mojaban de sudor, recontra frías.

y empezó la recorrida por Buenos Aires para conseguir cancha propia. La primera fue en Floresta, donde hoy se cruzan Juan Bautista Alberti y la Avenida Escalada. Allí, levantando su primera casilla de madera, debutaron el 29 de abril de 1906, cuando le ganaron por 3-1 a Estudiantes de Buenos Aires B.

En el libro La historia de Atlanta, de Alejandro Domínguez, el investigador explica que «en esa cancha jugaban los domingos, pero al terminar el partido los miembros de la comisión realizaban penosos viajes transportando cada uno los implementos a sus casas. Luego, los muchachos consiguieron que la hermana de Elías Sanz, vecina del lugar, se los guardara. El club tenía en su cancha hasta un baño, un tanque sobre el techo, una flor de una regadera y baldes de agua que traían los domingos a la mañana desde dos cuadras de distancia. Los días de partido se los veía trabajando intensamente, con una pequeña herramienta llamada zapín hacían una suave canaleta que después llenaban con cal mediante una regadera, con objeto de marcar las rayas blancas del rectángulo de juego. Con una pala ancha y una carretilla con tierra emparejaban los desniveles del terreno. Al terminar el partido, ofrecían mate cocido y galletas marineras a los

jugadores locales y visitantes», Pero la cancha se perdió rápido y hubo que mudarse.

Primero fue otro terreno en Floresta, que duró muy poco.

En 1906 hubo un intento de fusión con el Club Atlético Olivos que no prosperó. Enseguida llegó la reunión con la gente del Club Atlético del Oeste, que había encontrado un terreno en el Parque Chaca buco. Había que elegir un nuevo nombre y otros colores, pero no hubo acuerdo. Sin embargo, y por iniciativa de algún audaz, Atlanta empezó a jugar en la nueva cancha de Caballito Sur. Actuó oficialmente allí desde 1910 hasta 1918, cuando debió abandonar el lugar por disposición municipal. Mientras tanto, la sede social iba cambiando de domicilio, pasando por el Centro, Palermo, Congreso, Once y algunos lugares más. Desalojado del Parque, Atlanta decidió ser local en el campo de juego del Club Banco Nación, otra vez en Floresta, en Carrasco 250, donde actuó entre 1920 y 1921.

Atlanta ya era internacional en 1918, cuando colocó su primer jugador en la Selección Argentina. El defensor Mario Busso jugó contra Uruguay el 25 de agosto de 1918 en la cancha de Gimnasia, en Palermo. Al fin, en 1922 y después de un peregrinar que llevó al apodo de bohemios, consiguió el predio definitivo de Villa Crespo. Fue en la calle Humboldt, a pocos pasos de la Avenida Corrientes. Atlanta lo inauguró oficialmente empatando 11 con River, el 30 de julio. El equipo llevaba diez años de competencia importante, porque integraba el grupo de equipos de Primera de la Federación Argentina desde 1912. La cancha se mantuvo hasta 1959, cuando la Comisión Directiva decidió ampliarla y construyó el nuevo estadio, inaugurado el 5 de junio de 1960 contra Argentinos Juniors.

ARGENTINOS JUNIORS: CUNA DE TALENTOS

Cerca de Villa Crespo, pegadito también a Caballito, está el barrio de La Paternal. La difusa zona que separa a la parte norte de Caballito de Paternal está íntimamente ligada a la existencia de otro de los clubes populares de la Capital Federal. Pero no son muchos los que saben que Argentinos Juniors también se fundó en Villa Crespo. En realidad, es el verdadero club de Villa Crespo en cuanto a su origen. La Asociación Atlética y Futbolística Argentinos Unidos de Villa Crespo hizo su aparición un 15 de agosto de 1904, en una obra en construcción situada en las calles Aráoz y Corrientes.

Ahí se juntaron los muchachos de dos equipos de la zona, el Mártires de Chicago y el Sol de la Victoria, que unas horas antes habían formado un combinado que le ganó 3-1 al más poderoso Catedral Porteño. Muy entusiasmados, decidieron crear el club del nombre tan largo que hubo que reducirlo para que pudiera entrar en el sello que lo identificaría. La reunión se hizo esa noche y, a pedido de Leandro Ravera Bianchi, su primer presidente, se dejó formada la Asociación Atlética Argentinos Juniors, con su sede provisoria en Aráoz 450, a escasos metros del lugar de fundación. Algo queda claro, Argentinos Juniors —tal cual la idea de sus fundadores socialistas— no nació como un club, sino como una IIAsociación Atléticall. La ideología tiñó su nacimiento, más allá de que hoy no sea un hecho significativo.

Una vez fundado y conseguido el sello, había que buscar una cancha donde jugar al fútbol. Los muchachos revolvieron cielo y tierra y pudieron hacer pie en algunos terrenos de Caballito y Villa

Crespo, especialmente en uno ubicado donde hoy está el monumento al Cid Campeador, allí donde se cruzan las avenidas Honorio Pueyrredón, Gaona, San Martín, Ángel Gallardo y Díaz Vélez.

Después de pasear por canchas del área, hubo una mudanza a Villa Ballester, otra a Villa Urquiza y el retorno a la zona. Finalmente, se consiguió estabilizar la situación en los terrenos ubicados en Estomba 902. Según cuenta la página web oficial, «en los días de partido, el alambrado era cubierto con una lona que impedía la visual desde la calle, por lo que se nos conoció como el club de la lona.

Los jugadores se cambiaban en casillas que carecían de duchas y el canchero, subido al techo, los bañaba con una regadera. El hombre era, además, criador de palomas mensajeras, las que eran utilizadas para saber los resultados de los partidos, cuando Argentinos era visitante».

Sobre los colores hay dos versiones. Una, explica que la primitiva camiseta verde y blanca a rayas verticales duró muy poco, porque los ideales socialistas de la mayoría de los flamantes dirigentes llevaron a adoptar el rojo y blanco. No hay que olvidarse de que por esos días era electo diputado el joven socialista Alfredo Palacios, del barrio de La Boca, y eran muchos los que lo admiraban.

La otra, señala que en realidad la camiseta albiverde pertenecía a uno de los clubes anteriores a Argentinos, el Mártires de Chicago, y que los muchachos la usaron en los primeros tiempos pues no los dejaron inscribir la casaca roja con blanco porque Independiente estaba anotado con el mismo atuendo.

La historia siguió con el ascenso a Primera División en 1921, la convocatoria de Jorge Iribarren a la Selección y su debut —primer jugador de Argentinos— el 22 de octubre de 1922 ante Chile en Sportivo Barracas. Luego, el subcampeonato de 1926, la mudanza para construir la nueva cancha en Avenida San Martín y Punta Arenas en terrenos alquilados al Ferrocarril Pacífico y la llegada del profesionalismo, que lo contó como uno de los dieciocho clubes precursores de la primera categoría de nuestro máximo deporte. En aquella época, el único apodo por el que se conocía al equipo era el de «Los criollos», porque eran todos jugadores argentinos.

Argentinos bordeó la desaparición a finales de los años treinta, cuando después de descender en 1937, el ferrocarril le embargó la cancha y se quedó con apenas cien socios, muchas deudas y un enorme interrogante de cara al futuro. Peleó en Segunda División —en 1940 inauguró su nueva cancha en Boyacá y Médanos, luego Juan Agustín García—, aunque la AFA no lo dejó ascender aplicando una reglamentación que no había utilizado con equipos más modestos, como Almagro en 1938 y Argentino de Quilmes en 1939. AFA exigía una determinada cantidad de espectadores que la cancha no cumplía. El estadio, que se mantendría hasta 1983, estaba enclavado en La Paternal y sería definitivo. En 2004, cuando llegó el centenario, Argentinos se dio el lujo de reinaugarlo, pero construido íntegramente de cemento y funcional a los tiempos que corren.

La historia fue mucho más amplia y gloriosa años después. El retorno a Primera, el semillero del mundo con Diego Armando Maradona como estandarte máximo, los dos títulos locales, la Copa Libertadores y la final perdida por penales contra Juventus en Tokio, pero ejemplo de cómo hay que jugar un partido representando a nuestro país. El apodo ya no era los criollos como en los primeros tiempos, sino el más logrado bichos colorados, una adjetivación que el diario Clarín usó para identificar a un equipo que cuando regresó a Primera División en 1956 se dedicó a ganarle

varias veces a los más poderosos. Fue un acierto y quedó en la historia, como el de Tifón de Boyacá que todavía su hinchada carea, un comentario del desaparecido diario El Líder del 13 de noviembre de 1955, cuando Argentinos ganó un difícil partido en la vieja cancha de Excursionistas.

En 1934 —por disposición de la flamante AFA Argentinos y Atlanta tuvieron que fusionarse, lo mismo que Lanús y su vecino, Talleres de Remedios de Escalada.

El engendro no resultó. Una pésima campaña, con apenas 2 triunfos y 5 empates en 39 partidos, un equipo entremezclado con jugadores de los dos y una de las camisetas más feas que se recuerden: roja con una letra V azul y amarilla en el pecho. Encima, los hinchas no se juntaban, en un sector estaban los criollos y en otro, ignorándolos, los bohemios. Atlanta tuvo problemas legales y los últimos catorce encuentros los disputó Argentinos en soledad. A fines de 1934, todo volvió a la normalidad y cada quien a su lugar.

PLATENSE: POR UNA CABEZA

Son muchos los orígenes posibles de un club de fútbol, pero es difícil de imaginar que exista alguno que se haya fundado prácticamente en un hipódromo. Así fue —hace más de un siglo— el nacimiento del Club Atlético Platense.

A mediados de octubre de 1904 —exactamente el día 16— se disputó una carrera más en el viejo Hipódromo Nacional. Un grupo de pibes —el mayor no había cumplido los 20 años— recibieron el dato de que un caballo llamado Gay Simon «tenía» que ganar. Los chicos juntaron las pocas monedas que tenían y pudieron comprar apenas 5 boletos. Gay Simon ganó dejando un dividendo gigantesco. Pagó 89 pesos por boleto, la exorbitancia de 445 pesos.

Ahí nació la idea del club de fútbol, porque con esa plata podían comprar la pelota, ropa, tener dinero para movilizarse y algo más. Los pibes eran del viejo «barrio de las latas», zona de la Recoleta que poco tenía que ver con su forma francesa y coqueta de años posteriores. En el grupo que decidió crear el club se destacaron los hermanos Pianarolli, Santos Aliverti, José Viviani y Carlos Garbagnati, entre otros. Se juntaron varias veces, hubo acuerdo y el 25 de mayo de 1905, en honor a la patria, le dieron forma al club. Le pusieron Platense, en homenaje al stud del caballo Gay Simon. Fijaron la primera «sede» en la casa de Garbagnati en Callao 2058 y las reuniones pasarían a hacerlas en la carbonería de Aliverti, en Posadas 1515.

En cuanto a sus colores —único equipo del fútbol profesional con camiseta marrón y blanca—, decidieron dejar de lado la primitiva chaqueta del jockey (azul y roja) y tampoco quisieron los colores del stud (roja con cuello y puños negros). En realidad, los encuentros iniciales los jugaron con una camiseta roja que tenía tres calamares negros estampados. El marrón y el blanco vinieron poco después, pero no tienen un origen claro, si bien algunos historiadores lo ubican en un distintivo del propio stud dueño de Gay Simon.

Platense no tenía cancha propia, así que jugó sus primeros desafíos en la llamada Plaza Japonesa, luego convertida en el viejo Parque Japonés de diversiones, ubicado cerca de la Estación Retiro. En 1906 se afiliaron a la Liga Central, donde enfrentaron por primera vez a Independiente y Banfield. El debut fue con una goleada al club 1° de Mayo por 5-0, en condición de visitante. El

25 de mayo de 1908, Platense pudo inaugurar su cancha empatando 3-3 con un cuadro llamado Salguero.

El terreno se había conseguido porque algunos empleados municipales lograron aflojar a un funcionario que les cedió el predio ubicado en la calle Blandengues (lo que hoy es Avenida del Libertador) y Manuela Pedraza. Lo emparejaron como pudieron, teniendo en cuenta que era zona inundable por su cercanía con el río. Cargaron unas maderas que pertenecían al embalaje de los primeros autos importados en la chata de Juan Colombo y armaron la casilla. En ese lugar, Platense se ubicó con su flamante canchita junto a otros clubes recién nacidos, como Comercio, Libertarios Unidos (hoy Colegiales) y Kimberley. Fue en ese campo de juego, permanentemente embarrado, que al jugar varias veces seguidas con camiseta blanca nació el apodo calamares y también la idea de algún directivo de agregar una franja horizontal marrón.

Tras debutar oficialmente en mayo de 1910 ganándole a Olivos por la Copa Bullrich, el club de Núñez llegó a Primera en 1913, consiguió el segundo puesto en 1916 con un celebrado triunfo ante el invicto y poderoso multicampeón Racing y se mantuvo en la máxima categoría hasta 1955, cuando todos los equipos de barrio, porteños y suburbanos, ya habían bajado a la Primera B. Fue en ese contexto que el jugador Alberto Felisari jugó para la Selección Argentina, el 15 de agosto de 1916, cuando la albiceleste venció a Uruguay por 1-0 en el Parque Belvedere de Montevideo. Primer calamar seleccionado.

Kimberley fue el resultado de un grupo de fundadores de Platense que decidieron crear otra institución. No sería la primera división, porque en 1921 se produciría otra, con el insólito resultado de que había dos Platense jugando en Primera División: uno en la Asociación Argentina y otro en la Asociación Amateur, algo que se prolongaría durante cinco años. El «otro Platense» pasaría a llamarse Universal y desaparecería con el correr del tiempo.

Platense jugó diez años en su terreno de Núñez y se mudó varias cuadras hacia el oeste, para situarse en la mítica esquina de Manuela Pedraza y Crámer, en 1917. El 9 de julio de ese año inauguró la cancha en un partido amistoso con Provincial de Rosario.

Como explica el poeta tanguero Héctor Negro en el libro aniversario de los 75 años, «Manuela Pedraza y Crámer fue el primer templo tumultuoso y dominguero al que asistí en pos de la ceremonia largamente imaginada.

El primer hervidero impregnado de leyenda que me tuvo por ávido testigo abismado de asombro. El descubrimiento del primer territorio de un mundo maravilloso y disperso, congregado al unísono sobre muchos rectángulos con pretensión de verde, pleno de incitantes promesas, imprevistas y presentidas a la vez. Fue la primera ruta —Crámer derecho— desde mi barrio rebosante de frondas, cercos y jardines, allí donde la frontera entre Belgrano y Colegiales se confundía entre rosales y malvones, ligustros prolijamente podados, campanillas ariscas y parrales que entoldaban agrietados patios».

Su hinchada más famoso fue Roberto Goyeneche y también hubo otro tanguero calamar, el respetado Edmundo Rivero. Sin embargo, el tango Platense lo entonó Floreal Ruiz —otra ilustre— allá por 1943 y enseguida se transformó en el himno del club: «Muchachada de Platense, cantaremos la canción, a los colores que viven, siempre en nuestro corazón y marchemos siempre unidos, con la fe puesta en triunfar, decididos a la victoria lograr». Platense tuvo su cancha —en

un terreno que le alquiló durante más de 50 años a la familia Delcasse— y la perdió en 1971, cuando los hijos del viejo dueño decidieron repartir la herencia, o sea el terreno. Penó ocho temporadas por diferentes estadios —casi siempre jugó en Atlantay el 22 de julio de 1979 volvió a tener hogar. En medio de su cotidiana lucha por mantenerse en Primera A, inauguró el estadio Ciudad de Vicente López, enclavado de cara a la Avenida General Paz.

Porteño y bonaerense al mismo tiempo, pero siempre calamar, el apodo que lo acompaña desde principios del siglo pasado. Es que en la vieja canchita cercana al río, los muchachos jugaban y se embarraban seguido. Fue un periodista, Antonio Palacio Zino, en 1908, quien escribió en un diario de la época que «parecen calamares en su tinta», porque el marrón lo teñía todo.

Nunca cambió su camiseta, por eso el grito de guerra de su gente es el «dale marrón». Alguna vez, Platense jugó con camiseta azul, verde o roja, pero fueron simples accidentes. El marrón y el blanco, de formas y combinaciones hasta inverosímiles, han sido su vestimenta natural, que lo diferencia de todos sus rivales.

TIGRE: MUCHO MÁS QUE UN RIO

Mucho más al norte, casi en el límite del Gran Buenos Aires, ha vuelto a asomar su cabeza el Club Atlético Tigre.

Una institución también centenaria, quizá una de las entidades más desaprovechadas en la historia del fútbol argentino. Con un crecimiento importante hasta los años '50, Tigre fue perdiendo gravitación y en los últimos cincuenta años apenas pudo saborear un par de temporadas en Primera División, cuando ascendió en 1968 y en 1980, retrocediendo nuevamente una temporada después.

La Zona Norte bonaerense, al contrario de lo que sucede con el Conurbano Sur, tiene pocos clubes de fútbol.

Quiere decir que Tigre tiene una amplia zona de influencia y no ha logrado afirmarse más allá de algún buen momento pasajero. Errores dirigenciales, flojos equipos, su historia ha estado jalonada de esas situaciones. Hoy parece intentar revertirlo y queda clarísimo que aún está a tiempo. Cuando anda bien, lo sigue una multitud.

Su historia arrancó en una casa de la Avenida Cazón 1260, propiedad de José Dellagiovanna, primer presidente del club. Allí se reunieron, un 3 de agosto de 1902, los jóvenes que dieron nacimiento a Tigre, aunque no quedan demasiadas constancias del hecho. Las inundaciones que ocasionó el río Las Conchas, primero en 1910 y después en 1928, se llevaron todos los documentos. Lo que se sabe con certeza es que su primera denominación fue Club Atlético Juventud de Tigre.

El acta de fundación del club señalaba que lo habían creado Carlos Sciarra, Vicente Haedo, José Dellagiovanna, Armando Scanzi, Antonio Beiras, Cirilo Merelo, Adolfo Mermier, Roberto Barcala, José Truba, Carlos Bonelli, José Dalfobo y Antonio Dellagiovanna. La primera cancha estuvo ubicada frente a la actual Plaza San Martín (Tigre). donde confluían las calles Sarmiento y Sáenz Peña, en el barrio conocido como Los Perales. En ese lugar no habían podido construir la

casilla requerida para que se cambiaran de ropa los jugadores, que tenían que hacerlo al aire libre, detrás de un par de frondosos árboles. Apenas pudieron conseguir que Dellagiovanna donara la casilla donde dormía un enorme perro de su propiedad.

Señala la historia que para jugar el primer partido ante el Club Atlético Las Conchas, los pibes que fundaron Tigre necesitaban camisetas y aún no habían definido sus colores. Que fueron al negocio de ropa que tenía Adolfo Leber y que le pagaron 9 pesos con 90 centavos por el equipo y que el dueño de la tienda les fió el resto, porque no alcanzaba. Las camisetas eran azules con puños y cuello rojos.

Así quedaron marcados a fuego con la primera camiseta y sus infinitas variantes, siempre respetando el rojo y el azul, con algunos toques de blanco en muchas ocasiones.

Por eso, en las primeras épocas y durante buena parte del amateurismo, el sobrenombre fue los azules del Norte.

Cuando consiguieron un nuevo solar, los directivos construyeron rápidamente la casilla y la canchita quedó establecida en Italia y Maraboto. El tercer terreno, inaugurado el 2 de diciembre de 1913, ubicado sobre la calle Rocha y muy cerca del río Las Conchas, en Rincón de Milberg, se mantuvo durante más de veinte años.

El nuevo estadio muy pronto fue objeto de una leyenda que nunca pudo ser confirmada. La cuestión es que la cancha fue conocida como «del lechero ahogado», porque según se contaba en la época, un lechero cargado de tarros de leche recién ordeñada se desbarrancó a unos metros de la cancha y murió en las aguas oscuras del río Las Conchas. Alguna investigación alcanzó a sospechar seriamente que el supuesto lechero existió, que no se cayó nunca con carro y todo al agua, que nadie murió ahogado y que la leche llegó a quienes la necesitaban.

En realidad, una explicación más razonable indica que Tigre tuvo varios partidos seguidos en los que, con mucha suerte de su lado, pudo ganar los encuentros, y a los suertudos se los denominaba «lecheros», que tenían «mucho leche». Por eso, cuando vencían a Tigre como visitantes, los hinchas de ese equipo exclamaban que habían «ahogado al lechero». Esa «cancha del lechero ahogado» era también el hogar del equipo denominado «los cascadores», producto de la golpiza que sufrió el árbitro Calixto Gardi y que provocó la expulsión de Tigre de los registros del fútbol asociado en 1914. En aquella época, los incidentes en cancha tigrense —a siete cuadras de la estación del tren que venía desde Retiro— eran numerosos, con saldos permanentes de lesionados y contusos. La fama, justamente, no era de las mejores. Aunque hubo algo bueno: ese año 1914, concretamente el 13 de septiembre, marcó el debut de un futbolista tigrense en la Selección. Fue Francisco Crespo, puntero izquierdo, quien jugó contra Uruguay, con victoria argentina 2-1 en la cancha de Gimnasia, en Palermo.

El cuarto estadio es el actual, sito en Guido Spano y Presidente Perón, en la localidad de Victoria, inaugurado el 27 de septiembre de 1936. Tigre jugaba en Primera División, donde había llegado en 1913, inscripto en la Federación Argentina, luego de ganarle la final de Intermedia a Argentinos de Vélez Sársfield (el Vélez de hoy) por 4-2. El club se mantuvo en la máxima categoría —fue séptimo en 1925 y evitó el descenso en 1927 por una decisión de la Liga— y participó de la creación del profesionalismo junto con otras diecisiete instituciones. En ese primer torneo rentado de 1931, Tigre llevó al conocimiento popular a un delantero llegado de Rufino,

Santa Fe, dueño de un tremendo remate, que al año siguiente fue transferido al poderoso River Plate, Bernabé Ferreira, el mítico Mortero de Rufina.

CAPÍTULO DOS

Gimnasia y Esgrima La Plata · Estudiantes de La Plata · Quilmes · Argentino de Quilmes · Defensa y Justicia

A fines del siglo XIX, la ciudad de La Plata nació de la rapidez creadora de un inspirado Dardo Rocha, gobernador de la provincia de Buenos Aires, quien en 1881 prometió la fundación veloz de «una ciudad populosa y floreciente que, para las necesidades administrativas y políticas, reemplace a la antigua capital». Finalmente se decidió emplazar la nueva ciudad muy cerca del solitario pueblo de Tolosa, en aquel entonces con siete mil habitantes y diez años de existencia, en la zona del puerto de Ensenada, próxima a la desembocadura del Río de la Plata. Allí se trabajó para eliminar bañados, un sector de tupida vegetación, relleno y alisado del terreno y todo quedó listo. En noviembre de 1882 llegó la inauguración oficial de la nueva capital bonaerense. El crecimiento fue explosivo, porque a los cinco mil habitantes originales, La Plata le sumó gente de todo el país. En 1910, año del primer Centenario de la Revolución de Mayo, ya la habitaban cien mil almas.

Así empezó todo, con un esquema urbano revolucionario, con plazas pletóricas de tilos y jardines, diagonales que unían las calles más lejanas. Enseguida arrancó la actividad cultural, el teatro y también el deporte. A la flamante capital bonaerense habían llegado para trabajar y vivir numerosos porteños, algunos de ellos con participación previa en el Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, fundado en 1880.

Una institución donde se daría especial relieve a esas dos disciplinas, además de actividades en espacios cerrados. Fueron las ideas de recrear una entidad similar en La Plata las que llevaron a la constitución del Club de Gimnasia y Esgrima La Plata, un 3 de junio de 1887.

GIMNASIA y ESGRIMA LP

Apetencias de lobo

El acta de fundación del que es el club más antiguo del fútbol argentino permanece en la sede del club. Fueron 54 socios los que decidieron la creación del Lobo y la primera presidencia para Saturnino Pedriel. La reunión se hizo en la Sala Comercial, ubicada en la Avenida 7 entre las calles 46 y 47.

Gimnasia tuvo muchas dificultades en sus comienzos, porque en la última década del siglo XIX y bajo la presidencia de Alejandro Korn la nueva entidad sufrió la deserción de varios socios importantes y tuvo que mudarse. De su primitiva sede en Calle 54 casi esquina con la Calle 5, se fue a una oficina del ferrocarril en Avenida 7 y Calle 50, para encontrar su sede definitiva en la Calle 4, entre 51 y l. J. En esos años, el fútbol no existía en el club y recién en 1901 el «deporte de los ingleses locos» se entreveró con el resto de las actividades. Fue un 21 de abril de ese 1901 cuando se inauguró la Plaza de Juegos Atlético, en la Avenida 1 y Calle 47. Allí empezó a gestarse el Lobo futbolero, donde está emplazada hoy la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad Nacional de La Plata.

La camiseta era un modelo similar al que tendría Racing, celeste y blanca a rayas verticales, ni demasiado gruesas ni demasiado finas. Los dirigentes querían resaltar el carácter argentino de la institución. Sin embargo, para 1911 se había adoptado el azul en lugar del celeste, justamente para diferenciarlo del equipo sensación de la primera época del amateurismo. Ya en 1914, la camiseta cambió su forma, y siendo blanca se le agregó una banda horizontal azul que se mantiene vigente hasta hoy.

La inicial participación futbolera lo hizo jugar desde 1905 en la canchita del club Belgrano, luego en el mismo terreno donde hoy se levanta su estadio, otra mudanza al terreno ubicado en Calle 12 y Calle 71, para finalmente volver a la intersección de Calle 60 y 118, en el corazón del Bosque platense. Ahí se hizo la inauguración oficial, el 26 de abril de 1924, con un partido que el Lobo le ganó por 1-0 a Peñarol de Montevideo. Sin embargo, ya la historia registraba varios años de enfrentamientos con el rival que sería el de toda la vida: Estudiantes de La Plata.

A Gimnasia, residente del Bosque, le dicen lobo desde hace muchos años y está claro el por qué. Sin embargo, aquel equipo de 1933 fue el expreso y la denominación tenía que ver con el cuadro que se entreveró en la lucha por el campeonato hasta las últimas fechas. Con algunos jugadores sobrevivientes del título ganado en 1929 en la final a Boca, sin Pancho Varallo —transferido al club xeneize— y con otros nombres, Gimnasia fue modelando una campaña excepcional, que fue detenida por los poderosos del momento de la peor manera.

El equipo tenía en los zagueros Recanatini y Delovo, en Pepe Minella; en el cañonero Naón y en la pareja izquierda de adelante con Zaraza y Morgada, a un grupo exquisito de jugadores. Por eso ganó la primera rueda con 27 puntos, dos por encima de San Lorenzo, cuatro más que Boca y River y cinco de ventaja sobre Racing e Independiente. En esa primera parte, Gimnasia goleó a Vélez (4-0), Argentinos (5-2), Chacarita (5-1), Talleres (5-2), Boca (5-2), además de ganarle a San Lorenzo y Racing y vencer como visitante a su clásico rival, Estudiantes.

Encima, el plantel decidió no presentarse a jugar la revancha contra Estudiantes, aduciendo que los directivos no les habían pagado el premio pactado por haber ganado la primera rueda. Con suplentes, Gimnasia ganó 1-0 provocando un terremoto futbolístico en la ciudad de La Plata. Perseguido por los cinco grandes, el expreso llegó a la fecha número 26 con dos puntos de ventaja sobre Boca y tuvo que visitar la cancha xeneize. Ese partido quedará en el recuerdo, porque el árbitro De Dominicis perjudicó claramente a Gimnasia al inventar un penal y convalidar un gol de Boca en posición adelantada, y lo privó de una victoria justa. Fue tal el escándalo, que De Dominicis fue expulsado de la Liga Argentina.

Pero los puntos quedaron en poder de Boca, que alcanzó la punta junto con su vencido.

Después de mantener el liderazgo ganándole a Independiente, Gimnasia visitó a otro poderoso, San Lorenzo, en el Gasómetro de Avenida La Plata. Faltaban siete jornadas para el final del torneo y otra vez fue perjudicado por un árbitro. El partido fue suspendido cuando faltaban 12 minutos, con la inusitada goleada de San Lorenzo por 7-1. Según explica Pablo Ramírez en Historia del profesionalismo, con el partido 2-1 a favor del dueño de casa, «buscaba el equipo visitante el empate, cuando ante una brusca acción de uno de los zagueros de San Lorenzo, el árbitro Rojo Miró otorgó un tiro libre fuera del área, cuando la infracción, visiblemente, se había cometido un par de metros dentro de la misma. Luego de esa jugada se produjo una incidencia que habría de dar origen a un hecho que ganó un lugar dentro de la historia del fútbol.

Ante un avance de San Lorenzo, remató hacia el arco Diego García; el arquero Herrera contuvo la pelota en lo alto, y si bien pisaba el interior de la valla, aquella era mantenida notoriamente fuera de la línea de gol. Fue en ese instante en que el juez, ubicado muy cerca de la acción, otorgó sin vacilar el gol, aduciendo que el guarda valla había llevado las manos hacia atrás, penetrando la pelota en el arco» .

Continúa Ramírez explicando que «los jugadores de Gimnasia creyeron ver claro el propósito de volver a ser perjudicados, por lo que protestaron airadamente la decisión adoptada por el árbitro, llegando uno de ellos {Martín} a arrojarle un puntapié, por lo que fue expulsado.

Pero entonces ocurrió algo inusitado: siguiendo una instrucción sugerida de antemano, los jugadores procedieron a sentarse en la cancha, sin oponer la menor defensa a la acción de los jugadores contrarios y limitándose únicamente a poner la pelota en movimiento después de cada gol que los jugadores de San Lorenzo lograban con la mayor comodidad. Así se prosiguió por algunos minutos, hasta que el señor Rojo Miró, sin esperar el cumplimiento del tiempo reglamentario, dio por finalizada la parodia y el desaire a que se vio sometido, retirándose rápidamente de la cancha, mientras los jugadores de ambos bandos se saludaban cordialmente. Los jugadores de Gimnasia fueron despedidos con más aplausos que reprobación, actitud natural ante futbolistas que habiendo sido notoriamente perjudicados, habían apelado a una protesta tan original como pasiva, hecho que terminó por cubrir al cuadro de una aureola de gloria casi tan grande como si hubiera ganado el campeonato».

Ese mítico equipo de el expreso finalizó cuarto, a cuatro puntos del campeón San Lorenzo y a tres del subcampeón Boca Juniors. Justamente, los dos cuadros beneficiados por escandalosos arbitrajes. El apodo y el plantel pasaron a la inmortalidad.

Gimnasia tuvo más sobrenombres. El más conocido es el de triperos y también existió —

aunque ya casi dejó de utilizarse— el de basureros, porque uno de sus presidentes, de apellido Venturino, tenía la concesión de la recolección de basura en la ciudad de La Plata. En cambio, tripero se, mantiene todavía vigente cuando algún hincha veterano se acuerda. Alfredo Lartigue, socio número 1 de Estudiantes, se lo había dedicado a Emilio Fernández, arquero de Gimnasia que trabajaba en el frigorífico Swift de Berisso. Y la versión que da la gente de Estudiantes de La Plata sobre el apodo tripero que cayó sobre el bueno de Fernández y por carácter transitivo sobre todos los hinchas de Gimnasia tiene otras explicaciones y variantes. Fue justamente el arquero Emilio Fernández el primer jugador de Gimnasia y Esgrima La Plata que integró la Selección Argentina, cuando cuidó los palos ante Uruguay (3-1), el 15 de agosto de 1916 en la vieja cancha del Racing Club.

Sobre el Río de la Plata, cerquita de La Plata, están las ciudades de Ensenada y Berisso, donde se instalaron frigoríficas a fines del siglo XIX. Albaneses —los primeros—, rusos, polacos, yugoeslavos (como el célebre Josip Broz, Tito) vinieron a dejar sudor y esfuerzo en el frigorífico. El fútbol prendió rápido y los obreros tomaron partido por Gimnasia, antes que por Estudiantes. Eso provocó que cambiara la cuna histórica del club, porque sus fundadores habían sido gente de las clases acomodadas de la ciudad de La Plata. Ahora, el sentimiento era compartido por otros, con menos suerte y muchísima ilusión. Del apoyo permanente de la gente de Berisso, llegó el apodo de triperos. Es que aquellos hinchas destripaban animales diariamente.

Si Lartigue lo calificó primero a Emilio Fernández o si el ingenio popular —más vinculado al rival de siempre en este caso— le puso el mote a todo Gimnasia, queda para investigadores más tenaces y afortunados.

ESTUDIANTES DE LA PLATA

Cabeza de león

Las mismas razones que calentaron los corazones de aquellos valientes que se animaron a introducir el fútbol en Gimnasia y Esgrima La Plata, provocaron la fundación de Estudiantes. Es que el «deporte de los ingleses locos» llevaba cuatro años de desarrollo en Gimnasia cuando una serie de hechos provocaron un drástico recorte en las actividades y, de hecho, el fútbol se quedó sin cancha. La vieja cancha de la Avenida 1 y la Calle 47 debió ser desalojada porque se empezaba a construir la futura Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad Nacional de La Plata. No extrañó entonces que veinte muchachos se juntaran en la zapatería Nueva York, ubicada en la Avenida 7, entre 57 y 58. Allí, sentados sobre lo que hubiera disponible, hicieron la reunión fundacional del futuro club. Muchos eran alumnos o recién egresados del Colegio Nacional de La Plata y algunos hasta había iniciado su carrera universitaria. Fue Tomás Schedden, en ese momento jugador del equipo de fútbol de Gimnasia, quien pidió la palabra y mocionó el nombre de Club Atlético Estudiantes. Fue unánime el apoyo, como no podía ser de otra manera.

Pero como todos eran muy jóvenes, se decidió nombrar a un presidente de más edad, más experiencia y más trayectoria en la vida ciudadana de La Plata, Miguel Gutiérrez. Desde ese momento, pasaron a citarse en la casa de Gutiérrez, sobre la Calle 53. Y fue algunos meses después, tras muchas dudas, que resolvieron elegir los colores definitivos.

En aquellos años Alumni arrasaba en la Liga y no había manera de vencerlo. Ese lugar sería ocupado años después por el Racing Club, que ganó todo entre 1913 y 1919. Y se quedó, por sobrada s razones, con el apodo de Academia para siempre. La camiseta de Alumni era roja y blanca a rayas verticales. Su magnetismo era enorme entre los miles de jóvenes que corrían atrás de una pelota y que en su gran mayoría comenzaban a asomarse a la vida de un club. Esa fue la razón por la que los fundadores de Estudiantes resolvieron utilizar la misma camiseta.

Claro que hubo problemas, porque la Asociación Argentina de Fútbol rechazó el uniforme al observar una clara imitación de la camiseta del campeón de aquellos años. No importó que Estudiantes se hubiera anotado en tercera categoría, que no se cruzara nunca con la vieja escuadra del English High School. Por esa razón, tuvo que utilizar —entre 1906 y 1908— una camiseta enteramente roja con una franja horizontal blanca, algo así como la camiseta del Deportivo Marón, pero invertidos sus colores.

Aprovechando el lento pero inexorable alejamiento de los alumnos ingleses y sus amigos de las canchas, Estudiantes volvió a usar la camiseta albirroja a franjas verticales, algo que se hizo definitivo en 1911. Fue con esa casaca que ganaría su único campeonato amateur, cuando se alzó en 1913 con el título de la flamante Federación Argentina, con 14 triunfos en 18 partidos y una única caída ante Kimberley por 2-0. En ese mismo torneo participaron Independiente, Atlanta, Tigre y Argentino de Quilmes, junto a clubes hoy desaparecidos como Hispano Argentino, Porteño y Sociedad Sportiva Argentina.

La cuestión de la cancha se resolvió bien rápido. La primera canchita se situó en terrenos de propiedad de Félix Tettamanti, cercanos a la vieja estación de trenes La Clementina, sobre la Calle

19, esquina 51. Los muchachos jugaban allí y se cambiaban a una cuadra de distancia, en 20 y 50, donde los galpones de la estación de tranvías hacían las veces de camarines. Esta cancha se mantuvo hasta mediados de 1907, pero dada su precariedad se buscó otro predio.

Según explica en su excelente *Estudiantes, historias de 100 años* el periodista Gustavo Flores, «en la manzana que tuvo como esquina símbolo a 1 y 57, en el lugar donde alguna vez estuvo el Velódromo, se ubicaría la nueva cancha. Y allí se quedaría para siempre. El gobierno de la provincia autorizó a ceder ese espacio pegado al Bosque al club que ganaba prestigio e hinchas a fuerza de triunfos y grandes jugadores. El terreno del Velódromo y sus pendientes eran puro desnivel. Trabajaron todos: los socios, la comisión directiva y los jugadores. Tanto costó, que Estudiantes no pudo participar del campeonato de ese año por carecer de una cancha apropiada y varios de sus jugadores se fueron 'a préstamo' a otros equipos. A la temporada siguiente volverían para estrenar la flamante casa».

» Tras el emparejamiento —continúa Flores— lo primero que se edificó fue una casilla a dos aguas. La misma que aparece en las primeras fotos del club como fondo de los jugadores. El progreso no se detuvo, Estudiantes tampoco. En 1912 llegó la construcción de la tribuna con techo, la primera de esas características en el país. El resto se iría completando con el correr de los años y en 1937 llegaría la iluminación artificial.» Dos años antes de la inauguración de la luz artificial, Estudiantes cambiaría su nombre. Es que en 1935 se integró el Club Social La Plata a Estudiantes y por ese motivo se cambió oficialmente la denominación a Estudiantes de La Plata.

Nombre, colores, cancha, jugadores, hinchas. Todo los unía, aunque faltaba algo que llegó para quedarse y no se pudo modificar más. Desde hace un tiempo, Estudiantes es el León, como opuesto al Lobo que aúlla en terrenos gimnasistas. El Lobo y el León. Pero en realidad, Estudiantes es el Pincha de La Plata. El Pincharrata.

La versión más extendida de este raro apodo habla de aquellos primeros años del siglo XX, plena ebullición con la Reforma Universitaria de 1918 y muchos alumnos de la Universidad de La Plata que se ganaban unos pesos limpiando el Bosque de la ciudad. Lo hacían con pinches para aliviar la enorme cantidad de hojas que tapizaban jardines y caminos.

Casi siempre había alguna rata para cazar con esos pinches y los repelentes animalitos eran blanco preferido de esos muchachos. Así nació el mote de pincharratas.

Estudiantes ya había poblado la Selección, a caballo de su título ganado en 1913. Le tocó el honor de ser el primero a Juan Lamas, el 31 de agosto de 1913, cuando Argentina venció por 2-0 a Uruguay, en la cancha de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.

QUILMES

Toda la espuma

Casi a mitad de camino entre Buenos Aires y La Plata, re~ostada muy cerca del río, con un balneario que hoy languidece, la ciudad de Quilmes cobija al club supuestamente más antiguo del fútbol argentino que se mantiene, empecinado, en la Primera División. Se trata del popular Club Atlético Quilmes, nacido según la historia oficial un 27 de noviembre de 1887 cuando un grupo de ingleses deciden crear un club, una idea que venía gestándose desde varios años antes, cuando Quilmes se convirtió en una de las estaciones principales del ramal que conducía a la flamante capital provincial, La Plata.

Está claro que a los jugadores e hinchas de Quilmes les dicen cerveceros desde tiempos inmemoriales. Lo curioso es que el club y la cervecería nacieron con muy pocos años de diferencia. El alemán Otto Bemberg —nacido en Colonia en el año 1829— llegó al país, construyó una destilería de alcohol de grano en la localidad de Hudson y puso en marcha la edificación de una planta dedicada a la fabricación de cerveza en 1887. El 31 de octubre de 1890 comenzó la producción y la venta, con la marca que rescataba la antigua denominación indígena de la localidad y que, con el transcurso del tiempo, se transformaría en sinónimo del producto: Quilmes.

El archivo histórico tradicional nos enseña que en 1880 nació el Quilmes Athletic and Polo Club, bajo la persistencia del presbítero J. T. Stevenson, quien unió pasiones para crear el Quilmes Rovers Athletic Club. La nueva entidad se anotó para jugar el torneo futbolístico de 1893, primero organizado por la Argentine Association Football League. Con esa denominación volvió a jugar en 1895 y regresó, ya como Quilmes Athletic Club, en el torneo de 1900, que ganó el antecesor de Alumni, English High School. Su primer presidente fue Guillermo Morgan y recién en 1900, el fútbol se afianzó en la institución.

Hasta aquí, los datos parecen inobjetables.

Sin embargo, una profundísima investigación que desarrolló el historiador Jorge Gallego y que fue publicada durante el mes de noviembre de 2006 por el Centro para la Investigación de la Historia del Fútbol (CIHF) desmiente totalmente la teoría anterior y sitúa el nacimiento del actual club quilmeño, diez años más adelante.

Con paciencia y profesionalismo, Gallego cita numerosos ejemplos que traen certeza a la verdadera existencia del Quilmes que todos conocemos. No como una continuidad histórica, sino como una nueva institución, creada por súbditos británicos, el 5 de noviembre de 1897 y no el 27 de noviembre de 1887.

Para ello, aporta datos concluyentes: en primer lugar, ningún diario de la época ni siquiera los de la r:omunida,: de habla inglesa, señala la existencia del nuevo club en 1887.

No se lo menciona en ningún caso, durante los meses y años siguientes tampoco. En segundo lugar, ubica el cambio de fecha de nacimiento a mediados de los años cuarenta, mientras Quilmes jugaba en Primera B, sin que mediara razón alguna.

Hay registros, sin embargo, de medios periodísticos como La Nación del 9 de julio de 1916,

que expresa: «En los anales del football argentino, el Quilmes AC. constituye toda una honrosa tradición, mantenida celosamente durante 19 años de lucha, en los que, si hubo triunfos brillantes, no faltaron los momentos de labor difícil, salvados merced al tenaz empeño de quienes tuvieron a su cargo la dirección del club (...). Un núcleo de ingleses radicados en Quilmes decidió, en noviembre de 1897, fundar un club cuyos asociados habrían de dedicarse a la práctica del cricket. El proyecto no fue abandonado, y el 5 de noviembre de ese mismo año se realizó una asamblea, en la cual se eligió la siguiente comisión directiva: presidente, O. W Morgan; tesorero, O.F.Cobby; secretario O.F.A Williams; capitán de cricket O.F. Pembroke-Jones; vocales AJ. Symons, G.F. Earle y AG. Lovett.» «En un principio el único objeto de éstos era el de constituir un club en el que solamente se practicara el cricket, por lo que el primer nombre del club fue el de Quilmes Cricket Club. Recién fundado éste, se inició la práctica del referido deporte en un terreno baldío entonces conocido por 'Pontresina', de 150 por 200 metros de superficie; breve tiempo después un pretendido propietario de ese terreno sostuvo con el novel club un prolongado alegato que terminó con éxito para el Quilmes c.c. El número de socios que contribuyeron a la fundación del club se limitó sólo a 33, que aportaron como recursos financieros la cuota de ingreso fijada en diez pesos y la suscripción anual de 20 \$. Con esos muy modestos recursos, a los que se agregaron algunas donaciones y un pequeño saldo dejado por el extinguido Quilmes Roners. La institución, al año siguiente de ser fundada, ensanchó su campo de acción creando la sección de football, de la que, juntamente con su capitán D. W. Pollock, fueron encargados de dirigirla los Sres.

F. Cobby, R.N. Clark y A.J. Symons. Como la importancia de esta sección aumentara continuamente, en 1900 el club se afilió a la Asociación Argentina de Football, inscribiendo un team en la primera división. Al finalizar la primera temporada deportiva oficial del club, ese equipo ocupó el tercer lugar en el campeonato, durante cuyo desarrollo había continuado siendo dirigido por su primitivo capitán D. WPollock.» Este aporte del diario La Nación es extenso y fundamental para la tesis de Gallego, quien agrega que «el Quilmes Cricket Club inauguró ayer su campo deportivo propio enfrentando al Belgrano Athletic Club. El nuevo predio puede ser considerado una magnífica adquisición por parte del club; rodeado por quintas y umbrosos árboles, con el complemento de la fresca brisa del río, es, por cierto, un agradable lugar. El campo estuvo profusa mente adornado con banderas de todas las nacionalidades«, según lo expresa el diario The Standard, del 7 de enero de 1898.

El único detalle que se conoce de la vieja cancha es que había una casilla de madera donde se cambiaban los jugadores, ubicada en la esquina de Guido y Pringles. Las tribunas se fueron construyendo con los años, si bien el campo de juego fue corrido algunos metros hacia el oeste, más cerca de la calle Sarmiento.

El equipo tiene el privilegio de haber sido el primero de los que siguen en el fútbol profesional que enfrentó al legendario Alumni. En 1901 perdió 1-0 y 3-1 contra el campeón, y recién en 1906 pudo darse el lujo de derrotar al equipo de los míticos hermanos Brown, por 4-2.

Quilmes ostenta otra curiosidad que nadie puede rebatir:

en el primer encuentro oficial que jugó la Selección Argentina, el 20 de julio de 1902, dos jugadores suyos participaron del debut y goleada por 6-0 ante los uruguayos, en el estadio oriental del Paso del Molino. Esa tarde, Edward Morgan y William Leslie se calzaron la gloriosa camiseta

nacional.

Aquel primitivo Quilmes, que según parece no fue pariente lejano del cervecero actual, lució una camiseta azul y rojo carmesí, colores que fueron modificados en el nuevo equipo por el azul y blanco, porque los británicos fundadores querían hacerle un homenaje a la camiseta inglesa. Por si había algún documento adicional, la investigación de Gallego aporta el texto publicado en la revista *El Gráfico* del 5 de junio de 1926 en la que se detalla que «el Club Atlético Quilmes fue fundado en el año 1897 por un núcleo de caballeros ingleses, y sus 29 años de existencia hacen de él el club decano de la Asociación Amateurs de Football y el que, en cierto modo, sirve de lazo de unión entre las dos épocas del fútbol argentino. Formó parte en la Liga que fue exclusivamente de ingleses y hoy integra una entidad netamente argentina.» También el semanario quilmeño *La Reacción*, del 1° de enero de 1937, explica que «en la calle Sarmiento y Guido, se levanta airoso y moderno el amplio chalet del club conocido en la localidad por el «de los ingleses». El O.A.G. fue fundado en el año 1897 —5 de noviembre— siendo una de las instituciones deportivas y sociales más antiguas de nuestro país».

¿Por qué cambió Quilmes su fecha de nacimiento? ¿Hubo algún motivo valedero? ¿Qué impulsó, en plenos años cuarenta, a sus directivos a cambiar el origen? Las respuestas no están a la vista y son difíciles de obtener. Como en otros casos, los testimonios principales se diluyeron en el tiempo.

ARGENTINO DE QUILMES

A puro mate

Los criollos o los mates, apodos que acompañan a Argentino de Quilmes, tienen su origen en el carácter nacional de sus integrantes, opuestos a aquel Quilmes Athletic Club de cuna inglesa y prosapia ferroviaria.

Según cuentan Raúl Herrera, Jorge Cioccale y Adrián Biondi en el libro del centenario, «a mediados de 1899 existía un team de jugadores quilmeños denominados El Relámpago, porque así eran de veloces sus componentes, quienes estaban llamados a deslumbrar a los reacios súbditos británicos. Jugaron un solo partido contra el Club de los Talleres del Ferrocarril del Sud, con asiento en Quilmes. El 10 de diciembre de 1899 un grupo de jóvenes estudiantes argentinos del Colegio Nacional de Buenos Aires —varios de los cuales habían integrado aquel fugaz Relámpago— resuelven fundar un club integrado con jugadores nativos de la ciudad de Quilmes, cansados de la discriminación que sufrían en el Athletic Club. Con ese impulso rebelde nació el Club Atlético Argentino de Quilmes, un nombre propuesto por Carlos Dante Scala y Guillermo Schultz».

La primera cancha estaba ubicada en la manzana que comprendía las calles Brown, Lavalle, Paso y Saavedra, con postes de palmeras tomadas del Tambo de la Esperanza, un emprendimiento que estaba en ruinas. A partir del ingreso de Guillermo Jordán, su delegado en la Asociación Argentina, se resolvió adoptar en forma definitiva el idioma castellano para los documentos públicos. La costumbre de agasajar a los visitantes con mate cocido y bizcochos caseros les hizo ganar rápidamente el sobrenombre de mates, por su diferenciación con la mayoría de los clubes de origen británico.

Argentino se afilió en 1902 y comenzó a participar en el fútbol amateur con suerte variada. El primer partido amistoso contra Quilmes lo jugó el 18 de mayo de 1901, con victoria cervecera por 3-1, y en abril de 1902 se repitió el marcador, pero con triunfo mate. Luego de jugar cuatro temporadas en el ascenso, llegó a Primera en 1906, torneo que ganó Alumni y en el que Argentino apenas pudo ganar un encuentro, ante Belgrano Extra por 3-1.

El 25 de mayo de 1906 los rivales quilmeños se midieron por primera vez de manera oficial, ganando Quilmes por 3-1.

Estaban claras las diferencias de raza y origen. En Quilmes jugaran Campbell, Parry, Hotton y Murray, mientras que López, García, Castellanos y Otamendi le daban lustre a la camiseta mate.

Ese mismo año, Argentino ocupó los terrenos municipales de la calle Cevallos, en intersección con Alsina. Allí construyó su cancha y allí se mantiene, un siglo más tarde. A su estadio de la «barranca quilmeña» —cerca del río-también se lo llamaba «de las víboras» porque durante muchos partidos lo ofidios, de pequeño tamaño, se enroscaban en las redes (¡ los arcos a tomar sol).

El equipo utilizaba la camiseta con los colores argentinos, t (n cinco bastones celestes y blancos. En 1910, dirigentes del Racing Club de Avellaneda fueron hasta la Barranca para pedir la autorización y usar la misma casaca, hartos de aquella rosa y celeste a grandes cuadros. Se les permitió hacerla, con la única condición de que fueran siete las rayas celestes y blancas en la

indumentaria, algo que fue aceptado de inmediato. Mientras tanto, la vida en Primera División se mantuvo con buenos resultados. Inclusive entregando jugadores para la Selección Nacional: en 1912 se incorporaron Pedro Palomino, el insider Badaracco y el defensor Juan Johnston.

Llegó el profesionalismo y luego de jugar en el ascenso, Argentino ganó el torneo de Primera B de 1938, logrando llegar a la máxima categoría. Algo inédito sucedió y se recuerda como el mayor triunfo del mate ante el más famoso cervecero. Es que Argentino y Quilmes empataron el primer puesto del torneo y debieron jugar dos partidos para definir el ascenso.

Fueron dos encuentros peleados, ásperos, que ganó Argentino porque fue oportuno, con gol de Agostini en el primero y de Fuertes en el segundo.

Argentino de Quilmes tiene dos récords negativos. Hizo la peor campaña de la historia de un club en Primera División.

Fue en 1939, su única participación profesional, cuando cosechó 4 puntos en 34 partidos, con 4 empates, sin victorias. Y en 1965, la peor racha en torneos largos, la hizo en la Primera B, con una sola victoria en 44 fechas. La vieja rivalidad con Quilmes lo encuentra en el fondo del mar. Argentino descendió a Primera D y el cervecero se mantiene en Primera. Los separa un abismo, seguramente nada de lo que pensaban aquellos criollos fundadores que convidaban mate cocido tras los partidos.

DEFENSA y JUSTICIA

Colores del halcón

Vecino al partido de Quilmes está el municipio de Florencio Varela, otro conglomerado populoso que desde 1978 tiene un representante en el fútbol de AFA. Se trata del Club Social y Deportivo Defensa y Justicia, que debutó en la Primera D con un honroso 2-0 sobre Cañuelas, el 4 de marzo de 1978. Sin embargo, el equipo no anduvo bien y finalizó en el último puesto en la Zona Sur del torneo.

No hay demasiadas precisiones para un nombre tan poco común. La historia oficial explica que la fundación ocurrió el 20 de marzo de 1935 en la casa de un empleado del correo, llamado Antonio Vives. Eran una docena de amigos y la idea de armar un club barrial prendió enseguida, aunque no hay registros sobre quién propuso y por qué se adoptó el nombre del futuro equipo.

Presidido por Norberto Tomaghello, el club se afilió, construyó su estadio sobre un corralón municipal y se preparó para empezar a subir la cuesta. La cancha la inauguró jugando un amistoso contra la reserva de Boca, el 15 de diciembre de 1977.

Los colores originales del club eran rojo y blanco, a rayas verticales, una camiseta similar a la de Estudiantes de La Plata, algo que cambió radicalmente cuando el acuerdo con la empresa de transportes El Halcón se hizo realidad. Con el nuevo y original sponsor, Defensa y Justicia viró hacia el amarillo y verde, colores que identifican a El Halcón, que transporta miles de personas diariamente, desde y hacia Plaza Constitución.

El apodo, obviamente, pasó a ser El Halcón de Varela y nadie lo pudo cambiar. El amarillo y el verde quedaron para siempre. Inclusive cuando Defensa ganó el torneo de 1982 y pudo escaparse de la Primera D, con una fenomenal campaña que condujo Rubén Moreno. Nada más que tres años le costó la Primera C, hasta que ganó el campeonato de 1985, con el recordado entrenador Hugo García, fallecido en un accidente automovilístico mientras dirigía a Quilmes, años después.

CAPÍTULO TRES

Banfield · Talleres de Remedios de Escalada · Lanús · El Porvenir · Temperley · Los Andes

Es riquísima la historia de los clubes de fútbol ubicados al sur de Buenos Aires, en esa zona que comenzó a crecer a fines del siglo XIX y continuó, imparable, hasta no tener frontera fija ni límites posibles. Al compás del crecimiento del ferrocarril, fueron floreciendo estaciones de tren en dos ramales. Uno, orientado hacia la ciudad de La Plata, con postas fuertes en Avellaneda y en Quilmes, los dos ejes de ese camino férreo. El otro, haciendo centro en el suroeste, con plazas fuertes cada veinte cuadras. Desde Avellaneda parando en Lanús, Remedios de Escalada, Banfield, Lomas de Zamora y Temperley, hasta perderse más al suroeste.

El que abre el juego al fútbol es el equipo de Southern Railways (Ferrocarriles del Sud), luego el profesor inglés W. Hayward crea la Lomas Academy, que da origen al Lomas Athletic Club, multicampeón en el rústico fútbol de finales del siglo XIX. También participa Lanús Athletic Club, un grupo de jugadores de origen británico que, con una extraña camiseta verde y oro, agotaron sus pasiones por el fútbol en apenas tres temporadas. El pequeño club se disolvió una vez que varios de sus jugadores se pasaron al floreciente English High School.

Dos de los lugares con mayor concentración de empleados de origen británico, por tener estaciones de tren más importantes y talleres de reparación, eran Quilmes y Banfield. Estaban en diferentes ramales, pero los hermanaban las ganas de jugar fútbol y prenderse en cuanto partido se programara. Por eso es que Quilmes Rowers —sin parentesco con el Quilmes actual— participa entre 1893 y 1895, Y dos años más tarde lo hace el Banfield Athletic Club, hermano mayor del actual Banfield que todos conocemos.

BANFIELD

Al ritmo del taladro

El diario The Standard reflejó en su edición del 24 de enero de 1896 que «en una muy concurrida reunión de los residentes británicos en Banfield, celebrada el último martes 21 de este mes, se resolvió por unanimidad formar /In club atlético. La presidencia fue confiada acertadamente a míster Daniel Kingland, cuya simpatía y entusiasmo asegurarán, sin duda, el buen éxito de la nueva institución». Entre los apellidos de origen anglosajón que fundaron Banfield hay que nombrar a Wood, Morgan, Burton, Quick, Riggs, Hirst, Enderson y Chamberlain. Al año siguiente, el flamante club resolvió ingresar al fútbol asociado.

Su primer partido oficial lo jugó el 9 de mayo de 1897, perdiendo ante el poderoso Lomas por 5-0. En su formación, todos apellidos británicos, salvo un «infiltrado», Rugeroni. No le fue nada bien, porque apenas pudo empatar un partido y perdió los once restantes, y en 1898 salió derrotado de todos sus compromisos. La nueva entidad jugaba sus partidos en un terreno conocido como «Los alfalfares de Patiño», ubicado entre las vías del ferrocarril y las calles La Magnolia (actualmente Serrano), Rincón y Alsina. Sin embargo, al perder ese predio por decisión de su dueño, se fue hacia el oeste, entre las vías. La nueva canchita duró poco más de un año. Los problemas se acumularon y el nuevo Banfield A.C. corrió serio peligro de desaparición por no tener lugar propio, aunque a principios del siglo XX jugó en terrenos que fueron cedidos por Manuel Castro.

El 27 de febrero de 1904, un grupo de entusiastas liderados por Beltrán Montenegro resolvieron refundar el club. Para empezar, tastellanizaron el nombre: pasó a llamarse Club Atlético Banfield. Fue electo presidente Francisco Cigarrota, acompañado por Luis Thiessen, Dante Terenziani y Lindsay Burton. En el mismo afán, ingleses, criollos e inmigrantes. Paralelamente, Banfield pudo empezar a utilizar terrenos ubicados en la calle Arenales, entre Peña y Gallo, que pertenecían a la Compañía Primitiva de Gas. Recién en 1922 y a instancias del presidente George Burton, el club adquirió el predio, gracias a un préstamo del Banco de Avellaneda. La pequeña canchita se fue ampliando y fue inaugurada oficialmente —con una tribuna de cemento armado— el domingo 23 de febrero de 1930.

Banfield llegó a Primera División en 1913, alcanzando el tercer lugar en 1914, detrás de Racing y de Estudiantes de Buenos Aires. Descendió en 1917 y en 1920 pasó a jugar en la Asociación Argentina, donde ocupó el segundo lugar, detrás de Boca Juniors. Sin embargo, retornó a la vieja Asociación Amateur en 1921 y se mantuvo en Primera División. En 1931, fue uno de los invitados para fundar el profesionalismo. Sus dirigentes creyeron que el fútbol rentado no tendría futuro y Banfield pagó ese error vegetando en los torneos amateurs —casi sin público hasta que empezó a jugar en Segunda División y consiguió el ascenso a la Primera profesional en 1939.

El destacado y minucioso La historia del Club Atlético Banfield: cien años de sueños, del recordado y querido Pedro Uzquiza, explica el origen de los colores banfileños:

«siempre setuvo conocimiento de que la camiseta que se usó en los últimos años del siglo

pasado era azul y negra a gruesas rayas verticales. Sin embargo, en el Manual del Viajero publicado en 1900, se afirma que los colores del Banfield Athletic Club eran marrón y oro viejo. Si se tiene en cuenta el origen ferrocarrilero de la mayoría de los socios, es viable aceptar esos colores como posibles, porque se identificaban con las señales de peligro de las barreras. El marrón fue cambiado posteriormente por el negro y éstos son los colores de Peñarol de Montevideo, uno de los tantos clubes fundados por empleados ferroviarios en Sudamérica».

Continúa Uzquiza señalando que «en el período crítico de los años 1903-1904, las hermanas de Alberto Oehenen se encargaron de confeccionar camisetas con grandes cuadros rojos y blancos. En la reorganización de 1904 se adoptó la verde y blanca, que todavía perdura. El periodista Julio César Pasquato -cuyo seudónimo era Juvenal consideró posible que el verde esté vinculado con el origen irlandés de algunos de los jugadores». ¿De acá vino el naranja, tercer color de la bandera irlandesa junto con el verde y el blanco?

Víctor Raffo, el más reconocido investigador e historiador del club y autor de varios libros que tratan el tema como El origen británico del deporte argentino y Banfield, campeón moral 1951, tiene una versión diferente. Explica que «a los primitivos colores oro y marrón no hay que buscarle parentesco con el origen ferroviario, sino que eran los colores del escudo de armas de la familia Kingsland.» Daniel Kingsland era más conocido como «el rey del ganado», dado que era el mayor exportador de ganado en pie hacia Inglaterra, en la época del pleno romance comercial y político entre nuestro país y Gran Bretaña. Su alejamiento de Banfield, a causa de la crisis económica que sufrió en su actividad particular debido a una epidemia de aftosa, le hizo muy mal al club, privándolo de un capacitado dirigente.

También asegura Raffo que la versión de las camisetas de las hermanas Oehenen es falsa. Los Oehenen se vinculan a Banfield en la década de 1910» y agrega que «no hubo irlandeses entre los fundadores ni en 1904 y de ahí no vino el naranja. Esto lo hablé personalmente con Juvenal, en su casa de Banfield, a tres cuadras de la mía, uno o dos años antes de que falleciera.» Desde 1907 la camiseta era verde y blanca a rayas verticales. Algo que sufriría diferentes modificaciones, pero siempre tomando en cuenta los dos colores mencionados. Apenas se puede mencionar una camiseta distinta:

azul y blanca a rayas verticales, que se utilizó sólo en ocasiones especiales. Recién en 1974 y por el influjo de la mágica aparición del Seleccionado de Holanda en la Copa Mundial de Alemania Federal, donde los conducidos por Johann Cruyff desplegaron un juego único, espectacularmente ofensivo, Banfield introdujo el naranja en su vestimenta. Desde ese momento, quedó fija como casaca alternativa y hoy el color naranja forma parte de la ropa habitual del equipo. Siempre mezclado con verde y blanco, claro.

Banfield es el taladro para todos y cada uno de los argentinos que respiran fútbol. y si bien no hay demasiadas explicaciones, según el libro de Uzquiza el apodo llegó gracias a un diario nazi denominado El Pampero, que el 21 de julio de 1941 tituló la victoria banfileña ante Independiente por 4-3 en Avellaneda con HBanfield taladró las ilusiones de Independiente«, y a continuación, con una tipografía pequeña agregó: HEI equipo del sur agujerea a sus rivales». El partido al que se hace referencia fue dirigido por el famoso referí Juan José Álvarez y para Independiente convirtieron Arsenio Erico —el máximo goleador de la historia del fútbol argentino—, Antonio

Sastre y Celestino Martínez. Banfield consiguió el triunfo cuando el peruano Alcalde señaló su segundo gol personal y el cuarto, un minuto antes del final del juego. Esa campaña de 1941 está en el recuerdo porque el club fue sancionado duramente por la Asociación del Fútbol Argentino, al comprobársele un caso de soborno, luego de una denuncia formulada por el arquero Monjo, de Tigre. Le descontaron 16 puntos, lo que lo puso al borde del descenso. Al terminar la primera rueda apenas tenía 13 puntos, pero cosechó 20 más en la segunda rueda y al ganarle por 4-2 en la última fecha a Rosario Central, superó por un punto a su vencido y lo condenó por primera vez al fútbol de ascenso. En esa rueda final, Banfield completó diez victorias y cinco derrotas. El insidioso izquierdo Rafael Sanz señaló 21 goles en el torneo y el centrodelantero peruano Jorge Alcalde marcó 17, siendo los más efectivos del equipo-sensación de ese momento.

El mismo Raffo señala respecto del apodo, que la palabra 'taladro' aparece por primera vez el miércoles 22 de mayo de 1940, cuando el matutino El Pampero en la sección deportes tituló: Banfield 'El Taladro del Sud' se Apresta a Agujerear a Gimnasia. La idea de comenzar a utilizar periódicamente el verbo taladrar para referirse a Banfield, fue del periodista deportivo José Luis Navarro, jefe de la sección deportes del diario El Pampero. Banfield venía de vencer a Independiente en Avellaneda por 2-1 con dos goles de Rafael Sanz (19 de mayo de 1940).«

TALLERES DE REMEDIOS DE ESCALADA

Una gloria en ascenso

En el camino imaginario hacia el sur luego de cruzar el Riachuelo, tomando la Avenida Pavón derecho, se pasa por Avellaneda primero, Gerli después, Lanús a continuación y antes de llegar a Banfield hay que recorrer Remedios de Escalada, barriada conocida como «los talleres» porque ahí se ubicaron los establecimientos de reparación y mantenimiento de los vagones y locomotoras que iban hacia o desde Constitución en el Ferrocarril del Sud. En ese lugar nació Talleres de Remedios de Escalada, un club que supo ser integrante del grupo de dieciocho equipos que inició el profesionalismo en Argentina y que se mantuvo durante las primeras ocho temporadas en ese lugar de privilegio. Luego, animó muchas veces el principal torneo de ascenso y hoy continúa alternando con resultados cambiantes.

Allá por 1906, en esa zona difusa que une a Banfield con «los talleres», un grupo de pibes buscaba la manera de crear un club y un terreno para poder asentarse. Era época de desafíos futboleros y de equipos incipientes. Entre ellos General Paz y Los Talleres, que decidieron fusionarse para constituir un club. La primera reunión la hicieron en plena calle, en la esquina de Sarratea y Pavón.

Resolvieron hacer algo más orgánico, en la casa de Enrique Tait. Así ocurrió. Fue entonces que el 1 de junio de 1906 quedó conformado el Talleres United Football Club, una mezcla anglo-argentina que no molestó a nadie.

El nombre fue aprobado por sugerencia de Alberto Allan y los colores —idénticos a los de Alumni— rojo y blanco a rayas verticales, también contaron con el beneplácito de la mayoría. No había dinero para comprar la ropa.

Fueron madres y hermanas de los fundadores, las que se pusieron a confeccionar las camisetas —varias de seda—, que terminaron siendo todas distintas.

La primera canchita estaba ubicada en la manzana delimitada por Lisandro Méndez, San Martín, Príncipe de Gales y Vidal. Duró poco, como la unidad de la flamante comisión directiva. Por esa razón, aquel Talleres United resolvió disolverse en 1910, pero un año más tarde volvió a formarse, con el apoyo de un poderoso de la zona, el senador Manuel Castro, quien consiguió un terreno para armar la nueva cancha. Pero las peleas internas seguían. Talleres prácticamente no compite entre 1911 y 1913. Recién en 1914 se produjo la primera reorganización en serio. Luego de jugar en una liga independiente, se afilió en 1915 a la Asociación Argentina. Ya ubicado en las calles Rosales y Manuel Timote, tuvo que ir acondicionando la canchita. Sobre todo cuando ganó el torneo de Intermedia y debió instalar una casilla, por exigencias de la reglamentación. Hasta ese momento, los jugadores se cambiaban en una pieza alquilada de la casa que quedaba enfrente de la cancha, sobre la calle Machado. Ya era obligatoria la casilla, donde dormía el canchero y socio fundador, Pablo Comelli.

Talleres resolvió sacarle el «United» a su nombre en 1920 y pudo lograr el ascenso a Primera División en 1925, al derrotar en la final a San Telmo por 1-0. El arquero de ese equipo, Ángel Bosio —conocido como la maravilla elástica— era el guardián de la Selección Argentina y en la

cima de su carrera fue transferido a River Plate.

En 1934 y por disposición de la Asociación del Fútbol Argentino, Talleres tuvo que fusionarse con Lanús, su vecino y rival. La unión fue circunstancial y se mantuvo solamente por esa temporada: se entremezclaron los jugadores de las dos instituciones y el equipo hizo una campaña discreta, aunque merecen destacarse el triunfo sobre el campeón Boca (2-1, el 29 de abril) y también sobre San Lorenzo, Racing y el entonces expreso de Gimnasia.

La camiseta que usó esa fusión era simple: blanca, con una franja horizontal roja, que en algunos partidos fue granate. Era la mezcla de las dos instituciones, que mantuvieron una rivalidad constante, más allá de que la permanencia de Lanús en Primera División y de Talleres — desde 1938— en las categorías más chicas, los alejó del enfrentamiento permanente.

LANÚS

El único granate

Antes de los actuales, existieron dos instituciones de la misma zona que llevaban a Lanús en su nombre. En 1897 compitió en el torneo de Primera División el Lanús Athletic Club, que cumplió una gran campaña y se coronó subcampeón tras igualar el primer puesto con el poderoso Lomas Athletic Club y ser vencido al cabo de tres encuentros de desempate, donde los dos primeros habían terminado igualados. Ese Lanús volvió a jugar en 1898 y alcanzó el cuarto lugar entre siete equipos. En 1899 se despidió al abandonar el torneo en plena competencia.

El nombre Lanús acompaña a los equipos que se identificaron con el patriarca de la zona. Anarcasis Lanús había llegado desde Francia y en 1854 compró las tierras de lo que hoyes la parte céntrica de la ciudad. Su apellido original era Lanusse, pero lo castellanizó.

Tras la participación fugaz de aquellos ingleses del Lanús Athletic, el pueblo volvió a quedarse sin espectáculo futbolero. Empezaron a crecer dos entidades: el Club Del Progreso, que no practicaba el nuevo deporte, y el Lanús United. Este último tuvo una participación allá por 1913 en la Copa que organizaba la Federación Argentina, pero nunca pudo llegar a la Primera División.

El mismo Lanús United volvió a participar en 1914, siendo eliminado por Independiente. Fue su última intervención en una competencia importante. Para 1915 eran muchos los chicos y no tanto que querían que un club los representara. Tomando como base a los dos clubes de la zona, se fundó el Club Atlético Lanús, el 3 de enero de 1915, día en que se designó a Miguel Usaray como presidente, acompañado de Francisco Galarza y Juan Iribarne.

Entre Carlos Pointis, de profesión arquitecto, y Juan Messeguer diseñaron el escudo que tanto diferencia a Lanús de las demás instituciones y cuyo original es en fondo granate con trazados blancos. Colores que encuentran explicación en el hecho de que algunos fundadores eran originarios de la ciudad gallega de Pontevedra y hacia allí dirigieron la mirada, porque el club español tenía la camiseta de color granate.

Otra versión señala que un mes después de la fundación del club los flamantes directivos eligieron el color bordó para diferenciarse de la mayoría de los equipos, tan afectos al rojo, al blanco, al azul o al verde. Pero no había manera de conseguir la camiseta tan preciada, por lo que en los primeros años lucieron una casaca roja, con cuello y puños blancos. Finalmente, el viaje del directivo Juan Rossetto a España para traer directamente la camiseta del Pontevedra zanjó la cuestión.

Lanús llegó a la Primera División en 1920, luego de ganarle la final de ascenso al por entonces importante Argentino de Quilmes. Debutó y quedó undécimo, postergando apenas a Sportivo Almagro y a Porteño, en un torneo que ganó Boca, de punta a punta. Se mantendría en Primera División —incluso fue tercero en 1927 detrás de Boca y San Lorenzo— y sería uno de los fundadores del profesionalismo.

Su cancha actual supera largamente los 70 años, porque fue construida en 1928 e inaugurada oficialmente el 14 de febrero de 1929 aunque, claro, hoy no tiene nada que ver con aquella. Con

tablones, con esfuerzo, se levantó el viejo estadio granate. Hoyes una mole de cemento con capacidad para más de 45 mil personas y dos plateas techadas. En la década del '20, utilizó su primera cancha, ubicada en la manzana que comprendía las calles Margarita Weild, Arias, San Lorenzo y General Deheza.

Fueron, serán y son los granates, aunque sus hinchas canten el «soy del grana, del grana yosoy». Tuvieron una delantera emblemática en los '60, cuando lucían el goleador paraguayo Bernardo Acosta y el exquisito Ángel Manolo Silva. Esa dupla emborrachaba de paredes al público lanusera. Por eso quedaron en la historia como los albañiles.

EL PORVENIR

Un sueño a rayas

Entre Avellaneda y Lanús se encuentra Gerli, de donde el mapa se fue ampliando para incluir Villa Echenagucía, Villa Modelo y también Villa El Porvenir. Lo que distingue al actual Club El Porvenir es que fue fundado por muchachos ávidos de practicar deporte, pero no justamente fútbol, ni siquiera rugby, ni tenis, ni básquetbol, sino nada menos que lucha greco-romana.

La decisión de crear la nueva institución ocurrió un 12 de septiembre de 1915 y a la hora de buscar un nombre, mientras se desarrollaba la charla en los viejos almacenes del correo en la Avenida Galicia al 700, fue electo presidente Vicente Gioffré, un luchador muy conocido en la zona. Fue el propio Gioffré quien resolvió designar como El Porvenir al nuevo club, en homenaje a la barriada que los contenía.

En cuanto a los colores fundacionales del club, las versiones conocidas aseguran que algunos socios fundadores quedaron impactados por la llegada de un equipo inglés cuya camiseta era blanca y negra a rayas verticales.

El fútbol ganó rápidamente adeptos en el nuevo club y es así que en 1918 El Porvenir contó con un socio que logró la afiliación: Camilo Iglesias. Con él, el club se anotó en las categorías de ascenso y comenzó a jugar en la cancha del pequeño Sígueme si puedes (curioso e insólito nombre para un club de esa época), hasta que al año siguiente consiguió un solar en la Avenida Galicia y Humberto 1.

Fue muy veloz su crecimiento en el fútbol, ya que ganó el ascenso a Intermedia y al año siguiente pudo vencer en la final a Argentinos Juniors para llegar a la Primera División. Pero claro: se necesitaba dinero para poner en condiciones la cancha y dotarla de las comodidades mínimas que se exigían. Sin embargo, el lugar donde estaba ubicado el predio fue loteado y El Porvenir se quedó sin cancha. Sus dirigentes consiguieron la vieja casa del club Everton. Las peripecias siguieron hasta que en 1930 compraron un terreno en Lanús Oeste. Allí, por fin cumplieron el sueño del estadio propio, donde se juntaban las calles Veracruz y Santiago del Estero.

La cancha soñada se mantuvo 38 años, hasta que tras ser local en Talleres El Porvenir inauguró su actual estadio en abril de 1971, en la intersección de General Rodríguez y Pavón, en la localidad de Gerli, junto a las vías del Ferrocarril Roca. Ahí está, para quedarse definitivamente, entre Avellaneda y Lanús.

TEMPERLEY

Imitaciones del cielo

Según el interesante Hasta mis cenizas serán celestes, de Daniel Remolina, el origen de Temperley se establece de la siguiente forma, de acuerdo a la pluma de Marcelo Ventieri: «el Centenario Fútbol Club nació en 1910. Su nombre se debe a que ese año se festejaba el Centenario de la Patria. Al poco tiempo comenzaron a surgir disidencias entre los pibes de 14 V 16 años que llevaron a la formación de más de un equipo con el mismo nombre Centenario, ocupando distintos potreros en la amplia zona comprendida entre la desaparecida Cochera Avellaneda, las calles Brandsen, Guido V los terrenos ubicados al sur del actual estadio. De todos ellos prevaleció uno, que echó a rodar la pelota de la historia del Celeste a partir de su fundación definitiva en noviembre de 1912.

La primera divisa utilizada era colorada, con cuello, bolsillo V puños verdes. Una bandera estrenada durante la inauguración de la cancha en Turdera (marzo de 1917) inspiró a los socios fundadores a cambiar los colores y algún apasionado escribió «desde ahora será celeste, por el firmamento».

Una de las habituales leyendas urbanas señala que el color de la camiseta de Temperley está ligado a los enormes tarros lecheros que descargaba el Ferrocarril Sud en las distintas estaciones. Se cuenta que los que iban destinados a la Estación Banfield estaban pintados de color verde, rojos eran los que se descargaban en Lomas de Zamora y celestes los que llegaban a Temperley.

Sigue diciendo Ventieri que «de Centenario Fútbol Club V Club Atlético Centenario se arribó a Club Atlético Temperley el año 1921, cuando llevaba dos años militando en la Asociación Argentina de Foot-ball, participando en las divisiones Intermedia y Segunda. Por entonces sobresalió Alfredo Beranger, quien hizo realidad el sueño de la casa propia, logrando adquirir los terrenos que hoy ocupan las instalaciones del club. Su trágica desaparición aún sigue siendo motivo de congoja. En 1932, el club se fusionó con Argentino de Banfield para volver a jugar en Primera. Esta unión fue solamente futbolística y se prolongó hasta noviembre de 1935. A principios de ese año, Temperley abrazó el fútbol profesional en forma definitiva y participó de la Segunda División».

Para conocer algo más de Alfredo Beranger, cuyo nombre lleva desde hace mucho tiempo el estadio de fútbol, hay que decir que fue uno de los fundadores del Club Centenario y participó activamente en la unión con otros muchachos que dieron vida a Temperley. Fue periodista, trabajó como redactor en el diario Última Hora y colaboró con numerosas publicaciones porteñas y suburbanas. El 29 de marzo de 1923, Beranger fue asesinado a balazos en la puerta de su casa por el ex-canchero del club. En su homenaje, una Asamblea General de socios decidió que el estadio comprado en su momento al Ferrocarril Sud-llevara su nombre.

Seguramente, el sueño mayor de Beranger se concretó en 1974, cuando su Temperley querido alcanzó el ascenso a Primera A en la ciudad de Junín, al empatar con Unión de Santa Fe. Se mantuvo durante tres temporadas y aún se recuerda la brillante campaña que hizo en el torneo

Nacional de 1975, cuando se clasificó para la rueda final y quedó entre los ocho mejores del año. Descendió en 1977 y volvió en 1983, al superar por 13-12 en un mítico desempate por penales a Atlanta, en la cancha de Huracán. Se sostuvo cuatro campeonatos y volvió al ascenso, donde continúa militando con suerte diversa.

Cele para todos por el color de su camiseta, gasolero para muchos, un apodo que llega desde los '70, cuando con poco dinero y poca inversión en futbolistas de otros equipos rendía muchísimo, tales los ascensos de 1974 y 1982, cuando no estaba entre los favoritos.

LOS ANDES

Entre alturas y rayitas

Antes de llegar al territorio de Temperley y luego de pasar por Banfield, el viajero cruza la ciudad de Lomas de Zamora. Allí, un poco más alejada hacia el oeste, está la tierra del Club Atlético Los Andes, una institución que nació siguiendo los latidos y espasmos del ferrocarril y que comenzó a gestarse a mediados de 1916.

La fecha oficial elegida para fundar el club fue el 1 de enero de 1917, cuando los demás equipos de la zona ya participaban de diferentes competencias y jugaban los torneos más importantes de la época. Se quiso el nombre de Los Andes en homenaje a la proeza de los aeronautas argentinos Eduardo Bradley y Ángel María Zuloaga, quienes cruzaron por primera vez en globo la Cordillera el 24 de junio de 1916. Esos héroes emocionaron a los chicos que despuntaban el amor al fútbol entreverándose en partidos sobre la calle Gorriti, muy cerca del paredón del Ferrocarril Sud. Lo hacían en los muchos terrenos baldíos cercanos y tan tentadores para jugar, que se convertían siempre en una invitación.

La primera asamblea designó como presidente a Adolfo Langet, vecino de la localidad, quien apenas pudo gobernar unos meses, porque un terrible accidente automovilístico provocó su fallecimiento y el de otro socio fundador, Marcos Panizzi, mientras que Eduardo Gallardón salvó su vida milagrosamente.

La familia Gallardón tenía una lechería sobre la hoy llamada Avenida Meeks, que quedaba justamente frente a una forrajera de las familias Cobiella y Jurco, donde se realizó la reunión fundacional. El grupo precursor decidió que la cuota social se fijaba en un peso para todo el mundo. El club nació además para competir con el poderoso de la zona, el Lomas Athletic Club.

Como era una zona repleta de terrenos vacíos casi sin árboles, los jóvenes armaron su canchita, con una pequeña casilla que oficiaba de vestuario, armada con madera que pertenecía al embalaje de los automóviles Wipet. Ese precario hogar se ubicó en la manzana comprendida por las calles Lamadrid, Viamonte, Pedernera y Arenales.

La cancha actual, ubicada en la Avenida Santa Fe en su intersección con Laprida y 80edo, dispone de dos magníficas tribunas laterales. Los Andes llegó a la Primera A en 1961 y no pudo jugar en su estadio por no tener las comodidades adecuadas. El Eduardo Gallardón fue inaugurado en septiembre de 1940, cuando Los Andes enfrentó y derrotó por 2-1 a uno de sus vecinos y rivales históricos, Temperley, en el inicio de la segunda rueda de la Primera 8, torneo que ganó Argentinos Juniors.

En ese partido, con un marco impresionante de gente, los celestes se adelantaron en el marcador con un gol de Pérez, pero en el segundo tiempo Los Andes lo empató con De Andreis y enseguida le ganó con un tanto de Fumo.

La primera camiseta de Los Andes no era como la que se conoce hoy, ni siquiera el color predominante era el rojo. En aquel final de 1917, se dispuso que fuera celeste con una amplia franja horizontal de color blanco.

Finalmente, fue uno de los fundadores, Eduardo Gallardón, quien expresó al diario La Prensa

en un suplemento dedicado al club de 1971 que «Sportivo Barracas era el único club que tenía en su camiseta rayas verticales angostas, azules y blancas. Me gustaron y cuando llegó el momento de buscar una camiseta para Los Andes, imité la característica pero con colores rojos y blancos. ¿Por qué rojo? En razón de que de la zona, Banfield ya tenía el verde y Temperley el celeste...» Después de participar de ligas locales y tras muchos partidos amistosos ante equipos de nombres hoy increíbles, como El Combate, Fomentos Peligrosos o Adelante Yrigoyen, Los Andes se afilió a la Asociación Argentina en 1922 y recién en 1925 consiguió el ascenso a Intermedia.

En el amateurismo no pudo participar de los torneos de Primera División, algo que recién alcanzaría en 1961, luego de ganar en gran forma el certamen de Primera 8. Al fútbol profesional se asomó en 1938, cuando pudo ganar el campeonato de Primera C y llegar a la segunda categoría del fútbol argentino. De los participantes en ese torneo, que ganó con 14 victorias y una única derrota (ante Justo José de Urquiza por 2-0), solamente Nueva Chicago se mantiene jugando fútbol profesional y Central Ballester, que es la continuidad histórica del Central Argentino de ese entonces, milita en la amateur Primera D. El resto (Sportivo Palermo, Sportivo Alsina, Boulogne, Ramsar, Estrella Blanca, El Progreso, Bella Vista, Florida, Marplatense, Mitre, Deportivo Huracán de San Justo y I Progresista) no participan desde hace rato en nuestro fútbol organizado.

CAPÍTULO CUATRO

San Lorenzo · Huracán · Almagro · Deportivo Español

La ancha zona que identifica a una parte del sur de Buenos Aires tiene dos dueños indiscutibles. Entre Boedo, Almagro, Caballito Sur, Parque Patricios, Pompeya, parte de Barracas y algunas zonas de Flores, San Cristóbal, Monserrat y Constitución, se enseñorean Huracán y San Lorenzo.

Son estos dos los rivales históricos que, a caballo de la enorme pasión por el fútbol, tuvieron oportunidad de medirse por primera vez hace más de 90 años, el 24 de octubre de 1915, en la cancha de Ferro Carril Oeste. En aquella ocasión, ganó San Lorenzo por 3-1, cuando todavía le faltaba un año para inaugurar el mítico estadio de Avenida La Plata.

SAN LORENZO

Santos, cuervos y matadores

San Lorenzo y Huracán tienen la misma edad: ambos nacieron en 1908. San Lorenzo empezó a existir por iniciativa de un grupo de pibes que jugaban diariamente en un potrero de la calle México, casi esquina Treinta y Tres, como se llamaba a la actual Treinta y Tres Orientales. Los igualaba la condición social, casi todos de clase media baja, hijos de inmigrantes y criollos.

A la hora de fundar un club de fútbol, Juancito Monti pidió que se llamaran Los forzosos de Almagro, porque eran imbatibles en el barrio. Forzosos era algo parecido a forzudos. Imponía respeto. Como era —literalmente— el dueño de la pelota (la única), todos aceptaron su moción y encima permitieron ubicar la sede en una piecita ubicada atrás de la carbonería de los Monti.

Los chicos tenían un guía, un sacerdote salesiano nacido en Morón, de origen italiano, que a los 25 años se había hecho cargo del Oratorio San Antonio, situado en la calle México, casi esquina Treinta y Tres, donde se juntaban los pibes. El sacerdote se llamaba Lorenzo Massa y no le gustó nada el nombre propuesto por Juancito Monti. El 1 de abril de 1908 los chicos resolvieron finalmente ponerle San Lorenzo y también de Almagro, en homenaje al sacerdote y al barrio. Antonio Scaramusso fue elegido primer presidente y la sede social fue llevada a la calle Artes y Oficios (hoy Quintino Bocayuva) al 300, donde vivía el primer presidente.

Explica Memorias del viejo Gasómetro, una excelente investigación de Enrique Escande, que «Massa, despojado de las rigideces que caracterizaban a los sacerdotes de esa época, dedicó horas y horas al club, movilizó todas las veces que fue necesario a sus relaciones para conseguir lo que se necesitara, puso dinero, organizó los primeros papeles, apoyó decenas de proyectos y siempre estuvo dispuesto a opinar cuando las ideas quedaban trabadas por las discusiones. Canalizó entonces su pasión —los curas también las tienen— por San Lorenzo de Almagro. Consiguió las camisetas azulgranas (las primeras, que terminaron prácticamente deshilachadas, eran de color borravino y blanco y habían sido compradas por Federico Monti), gritó goles, rezó por los muchachos, intercedió ante la policía cuando los pelotazos destrozaron vidrios y macetas y les marcó el camino. Por sus vinculaciones, además, logró el arrendamiento del terreno de la Avenida la Plata».

Lorenzo Bartolomé Martín Massa, inspirador del nombre y alma mater del club, murió el 31 de octubre de 1949 a los 66 años. El domingo siguiente, hubo un minuto de silencio en todos los partidos de fútbol. Las camisetas que eligió el sacerdote no se modificaron. San Lorenzo mantuvo inalterables sus colores, apenas retocados cuando, ya en los años sesenta y setenta, el blanco pasó a tomar preponderancia. Muchos partidos, el Ciclón los jugó con una camiseta blanca con vivos rojos y azules o con una pequeña tira bicolor vertical. Un intento a comienzos de 2000 de introducir una vestimenta negra con vivos amarillos, utilizada en el Monumental ante River, tuvo un rápido olvido.

Luego de ganar el torneo en la liga de ex-alumnos de Don Bosco durante 1910 y 1911, San Lorenzo pasó por un período de dudas y ganas de cerrar el club. Ocurrió en 1913, cuando algunos muchachos resolvieron irse hacia otros barrios buscando nuevas emociones. Hasta se pensó en

liquidar los fondos de la precaria tesorería en un picnic. Pero. no. Entre el padre Massa, los hermanos Colli, los Monti y Gorena, mantuvieron la confianza en el despegue del club, lo inscribieron en la Asociación Argentina y ganaron el ascenso en 1914, al vencer en la final a Honor y Patria de Bernal por 3-0. San Lorenzo ya estaba en Primera División.

Tras el potrero de México y Treinta y Tres, jugaron hasta 1914 .en el Parque Chaca buco y tuvieron un fugaz paso por la localidad de Martínez. Pero en 1915, en ocasión de ganar el torneo de Segunda División, no hubo más demora para buscar y concretar una cancha propia. Por cuestiones económicas, pudieron los muchachos, comandados por el Tano Scaramusso y con la siempre necesaria, palabra del padre Lorenzo, arrendar terrenos en Avenida Juan Bautista Alberdi y José Mada Moreno primero y en José Mármol entre México y Venezuela después.

Explica Enrique Escande en su investigación sobre el viejo Gasómetro que «en la Avenida La Plata al 1600/1700 había un solar que pertenecía al colegio María Auxiliadora V otra parte a la familia Oneto. Se aprobo el alquiler del terreno desocupado que formaba parte del patrimonio del colegio por 50 pesos mensuales V el de los Oneto por 10 pesos. Las malezas, los pronunciados desniveles del suelo, una loma en el medio de dos por veinte metros, la falta de agua V un horno de ladrillos correspondiente a una chacra que había allí desde mediados del siglo XIX crearon dudas. Finalmente Scaramusso, respaldado por Massa, impuso su criterio: 'la cancha la vamos a hacer acá', dijo el regordete dirigente, tras lo cual ofreció poner de su bolsillo 400 pesos».

Supervisados por Carlos Malgarini, se alisó el terreno, se plantó el césped y se construyó el primer vestuario, una modesta casilla de madera con un baño. Se alambró todo el perímetro y el campo de juego fue cercado. La primera tribuna era de tres escalones de madera, para alrededor de cien espectadores.

La cancha fue inaugurada el 7 de mayo de 1916, cuando San Lorenzo enfrentó a Estudiantes de La Plata por la quinta fecha del campeonato de Primera División. El I quipo del padre Lorenzo ganó por 2-1, con tantos de Etchegaray y Fernández. Ahí nació el Viejo Gasómetro, Ion una vida deportiva que se extendió por 63 años en t I mismo lugar.

Jacobo Urso tuvo el honor de ser el primer sanlorencista llamado a integrar la Selección Argentina. Ocurrió el 74 de agosto de 1919, cuando Argentina perdió 2-1 con Uruguay, en el Parque Pereira de Montevideo. Urso fue un mártir del fútbol de aquella época. Murió el 6 de agosto de 1922, seis días después de haberse negado a abandonar lesionado el campo de juego. Al finalizar el partido, los médicos comprobaron que tenía dos costillas fracturadas, una de las cuales le había perforado un riñón, ocasionándole la muerte.

El estadio se fue ampliando en los años '20 y la labor del dirigente Pedro Bidegain fue decisiva para las mejoras y el aluvión de nuevos socios e hinchas. Ya dentro del profesionalismo, San Lorenzo se quedó con el tercer torneo rentado, al ganar el campeonato de 1933. Con dos goleadores de raza como Diego García y Gabriel Magán, superó por poco a los cuadros de Avellaneda y a Gimnasia y Esgrima La Plata, la revelación de la temporada.

Ese equipo tuvo varios sobrenombres casi simultáneos.

Primero fueron los chacareras, por la gran cantidad de jugadores que provenían del interior del país; pero enseguida fueron los gauchos de Boedo. Sin embargo, algunos días más tarde, hubo un apodo más espectacular y más llamativo: cuenta Ángel O. Prignano en San Lorenzo, entre

Almagro, Boedo y el Bajo Flores, que «el mote de Ciclón fue acuñado por el periodista Hugo Marini, luego de la avasallante campaña que lo llevó a ganar el campeonato de 1933. El origen santo del club y la imagen del padre Massa vestido con la clásica sotana negra abotonada inspiró a la hinchada para llamarse a sí misma santos y cuervos».

Pero había más sobrenombres para San Lorenzo. Un cuadro que ganaba campeonatos cada trece años (1933, 1946, 1959 Y 1972) con un paso por 1968, cuando el entrenador brasileño Elba de Papua Lima, Tim, armó ese fenomenal equipo que arrasó llevándose invicto el torneo Metropolitano, venciendo en la final al durísimo Estudiantes de Osvaldo Zubeldía. Ese equipo, con Buttice en el arco, con el exquisito uruguayo Villar, con el tucumano Albrecht, con Renda, Telch, Coceo, Veglio y el Lobo Fischer, se ganó a fuerza de juego profundo, sólido y avasallante el mote unánime de matadores. Era el segundo apodo de la década, porque en los primeros años '60 ya funcionaba el de carasucias para aquella delantera integrada por cuatro chicos del club — Narciso Doval, Héctor Veira, Fernando Areal y Victoria Casa— junto con un mediocampista pequeño de estatura pero enorme en su juego llamado Alberto Renda. Es uno de los pocos casos emblemáticos del fútbol nuestro en el que se le da un nombre a la línea delantera y no al equipo. De igual manera que con la célebre máquina de River, que inmortalizaron Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau. O igual que los profesores de Estudiantes de La Plata de 1931, con Lauri, Scopelli, Zozaya, Nolo Ferreira y Enrique Guaita.

No ganaron títulos ni se clasificaron para ninguna Copa Libertadores, pero dejaron su huella profunda en el paladar de la gente. Muchos apodos, varias barriadas:

Almagro, Boedo, Bajo Flores, donde se instaló el Nuevo Gasómetro, inaugurado a fines de 1993. La gente cambia menos, en fútbol, de lo que muchos suponen: los gritos son siempre los mismos. «El ciclón», «Soy de Boedo» y poco más. Es la pertenencia. Del alma y del corazón.

HURACÁN

Viajes en globo

Cerca en la geografía, casi idénticos en el tiempo de fundación —los dos nacieron en 1908—, el Club Atlético Huracán se configuró, rápidamente, como el rival de siempre de San Lorenzo de Almagro. Es que su génesis fue diferente, porque los documentos encontrados muestran que el club nació el 25 de mayo de 1903 «con el fin de lamentar el juego atlético, especialmente el football».

Según explica Jorge Newton —historiador de Huracán—, los dirigentes que firmaron ese primer documento fueron José Laguna (presidente) y Alberto Rodríguez (secretario), (indica que «con Huracán ocurre lo mismo que con la Ciudad de Buenos Aires, que habiendo sido fundada dos veces, por Mendoza en 1536 y por Garay en 1580, reconoce como fecha oficial a la última». Pero en realidad algunas investigaciones sitúan la fundación a mediados de 1907, cuando un grupo de jóvenes se reunieron frente a la casa de Tomás Jeansalles. Los chicos, en su enorme mayoría, eran de Nueva Pompeya y alumnos del Colegio Luppi, ubicado en la intersección de Centenera y Esquiú.

Claro, no hay sede, ni actas de esa reunión que terminó cuando los pibes nominaron a A. Caimi como presidente, a G. Brunett como secretario y al propio Jeansalles como tesorero. Y los pibes no tenían relación con Parque Patricios, el barrio-hogar de Huracán, ya que en aquella época aún existía el barrio de los Corrales Viejos o Mataderos al Sur. Allí, en la intersección de Cachi y Zabaleta, creció con chapas, latas y cartones la primera villa de emergencia porteña y por eso se lo llamó también el «barrio de las latas».

Este sector fue reemplazado años después por «la quema», donde al aire libre los empleados municipales y la gente de la zona quemaban la basura recolectada en otros lugares. A los numerosos indigentes que iban a revolver los desperdicios se los llamó quemeros o también cirujas, un diminutivo de cirujanos, por la precisión y el detalle que ponían al revisar la basura.

Pero los pibes eran de Nueva Pompeya, de los alrededores de la avenida Sáenz. Era la vieja «avenida de los huesos», porque por ella pasaban los vacunos que iban a ser sacrificados en Parque Patricios y algunos morían por el camino. En esas casas bajas, humildes, con fuerte presencia obrera —por la incipiente industrialización de la barriada— se criaron los chicos que dieron vida a Huracán.

Fueron ellos quienes en 1907 eligieron autoridades y resolvieron ponerle Verde esperanza y no se pierde al flamante equipo. En la librería de Richino, un italiano buenazo y simpático, dejaron los 2 pesos con cincuenta centavos para hacer el sello. Al Tano Richino no le gustó el nombre porque era muy largo, además de una frase muy común. Cuenta la leyenda que Richino, viendo un papel en una pared cercana a la librería con el título «El Huracán», les sugirió que le pusieran ese nombre. Y en el sello, el italiano omitió la H, por eso quedó «Club el Uracán. Calle Ventana 859».

Quienes participaron de la refundación han fijado la fecha del 1 de noviembre de 1908 como nacimiento de la institución. Porque Huracán se llamó Huracán antes que existiera el globo aerostática Huracán que hizo tan famoso a Jorge Newbery, mucho más de lo que ya era. Explica en

su libro *Del globo y de la quema* el político y ex-presidente del club Néstor Vicente, que «el acta fundacional dice que se usará la camiseta blanca con el distintivo del globo Huracán, pero el 1 de noviembre de 1908 el globo Huracán no existía. El globo fue construido en Francia, comprado por el Aero Club Argentino y traído al país en 1909. El primer vuelo del globo Huracán fue el 30 de agosto de 1909, piloteado por Jorge Newbery, saliendo de Rosario y tocando tierra en San Jerónimo, después de una hora y quince minutos».

El libro de actas del club es el elemento más valioso para conocer algo de sus primeros pasos. El acta número 2 está fechada el 20 de julio de 1910 y firma José Laguna como presidente, secundado por el ya mencionado G. Brunett como secretario. Como bien explica el propio Néstor Vicente, «es muy probable que, en oportunidad de la reunión de julio de 1910, se decidiera dejar constancia de la fecha de fundación y se agregara el tema del distintivo del globo que entonces ya estaba definido, sin tener en cuenta que esa decisión no coincidía temporalmente con la fundación del club». En realidad, hubo que buscar la explicación para el origen del nombre, que un par de años más tarde encontraría el lugar justo cuando el globo de Jorge Newbery pasó a formar parte para siempre del escudo y la camiseta.

En el libro *Historia del Fútbol Argentino* editado en 1955 por la Editorial Eiffel, se expresa que «ya tenían un solar en Cachi entre Trafal y Aricaste, donde se concertaban los partidos. El primer desembolso que sus asociados tuvieron que hacer —hasta alcanzar un total de 2,50 pesos— era para comprar el sello, que finalmente adquirieron en la librería de la avenida Sáenz y Esquiú. El tal librero de apellido Richino insinuó que el nombre de Verde Esperanza no era muy apropiado, sugiriéndoles el de Huracán, que era como se llamaban varias de las mercaderías más comunes que tenían buena venta en su negocio. Había lápices, cuadernos y útiles diversos con esa marca. Al mismo tiempo, uno de los fundadores, de apellido Stefanini, recordó que en Montevideo ya había un club así denominado y entonces los jóvenes decidieron adoptar el nombre de Huracán.» Lo concreto es que la comisión directiva del nuevo club decide, ya en mayo de 1911, designar a Jorge Newbery socio honorario y luego convertirlo en presidente honorario. Fue el propio Newbery quien mandó una carta agradeciendo el gesto y autorizando el uso del globo Huracán como emblema del club.

Vale la pena mencionar que cuando Huracán le pidió a la municipalidad un terreno ubicado en la calle Arena (hoy Almafuerce), fue Newbery quien facilitó la gestión y contribuyó para conseguir el nuevo lugar. Huracán pudo debutar en 1912 en Tercera División de la Asociación Argentina, salió campeón y ascendió a Segunda. Al año siguiente venció en una semifinal a Gimnasia y Esgrima de Flores y saltó a Primera porque Ferro, el otro finalista, ya había conseguido el ascenso. Fue un hecho histórico, pues cinco años después de creado Huracán ya había llegado a la máxima categoría. Por eso, la comisión directiva le envió un telegrama a Jorge Newbery donde decía «Hemos cumplido. El Club Atlético Huracán, sin interrupción, conquistó tres categorías, ascendiendo a Primera División, como el globo que cruzó tres Repúblicas».

Huracán debutó con un auspicioso sexto puesto, muy cerca de River y bastante lejos del campeón, el poderoso Racing. Fue en 1914, un 2 de agosto, cuando inauguró la nueva cancha ubicada en Avenida La Plata y Chiclana. El programa de partidos lo hizo debutar allí contra River Plate.

El Globo ganó el encuentro por 1-0 con tanto del morochazo Laguna, figura de aquel equipo. Sobre el final del juego, el arquero de River, Carlos Isola, pateó un penal desviado.

Los socios habían colaborado con la construcción del alambrado; inclusive, habían puesto postes y alambre para evitar que algunos caballos sueltos que solían andar por la zona se metieran en el campo. Al año siguiente (1915) se produce el primer enfrentamiento con San Lorenzo en el estadio de Ferro, con victoria azulgrana por 3-1.

El primer quemero en vestir la camiseta de la Selección Argentina fue Pedro Martínez, el 6 de julio de 1916, cuando Argentina empató en un gol con Chile, en la cancha de Gimnasia y Esgrima. Días después, le tocó debutar como entrealeta al mítico José Laguna, quien jugó contra Brasil, en el 1-1 del 10 de julio de 1916 en la misma cancha palermitana.

Durante el período 1916-1921 un hecho curioso incentiva muchísimo la rivalidad con San Lorenzo: los dos clubes tienen la cancha sobre la misma avenida, separados por muy pocas cuadras. Huracán en Chiclana y Avenida La Plata, San Lorenzo en Avenida La Plata e Inclán. En 1921 Huracán decidió dejar su cancha ante el elevado costo del alquiler del terreno. El 17 de agosto de 1923, Huracán inaugura su nueva cancha en la Avenida Amancio Alcorta, en su intersección con la calle Luna. En ese estadio, mantuvo la mayor parte de un fenomenal ciclo de 43 partidos sin perder, desde mayo de 1920 hasta que Sportivo Dock Sud lo venció por 2-1, el 31 de agosto de 1924.

El nuevo alquiler hacía flaquear las finanzas del club. Según cuenta Néstor Vicente, «en 1933 se compraron unos lotes sobre la Avenida Roca casi llegando a Varela para construir un estadio, pero el proyecto se postergó y en 1939 se vendió el terreno en 160.000 pesos V se adquirió el de la Avenida Alcorta por 450.000 pesos. La diferencia se pagaría en diez anualidades con el 6 por ciento de interés. Allí nace la idea de un gran Estadio en terreno propio V se obtiene un préstamo del gobierno Nacional por 700.000 pesos. El 26 de octubre de 1941 se coloca la piedra fundamental de la futura cancha. El último partido en In de madera se juega el 22 de noviembre de 1942». Como no podía ser otra manera, el último gol en la vieja cancha lo señaló el máximo goleador de su historia, Herminio Masantonio, cuando se jugaban 2 minutos del segundo tiempo. Huracán venció esa tarde por 3-1 a Gimnasia, en la última fecha del torneo de 1942, en el que finalizó tercero.

Huracán construyó su nueva cancha, el Palacio Tomás A. Ducó, en homenaje al presidente de esa época, y la inauguró el 7 de septiembre de 1947, cuando venció a Boca Juniors por 4-3, en un partido por el campeonato argentino.

El estadio se mantiene como entonces, salvo que la tribuna lateral donde estaba la voz del estadio en lo alto y el mástil, que era popular, fue convertida en platea a fines de los años '60. Allí el Globo pudo festejar su primer y único título profesional, cuando arrasó en el Metropolitano de 1973, conducido por César Luis Menotti.

ALMAGRO

Andanzas tricolores

San Lorenzo lleva desde su fundación el agregado “de Almagro”. Sin embargo, hay otro Almagro, el Club Atlético Almagro, nacido tres años después que los azulgranas, el 6 de enero de 1911, cuando un grupo de muchachos del barrio decidieron crear un club, uniendo las pasiones futboleras de quienes integraban los equipos de Jubile, Lezica y San Martín Juniors. No quedó establecido en la historia en qué lugar ocurrió la primera reunión, pero lo cierto es que el intento fracasó porque después de participar sin éxito en las ligas de la zona, resolvieron disolverlo.

Cuando parecía que aquel primitivo Almagro Football Club desaparecía por el alejamiento de varios socios fundadores, los chicos de la zona decidieron seguir adelante. Por eso, Antonio y José Adet, además de Juan Turgoni, son referencias indispensables a la hora de analizar el por qué de la continuidad. Con una pequeña sede en la calle Ecuador al seiscientos y sin cancha, los equipos de Almagro empezaron su historia futbolera en la liga América.

Los chicos jugaban y parece que muy bien. Lo hacían en una cancha con líneas pintadas y dos arcos, sin alambrado ni ningún límite, con los vecinos casi encima de ellos. Hasta allí volvió Miguel Ortiz de Zárate, ya convertido en un prometedor dirigente del radicalismo, quien luego de irse de Liberal Argentino participó de la refundación. Ocurrió el 16 de octubre de 1916, junto con Rómulo Trucco (socio número 1) Y José Paglieri. El hecho tuvo lugar horas después de que Hipólita Yrigoyen asumiera la presidencia, en las primeras elecciones libres de nuestra historia política. Almagro nacía como un club radical de pura cepa.

Según explica la página oficial del club en internet, «los colores azul, blanco y negro que dan al equipo su apodo de tricolor fueron adoptados definitivamente a instancias de Ortíz de Zárate, cuya propuesta triunfó pese a la resistencia de un sector que decía que, con tantas franjas de distinto color, las camisetas iban a quedar irreconocibles ya a las primeras lavadas. La primera cancha de la institución, en tanto, se estableció en 1917 en Villa Lynch, a dos cuadras de la estación del mismo nombre del ferrocarril, muy cerca de donde se encuentra el actual estadio. Ese mismo año, Almagro se afilia a la Asociación Argentina y debuta oficialmente en Segunda División (nombre que recibía entonces la tercera categoría del fútbol argentino), ganando el ascenso a Intermedia al vencer por 2 a 0 al desaparecido General Mitre con un muy buen equipo».

Almagro fue creciendo y encontró un modo diferente de llegar a la primera categoría, al fusionarse con el casi desaparecido Club Columbian, que bajo el nombre de Hispano Argentino había terminado último en la máxima división.

Almagro se une, y bajo el nuevo nombre de Sportivo Almagro llega a Primera en agosto de 1919. El trabajo político de Ortiz de Zárate le sirvió de mucho. Los afiliados al radicalismo tendrían un enorme peso en la vida interna del club.

A tal punto que Raúl Colombo, presidente del club, llegó a presidente de la Asociación del Fútbol Argentino. Y que un Presidente de la Nación fue socio y jugador de sus divisiones inferiores. Se trata de Arturo Frondizi.

Desde esa época comenzó a jugar en su flamante cancha, frente al Parque Centenario. Allí, en

la zona que limitaban las calles Camino de Gauna (hoy Avenida Díaz Vélez), Amambay (hoy Eduardo Acevedo), Otamendi y San Eduardo (hoy Aranguren), el club levantó su estadio, donde protagonizó excelentes partidos. En 1927 recuperó su viejo nombre, se fue el «Sportivo» y quedó solamente Almagro. Pero al mismo tiempo tuvo que dejar su cancha y mudarse a otra zona de la ciudad, en el casi indescifrable Parque Chas. El 13 de marzo de 1927 inauguró la cancha ubicada entre las calles Gándara, Londres, Avenida Victorica y Ginebra. Jugó allí, con gran apoyo popular, los cuatro últimos años del amateurismo ante los poderosos de entonces, y en 1931 llegó el momento de pasar al profesionalismo. Pero sus directivos eligieron otra cosa.

Según explica la página de internet del barrio Parque Chas, «los dirigentes de Almagro de ese entonces fueron especialmente invitados a incorporarse a la misma por tratarse el Tricolor de uno de los clubes de mayor convocatoria, y en una decisión —que el tiempo demostró ser muy equivocada— dispusieron continuar en la amateur Asociación Argentina de Fútbol. Almagro disputó en esta situación los campeonatos de los años 1931, 1932, 1933 Y 1934, en los cuales no participaban los equipos denominados grandes. En el año 1935 estos equipos, los de la Asociación, resuelven incorporarse a la Liga, constituyendo su segunda categoría. En ese año y el siguiente se realizaron certámenes de esta división conjuntamente con las reservas {Intermedia} de los equipos de la primera categoría, en donde era notoria la superioridad de estos últimos. Recién a partir de 1937 se implementó el sistema de ascensos y descensos, por lo cual se dispuso que hubiese un campeonato exclusivo de los equipos de la segunda categoría y que el ganador ascendiera a la Primera División. Ese año Almagro, jugando en su cancha del Barrio Parque Chas, se consagró campeón siendo el primer equipo en la era del profesionalismo en obtener el derecho del ascenso a la división superior», completa la web barrial.

La cancha tuvo que ser levantada porque la Municipalidad de Buenos Aires dispuso cumplir el diagrama de trazado de nuevas calles. Almagro se quedó sin cancha justo cuando había llegado a Primera División por primera vez en la época profesional. Así, en 1938 tuvo que ser local en Platense, San Lorenzo, Boca y Vélez Sársfield. En 1939 consiguió alquilar un estadio ubicado en Villa Ortúzar, a pocas cuadras del anterior, utilizado anteriormente por Argentinos Juniors y Colegiales. La cancha quedaba en la manzana que limitaban Fraga, Tronador, Rosetti y Estomba. Allí jugó hasta 1949 y recién en 1956 inauguró su cancha —la definitiva— en la localidad bonaerense de José Ingenieros, a metros de la avenida General Paz. Allí, Almagro vivió de todo. Descensos y ascensos, sobre todo dos nuevos retornos a Primera A, en 2000 y 2004.

DEPORTIVO ESPAÑOL

En busca de la furia perdida

En esa enorme zona del centro-sur de la Capital Federal, creció un club que fue fundado muy adelante en el tiempo, pero que se hizo un lugar rápidamente y ahora, por circunstancias no deportivas, enfrenta un momento y un futuro nada halagueños. El Club Deportivo Español de Buenos Aires llegó tarde a una fiesta para la que estaba invitado desde mucho antes. La enorme comunidad de inmigrantes de ese origen nunca se había decidido a crear una institución con la idea de practicar fútbol profesional.

Mucho agua pasó debajo del puente, demasiados españoles se argentinizaron y se hicieron hinchas de otros equipos (de San Lorenzo e Independiente, especialmente), hasta que un grupo de treinta y cinco personas resolvió fundar el club, un 12 de octubre de 1956.

Se juntaron en el Centro Betanzos, en la calle México 1660, y ahí resolvieron que Luis Soler Camino fuera su primer presidente, acompañado entre otros por Aníbal Castagnino, Eliseo Cerviño, Francisco Cayetano y Luis Tena Ferrer. Incluso, fue necesario un vigilante para completar la cantidad mínima, de firmas requeridas por la ley. La primera sede oficial del club fue el subsuelo del bar La Mezquita, ubicado en Libertad 83 casi Bartolomé Mitre, mudándose a principios de 1957 las instalaciones al Centro Ribadumia, en la Avenida Independencia 732, donde contaba con salones de fiestas y oficinas administrativas. Para ese momento, el flamante el Deportivo Español ya había logrado reunir dos mil socios que aportaban su cuota. Se elige el escudo oficial, diseñado por Luciano de la Torre, un artista argentino hijo de santanderinos, que suma los colores hispanos y argentinos y una forma que rememora la geografía de la península ibérica. La camiseta, obviamente, era idéntica a la que lucía el seleccionado español. Roja, con vivos azules o amarillos.

Español arranca jugando en lo que hoy es la Primera D, en aquel entonces llamada Fútbol Aficionado, y termina en el segundo lugar, empatando la posición con Defensores de Cambaceres, siete puntos por debajo del Campeón, Leandro N. Alem de General Rodríguez. El primer partido oficial lo jugó el 25 de mayo de 1957, cuando derrotó a Macabi por 4-2, convirtiendo Felipe Fernández el tanto que inauguró su historia goleadora.

En 1958 ganó —tras un final infartante con Cambaceres— el torneo: 44 puntos (21 triunfos, 2 empates y una sola caída ante el cuadro de Ensenada por 4-0), contra 43 puntos del propio Cambaceres, que lo había goleado. Conducido técnicamente por el recordado ex-defensor de San Lorenzo Ángel Zubieta, le tomó apenas dos años saltar de la Primera C a la entonces máxima división de los sábados, la Primera B.

Español ganó el campeonato de 1960, con diez puntos de ventaja sobre Almirante Brown. En ese equipo, que no tenía cancha propia, se lucían el ex-arquero de Independiente, Elías Abraham, y el delantero y futuro entrenador Roberto Saporiti. A finales de esa temporada, Deportivo Español emprendió una gira por España, algo único en un equipo de la Tercera División argentina que llegaba a Segunda. No pudo ganar ningún partido, pero se rescatan los empates ante Pontevedra (2-2), Elche (3-3) y Oviedo (1-1), cayendo ante Real Madrid (6-2) y Athletic Bilbao (5-0).

Ya en la Primera B, alternando su localía en las canchas de Huracán, Atlanta, San Lorenzo y eventualmente Ferro, Español se fue convirtiendo cada vez más en una atracción para el público que no lo conocía. Carlos Bilardo, que había llegado de San Lorenzo, fue el goleador del equipo en 1962 con 23 tantos, en su poco conocida función de puntero derecho. El primer año en la B lo ubicó tercero, apenas detrás de los dos grandes de la categoría en ese momento, Banfield (campeón) y Platense (segundo). Bordoó el ascenso en los años posteriores y finalmente lo consiguió en 1966, cuando ganó el octogonal por el segundo pasaporte a Primera A, derrotando a Nueva Chicago en dos finales: 2-1 en la cancha de Huracán y 3-2 en enero de 1967 y ante multitudes. Era el tiempo del Toti Veglio, cedido días después a San Lorenzo, y del delantero checoslovaco Christian Rudzki, futuro campeón copero con Estudiantes de La Plata. Cuando volvió al ascenso, jugó como local en la cancha de ACIR, en el Bajo Belgrano, cerquita de Excursionistas y de River Plate.

El paso por Primera División fue muy rápido y volvió al ascenso. Alternó en By C, regresó a la A en 1984 y se fue de la máxima categoría en 1998. Ya tenía cancha, el fenomenal Estadio España, inaugurado el 12 de febrero de 1981, cuando derrotó al Deportivo La Coruña por 1-0 con gol de Corvo. Una cancha con capacidad para más de treinta mil personas, dotada de una iluminación artificial de gran calidad, que está clausurada como la actividad del club, desde hace tiempo.

Deportivo Español debió cambiar de nombre —se llamó brevemente Unión Española— y luego terminó siendo Club Social y Deportivo Español de Buenos Aires, conocido en los últimos años como Social Español, denominación con la que juega en la Primera B Metropolitana, tratando de recuperar el prestigio perdido.

CAPÍTULO CINCO

Racing Club · Independiente · Arsenal de Sarandí

En Avellaneda se respira fútbol. Se huele en el aire la rivalidad, lo mismo que en Rosario, La Plata o Santa Fe. Es una ciudad que vive pendiente de cómo les va a los dos grandes del pago, más allá de que la aparición del humilde Arsenal de Sarandí los haya obligado a compartir pasión con un club cuya camiseta es una suma de los dos.

El enfrentamiento inicial ocurrió el 12 de diciembre de 1915 en cancha racinguista y lo ganó Independiente por 2-1, con goles de Zabaleta y Cappelletti, descontando Vivaldi para Racing. Los directivos académicos protestaron el partido por la incorrecta inclusión de uno de los goleadores, Victoria Cappelletti. y el Tribunal de entonces les dio la razón, por lo que Racing ganó los puntos. Vaya forma de empezar una rivalidad.

En realidad, fue el primer partido que jugaron en Primera, porque Racing e Independiente ya se habían enfrentado en 1907, ocho años antes, cuando militaban en la incipiente y artesanal Segunda División de la época. El partido lo ganó Independiente por 3-2, el 9 de junio de 1907, con un gol decisivo marcado por uno de sus socios fundadores, Rosendo Degiorgi. Ya en ese momento, quedó claro que el enfrentamiento era a cara de perro y por el honor de quedarse con el título de dueño de Avellaneda.

RACING

Siempre la Academia

Todavía Avellaneda era Barracas al Sud cuando varios muchachos decidieron juntarse para practicar fútbol. La gran mayoría eran empleados de la vieja estación Barracas Iglesia del Ferrocarril Sud. Allá por 1898, el club que les dio lugar fue Argentinos Excelsior Club, pero un año y medio después, éste se dividió en pequeños grupos con nombres pretenciosos: American Club, Argentinos Unidos y Sud American Football de Barracas al Sud.

Poco duraron las ilusiones, porque muchos de los entusiastas futboleros se dieron cuenta de que lo mejor era unirse y no seguir fomentando divisiones. En mayo de 1901 se constituyó el club Barracas al Sud gracias a la iniciativa y el esfuerzo de Pedro Werner, estudiante del Colegio Nacional Central, y algunos amigos de la zona. La discusión mayor pasaba por el color de la camiseta, que era amarilla y negra a rayas verticales. Poco tiempo después, un grupo, encabezado por Arturo Artola, se fue del nuevo club y fundó Colorados Unidos, con camiseta obvia.

Pero todos compartían la idea de no seguir sumando sellos ni nombres pomposos sino hacer un club en serio.

Los más calmos y ubicados lograron armar una reunión realizada en la vieja Feria de Ganado de Barracas al Sud —ubicada en Alsina y Colón, donde hoy está la cancha— Allí se reunieron 45 voluntades para definir la unión de Barracas al Sud, que aportó 11 socios y 16 pesos con 35 centavos, con Colorados Unidos, que era más poderoso y llegó con 34 socios y 19 pesos con 65 centavos. Esa definitiva mixtura entre los nuevos clubes se selló el 25 de marzo de 1903 y la fecha quedó para la historia, porque fue el nacimiento del Racing Club.

El nombre surgió casi sorpresivamente, por una propuesta de Germán Vidailac, un socio fundador de Colorados Unidos, quien mostró una revista francesa llamada Racing, especializada en el incipiente automovilismo. El nombre gustó a todos, casi sin excepción. No había alusiones barriales, era novedoso y original. Desde ese momento y por aclamación, pasó a ser Racing Football Club, nombre que se redujo a Racing Club en 1906.

Entre aquellos fundadores hay que mencionar obligadamente a Arturo Artola, el primer presidente, junto con Pedro Werner, Alfredo Lamour, Leandro Boloque, Salvador Sohorondo, los hermanos Paz y Pedro Viazzi, junto a otros muchachos entusiasmados con la unificación y las ganas de trascender. Como todos sabían del fervor que cada uno ponía en las discusiones, de lo que había costado unificar voluntades para tirar todos de un mismo carro, la cuestión de la camiseta oficial del nuevo club era un problema. Para resolverlo, se decidió jugar con una camiseta blanca, sin ningún color adicional.

La indumentaria blanca duró poco y fue en julio de 1904 que una asamblea trató el tema de los colores.

Alguien quiso volver a la primitiva camiseta de Barracas al Sud, amarilla y negra a rayas verticales. Hubo una propuesta para que fuera azul y blanca a cuadros y otra para que fuese verde con vivos blancos, o blanca con vivos verdes. Ninguna conformó demasiado, hasta que Alejandro Carbone propuso la futura casaca rosa y celeste a cuadros. No hubo reparos y ésa, realmente, fue

la primera camiseta. El mismo Carbone ostentaba, por 1955, el carnet de socio número 1 de Racing y recordaba que cuando el club solicitó la afiliación a la Tercera División, debían dotar de más comodidades a la cancha, incluyendo una única ducha. Se necesitó de una bordalesa para que sirviera de tanque surtidor a la ducha que hubo que instalar con enorme esfuerzo de la casilla. Un socio colocó el cartel que decía «Baño» en la puerta, pero otro agregó enseguida un nuevo papel que decía «Cuidado con la bordalesa de arriba, puede caerse».

La participación del club en el fútbol argentino organizado fue muy rápida. Por iniciativa de Pedro Werner se afilió en 1906 a la Argentine Football Association y comenzó su historia, al perder 4-1 con Estudiantil Porteño en la divisional de ascenso. Llegó a saborear el ascenso en 1908, pero River lo postergó al vencerlo 2-1 y fue en 1910 cuando ganó el derecho a jugar en Primera, al superar por 2-1 a Boca Juniors.

Antes, a mediados de 1908, el club tuvo que soportar el alejamiento de varios de sus socios fundadores, molestos por la participación cada vez más intensa en la vida de Racing de elementos vinculados a la política de ese entonces, de origen conservador, profundamente antipopular.

Esas incorporaciones no dejaban resquicios para que la ascendiente clase media alcanzara objetivos más altos.

Era evidente que la llegada de Independiente a Avellaneda había encrespado los ánimos y un grupo de racinguistas de ley, hartos de ciertos manejos, decidieron cambiar de vereda. Entre ellos, Germán Vidailac, justamente quien había propuesto el nombre Racing.

Racing debutó en 1911 justo cuando el mítico equipo de Alumni ganó su último campeonato tras vencer en un desempate a Porteño de San Vicente por 2-1. Tercero quedó San Isidro (el Club Atlético San Isidro, que posteriormente se convertiría en un grande del rugby argentino) y en cuarto lugar llegó Racing, con un resonante triunfo sobre Alumni por 3-1. .

La entidad que regía el fútbol criollo se dividió en Asociación Argentina y Federación Argentina en 1912, y Racing resolvió seguir en la primera, junto con Quilmes, San Isidro, River, Belgrano Athletic y Estudiantes de Buenos Aires. Ellos conformaron el torneo principal que ganó Quilmes, con mayoría de jugadores que provenían del desaparecido Alumni. Racing fue tercero, detrás de San Isidro.

Fue justamente ese año, exactamente el 15 de agosto, que Alberto Ohaco se convirtió en el primer jugador del Racing Club en vestir la camiseta de la Selección Argentina, cuando en el Parque Central de Montevideo el combinado nacional perdió ante Uruguay por 3-0. Y a partir de 1913, se iniciaría el ciclo más exitoso de la historia del fútbol argentino. Racing ganó siete campeonatos consecutivos, hasta 1919 incluido. Con campañas impresionantes, el cuadro albiceleste arrasó en 1914 (once triunfos y un empate) y en 1915, con un récord de veintidós victorias y dos empates. En ese torneo de 1915, la misma campaña sensacional la hizo San Isidro, al punto que ambos equipos igualaron el primer lugar con 46 puntos, ocho más que River, el tercero. En el desempate, Racing se impuso por 1-0 y festejó su primer tricampeonato.

El equipo, que tenía como pilares a los hermanos Perinetti, a Francisco Olazar, a Alberto Ohaco —tremendo goleador (80 goles entre 1912 y 1915)— y a Marcovecchio, llegó al extremo de ganar el torneo de 1919 con trece partidos jugados y trece victorias. Después de un invicto que duró 38 partidos, Racing fue derrotado por San Lorenzo y quedó segundo, a dos puntos de River.

Fue el final de un ciclo tan exitoso como irreplicable en la historia del fútbol argentino.

Si hacía falta algo más para realzar el ciclo de Racing, valen tres registros adicionales: estuvo invicto 51 partidos entre 1913 y 1916, fue campeón invicto en 1914 y 1915, consiguió ganar 17 partidos seguidos entre 1915 y 1916, Y se mantuvo sin perder en su cancha desde el 29 de junio de 1913 hasta que San Lorenzo lo venció el 4 de abril de 1920, por 2-1, luego de 59 partidos.

Si algunas líneas más arriba hablamos del «cuadro albiceleste» es porque ya la camiseta rosa y celeste a cuadros grandes era un grato recuerdo. Fue el 10 de febrero de 1910 cuando en una asamblea los socios resolvieron cambiarla por la celeste y blanca a rayas verticales. Esto ocurrió el año en que Racing ganó el ascenso a Primera División, y no se la abandonaría jamás.

Solamente en 1913 el equipo utilizó una camiseta azul con tres franjas horizontales —celeste, blanca y celeste en el medio del pecho.

La solidez y contundencia que le hizo ganar los títulos desde 1913 hasta 1919 trajo el sobrenombre que acompaña hasta hoy al club. El equipo que ganaba, goleaba y gustaba fue llamado la Academia por su exquisito fútbol y su eficacia sin par.

Para siempre y sin ningún adicional. La Academia o el más vulgar la acadé es el grito de guerra de su fiel y sufrida hinchada.

En cuestión de canchas y fidelidades, tampoco hubo demasiadas mudanzas. El primer terreno fue en donde hoy se juntan las calles General Roca y 25 de Mayo (antes O'Gorman), a varias cuadras de la Avenida Mitre y hacia el Río de la Plata, el lado opuesto donde se ubica hoy su estadio. Dos años después de la fundación, los inquietos socios liderados por Pedro Werner consiguieron el mismo terreno donde estaba ubicada la Feria de Ganado, en Alsina y Colón.

La popular Academia no anduvo bien en los primeros años del profesionalismo, y después de varios intentos frustrados pudo alcanzar su primer campeonato en 1949, para repetirlo dos veces seguidas. En el medio de ese festejo interminable, se dio el enorme gusto de inaugurar la nueva cancha. El viejo estadio, que había cobijado al club durante toda la era profesional y en la campaña impresionante del amateurismo, fue reemplazado por uno mucho mejor diseñado, moderno y con una capacidad cercana a las 80 mil personas, en el mismo lugar.

Racing se despidió de su cancha de tablonés cuando el 1 de diciembre de 1946 enfrentó a Rosario Central, perdiendo por 6-4 y dejando el tercer puesto del torneo en manos de River. El insider izquierdo local, Carrera, quedó en la historia porque anotó tres goles para la Academia.

La construcción del nuevo estadio se inició en 1947 y la inauguración se hizo el 3 de septiembre de 1950, cuando Racing recibió a Vélez Sársfield y le ganó por 1-0, con un gol conquistado por Llamil Simes. Mientras duró el trabajo de poner en pie la nueva cancha, la Academia utilizó los estadios de Boca, San Lorenzo, Huracán e Independiente para jugar sus partidos como local. Estuvo a punto de ser campeón en 1948, pero finalmente lo consiguió al año siguiente, postergando a River y Platense, quienes compartieron el segundo puesto. Algunos años después fue «el cilindro de Avellaneda». Un estadio donde se puede ver muy bien el juego desde cualquier lugar.

INDEPENDIENTE

Rojo desde el comienzo

Apenas un par de años después de la fundación de aquel primitivo Racing Foot-Ball Club, llegó el momento de Independiente. Y fue un inicio de otro estilo, radicalmente opuesto a aquellos muchachos que se juntaban en una esquina por pertenencia al barrio, a una escuela o a un club que no tenía al fútbol entre sus deportes.

Durante el año 1900 se inauguró una tienda fastuosa, que ocupaba prácticamente una manzana y tenía un nombre sugerente, A la ciudad de Londres, en la esquina que unía a la Avenida de Mayo con la calle Perú. La tienda —del estilo de la más adelante muy conocida Harrod's y la popularísima Gath & Chaves— abarcaba varios pisos y pretendía cubrir todas las necesidades de un consumidor de clase media y alta. Un negocio floreciente que provocó que dos consagrados autores tangueros le dedicaran sus melodías. Uno fue el famoso Ángel Villoldo y otro el poeta Juan Nyrvassed.

Muchos trabajadores de la empresa tenían intenciones de hacer deporte, por sobre todas las cosas jugar al fútbol.

Era una moda, las otras grandes tiendas ya tenían equipos participando en distintas ligas. Quien llegó más lejos fue el cuadro que formaron los empleados de Gath & Chaves, quienes participaron en los torneos de la Asociación Argentina como Nacional, porque existía una disposición que impedía a los equipos tener el nombre de empresas o colegios.

En la tienda A la ciudad de Londres había equipo. Allá por 1903 le pusieron Maipo-Banfield, sin que quedara clara la explicación del sentido de la denominación. Como siempre sucede, muchos se habían anotado para jugar, no había lugar para todos y la mayoría decidió que aquellos empleados de menor edad quedarían al margen de las formaciones porque ya tendrían tiempo en el futuro.

Explotó la bronca entre los más pibes y entre algunos vendedores de la tienda, los cadetes y los muchachos de menaje decidieron hacer la suya. Apartarse y crear un nuevo equipo. Desde ese momento, los hermanos Degiorgi (Marcelo y Rosendo), Luis Bassou, Antonio Cabana, Fernando Aizupuru y algún entusiasta más se unen para armar un nuevo equipo.

Se hizo la primera reunión, un 4 de agosto de 1904, en la que se habló de la fusión con otro grupo de la zona —vecinos de Monserrat— que andaba con las mismas intenciones. Esos chicos darían vida, en la placita que hoy se mantiene en Bernardo de Irigoyen y Avenida Independencia, al club Atlanta. Convencidos casi todos, el nombre llegó por aclamación, porque ellos querían un club «independiente»... y bueno, quedó Independiente. El nombre ya estaba aceptado y solamente restaba fijar un lugar y darle un marco más serio a la existencia de la nueva institución.

Establecido el futuro nombre del club, se compró una pelota y se encargó un sello, tal la moda de ese entonces.

Se siguieron reuniendo en el domicilio de los hermanos Degiorgi, ubicado en Montevideo 1585. Fueron dándole forma a la nueva entidad, sin prisa pero sin pausa. Entre aquellos chicos que seguían armando con esfuerzo al futuro Independiente estaban los hermanos Edelmiro y Alfredo

Langone, que jugaban en un club de Barracas de camiseta blanca. Fue la primera que adoptaron los muchachos para jugar y sentirse dueños del fútbol.

Explica Claudio Keblaitis en su cuidada investigación plasmada en el reciente libro *Alma roja*, génesis de un campeón, que «se decide llamar a primera asamblea, en la cual se oficializaría la constitución del club para el domingo 1 de enero de 1905, en el domicilio de Daniel Bevilacqua, Esmeralda 329, 30 piso. En ella se presentarían los cargos directivos que regirían los destinos de Independiente V se delinearían los estatutos que serían guía de las actividades del club. La asamblea se frustra debido a la escasa asistencia y la mala condición de los presentes, afectados por los intensos festejos del reciente año nuevo. No obstante, se resuelve en minoría dejar claramente establecido ese día como fecha de fundación del Independiente Football Club. Asimismo, se decide llamar a nueva asamblea para el 25 de marzo».

En esa flamante dirigencia sobresalen los apellidos de Arístides Langone como presidente, Daniel Bevilacqua como secretario y Carlos Degiorgi como tesorero. Ellos venían a reemplazar oficialmente al grupo de muchachos que habían funcionado como directivos transitorios.

Pocos días después, el acta de reunión de la comisión directiva del 30 de marzo de 1905 expresa textualmente que «después de un animado debate queda aprobado el uniforme oficial del club: pantalón corto azul, camisa crimea blanca con ribetes azules y bolsillo azul en forma de escudo: cruzado en diagonal con dos franjas blancas y en los ángulos del escudo las iniciales I.F.C. bordadas;

gorra forma jockey, azul, con estrella blanca y centro azul en la coronilla».

Independiente decide modificar de raíz el color de su camiseta recién en los primeros días de 1908. La versión más difundida tiene que ver con la gira que realizó por nuestro país el equipo inglés Nottingham Forest, que durante 1905 jugó 7 partidos y ganó todos los encuentros, con espectaculares goleadas, como por ejemplo un 6-0 al multicampeón Alumni y un 9-1 al combinado de la Liga Argentina. Koblaitis argumenta que «lo que se pone en tela de duda respecto a la versión canonizada es ¿por qué decidir adoptar los colores de un equipo que visitó el país varios años atrás y no en aquel momento? Lo cual no hace más que acentuar que ese no fue el motivo.

Ciertamente, la camiseta del Nottingham Forest era roja con cuello blanco abotonado, puños y pantalón blanco».

Koblaitis introduce una posibilidad interesante: «la adopción de los colores rojos por parte de la nueva dirigencia respondía más a ese cariz politizado de las épocas que se vivían que a la identificación con aquel Nottingham Forest que visitara el país tres años atrás. La divisa socialista era roja, muchos de los jóvenes dirigentes eran adherentes a esa ideología. Todo era válido para diferenciarse de los carcamanes conservas, inclusive reflatar la divisa punzó, proscripta desde hacía más de cincuenta años en la República Argentina».

Lo concreto es que Independiente ya tenía, en 1907, su nueva camiseta y quedaba decidir el posible lugar definitivo del estadio. El rojo tuvo tres canchas en Capital Federal. La primera, en el límite norte de Flores con La Paternal, muy cerca de donde en 1940 se levantaría el estadio de Argentinos Juniors. La cancha quedaba en la calle Boyacá entre San Bias y Camarones, a metros del arroyo Maldonado, que fuera entubado recién en 1939.

Cuenta Koblaitis que «el 19 de marzo de 1905 y respondiendo a un desafío del Club Atlético Almirante Toga, Independiente lo recibió en la cancha de Flores y lo venció por 1-0, pero, según explica el periódico La Argentina, salieron a relucir las armas con que iban provistos, navajas y puños de fierro, con esta última arma uno de los backs del Toga hirió a traición al back Víctor Camino en la sien izquierda». Como se observa, la violencia nació con los clubes, claro que acotada al momento y a las pasiones que recién se despertaban, no dejaban aún de ser hechos aislados.

En esa canchita jugó durante 1905 hasta que la apertura de la calle Camarones hacia el oeste provocó un rápido desalojo del lugar. Si bien algunas versiones indican que la cancha quedaba en lo que hoyes Avenida Gaona (antes llamada Camino de Gauna) y su intersección con Donato Álvarez, el nuevo predio estaba situado en Bella Vista (hoy Donato Álvarez) y su cruce con la Avenida San Martín, antes denominada Camino a San Martín. Otra vez, muy cerca de donde tuvo su primitiva cancha en los años iniciales del profesionalismo Argentinos Juniors, situada en Punta Arenas y Avenida San Martín, a seis cuadras de distancia.

Ese campo de juego era de pura tierra, por la imposibilidad de que creciera pasto, porque la cercanía del arroyo Maldonado y la existencia de varios hornos de ladrillos impedían mejorar el campo. Independiente comenzó a tener problemas serios para jugar allí. La mudanza también fue rápida, pero mucho más larga. Los noveles dirigentes consiguieron alquilar el campo deportivo del Colegio Nacional Oeste en la Avenida Alvear 1201. Allí, entre Alvear, Tagle, Gallo y las vías del ferrocarril, Independiente hizo de local durante los últimos meses de 1905 y al comienzo del año siguiente.

Los tiempos apremiaban para conseguir un lugar de instalación definitiva y a mediados de 1906 el club canceló el alquiler de la cancha del Colegio Nacional Oeste para emprender el retorno a La Paternal. Se instaló en Espinosa y Dorrego, hoy Paysandú, que si bien eran calles paralelas, no tenían una que las cortara, a escasos cien metros del arroyo Maldonado, luego de cruzarlo por los numerosos puentes de madera o de vadearlo en los días en que la lluvia o su caudal lo permitían. Ahí debutó;

ganándole por 3-0 al club Mariano Moreno.

En ese campeonato de Tercera División de 1906 ya participaban varios equipos actuales, como Atlanta, Racing, River, Estudiantes de La Plata, Argentino de Quilmes y Banfield. Lo cierto es que tampoco esta pequeña cancha dejaba satisfechos a los socios y directivos del nuevo club, así que se formó un grupo de ellos para recorrer la Ciudad de Buenos Aires y alrededores tratando de encontrar el lugar ideal para afincarse definitivamente.

Fue en 1907 cuando el destino, la suerte, la búsqueda permanente y la casualidad se dieron la mano para que Independiente se afincara definitivamente en Avellaneda.

Los socios/dirigentes/jugadores llegaron a un acuerdo para alquilar por 10 pesos mensuales un terreno ubicado en la calle Manuel Ocantos al 600, entre Estanislao del Campo y Gutiérrez. Un solar que estaba a varias cuadras de la hoy Avenida Mitre, del lado contrario a donde se ubica hoy el estadio, hacia el este de Avellaneda.

Desde ese momento, Independiente participó con cancha propia, reglamentaria, con casilla y todo. Inscribe tres equipos en la Liga Central y llega a la final de Segunda División, pero

finalmente no se presenta y Platense se corona campeón al derrotar a Los Cívicos por 4-3. El 28 de abril de 1907, los futuros rojos de Avellaneda sufrirán la mayor goleada de su larga y exitosa existencia. Atlanta les encajaría un astronómico 21-1, en un partido al que se presentaron con numerosos suplentes. Tras otra derrota catastrófica —0-14 ante San Isidro—, el equipo empezó a mejorar y ganó su primer juego por 2-0 a Nacional, aquel cuadro conformado por empleados de la empresa Gath & Chaves que había cambiado su nombre para poder participar.

Ya en 1908 y luego del primer enfrentamiento con Racing Club, se produjo el alejamiento de varios socios fundadores de la futura Academia y su incorporación a Independiente, con lo que se acrecentó el poderío futbolístico del equipo donde destacaron los ex-racinguistas Ermán Vidallac, Miguel y Amadeo Larralde. El equipo fue sumando jugadores de clubes vecinos que no acertaban a crecer ni deportiva ni socialmente y también fue ganando adeptos en la zona, que se iba poblando fundamentalmente con trabajadores e inmigrantes, vinculados mayormente a las numerosas industrias de todo tipo que se afincaban en ambos márgenes del Riachuelo.

Como la cancha de la calle Ocantos no era suficiente y tenía demasiados problemas de anegamiento, los directivos siguieron trabajando y lograron terminar a mediados de 1911 otra cancha, que se situó en la Avenida Mitre al 2000, entre las calles Lacarra y Las Palmas. Quedaba específicamente en el barrio de Crucesita, en el corazón de Avellaneda, y fue inaugurada el 9 de julio de 1911 ante Estudiantil Porteño. Independiente ganó por 1-0 con tanto de Chiarello, ante alrededor de cinco mil personas.

El ya rojo de Avellaneda se mantuvo durante diecisiete años en esa cancha, porque el estadio actual quedaría listo recién en 1928, cuando el equipo ya había ganado una enorme popularidad y varios títulos en los ardorosos y espectaculares campeonatos de la última época amateur. Su primer título lo obtuvo en 1922, con una campaña sensacional, que incluyó 30 victorias, 5 empates y apenas 5 derrotas. Postergó así a River, San Lorenzo, Racing, Gimnasia La Plata y Platense, quienes lo siguieron en las posiciones.

Ese equipo ya contaba con un juvenil Raimundo Orsi, el mundialmente conocido Mumo, delantero de potente remate y una larguísima campaña. Años después, Orsi se fue a Italia y ganó la Copa del Mundo de 1934 jugando para la Selección de ese país. El delantero formó una mítica pareja izquierda de ataque con Manuel Seoane, quien con los años se convirtió en uno de los mejores delanteros del fútbol nacional. Independiente ganó la Copa Competencia de 1924 y se quedó con el título de 1926. En esa época, el Rojo se anotó en la estadística con varias marcas impresionantes: estuvo 27 partidos invicto entre 1925 y 1927, en ese mismo ciclo ganó veinte partidos seguidos y tuvo un rendimiento del 92 por ciento en el campeonato de 1926. Manuel Seoane, conocido popularmente como la chancha, tiene otro récord. Es el máximo goleador del amateurismo, con 196 conquistas y una marca adicional: metió 55 tantos en el torneo de 1922 con la camiseta roja. Después, repitió el liderazgo de los artilleros en 1926 (29 goles) y en 1929 (13).

La construcción del nuevo estadio —el primero de cemento en Argentina— avanzaba y se terminó en 1928, y allí se jugó el primer partido contra Peñarol de Montevideo, el 4 de marzo. Atrás quedó la cancha de la Avenida Mitre, que había sido semidestruida en 1923 por un incendio intencional. Tres años después de inaugurado el nuevo predio, arrancó el profesionalismo y pasaron siete años más hasta que Independiente pudo quedarse con su primer título rentado, en

1938. Eran los tiempos de Arsenio Erico, el mítico goleador paraguayo, autor de 293 conquistas, una marca nunca superada en la historia del fútbol argentino. O sea que el Rojo de Avellaneda tuvo a los dos máximos goleadores de cada época, Seoane y Erico.

ARSENAL DE SARANDI

El hermano menor

Nacido cuando Avellaneda estaba ya partida en dos pasiones, Arsenal de Sarandí fue trepando, uno por uno, los escalones del fútbol argentino. Para colmo, el cuadro de la familia Grandona germinó en la década del cincuenta y los favores populares ya habían sido repartidos entre Racing e Independiente. Porque la fundación se llevó a cabo el 11 de enero de 1957 y la decisión — democrática por cierto— consistió en ponerle al nuevo club los colores de los dos colosos de Avellaneda. Por eso el rojo de Independiente y el celeste de Racing. Así, ninguno podía oponerse.

Le pusieron Arsenal Fútbol Club por la atracción que significaba el famoso club de Londres, dueño de un estilo de juego impecable y muy admirado. Estaban Julio Humberto Grandona, Juan Emilio Elena, Horacio Montera, Juan Carlos Urtasun, Francisco Ceferino y algunos amigos más. El bar Las 3 F fue el lugar elegido y allí comenzó la historia.

El flamante Arsenal de Sarandí buscó rápidamente la afiliación a la AFA, algo que se logró para iniciar la participación en la Primera D (antes Fútbol Aficionado) en el torneo de 1961. Arsenal utilizó en los primeros tiempos la cancha del Ateneo de Sarandí y en ese lugar empató 1-1 con Piraña, en su debut oficial. El primer gol lo señaló Héctor Grandona, hermano de Julio y principal goleador en la historia del club. Hizo una campaña impresionante, pero en la final cayó ante Villa Dálmine. En 1962 repitió y ganó el torneo invicto en 29 partidos, con 22 victorias y 7 empates. En aquel equipo brillaban, además de Héctor Grandona, el arquero Lunardelli y el defensor Serdía.

El impulso ganador se mantuvo firme y Arsenal logró en dos años llegar a la Primera S, porque ganó el torneo de Primera C de 1964, con un punto de ventaja sobre Almirante Srawn y dos sobre Defensores de Cambaceres.

Otra vez, con Lunardelli en el arco, Héctor Grandona como goleador y el aporte de muchachos talentosos como Amancio Cid, Grudzien, Urriste y Celko, dirigido por uno de los socios fundadores, Juan Emilio Elena, por largos años su entrenador.

Ya con su cancha establecida en Sarandí, inició un largo ciclo en la categoría, donde se mantuvo sin sobresaltos. Tras un retroceso en los '80, recuperó el tiempo perdido y pudo llegar a la S Nacional, para dar el salto más grande hacia Primera A y mantenerse, con el lujo que significa haber construido —en el mismo lugar que el anterior— un nuevo estadio, que lleva el nombre de uno de sus socios fundadores y actual presidente de AFA, Julio Humberto Grandona.

CAPÍTULO SEIS

Rosario Central · Newell's Old Boys · Central Córdoba · Tiro Federal · Colón · Unión · Atlético de Rafaela · Sportivo Ben Hur

Cuesta explicar hoy la razón de la rivalidad entre los dos grandes clubes de la ciudad de Rosario, que se ha multiplicado hasta el infinito. Es que tanta bronca contenida, tanta intolerancia, tiene pocos antecedentes en la historia del fútbol nuestro. El hecho de que hayan convivido de manera casi armoniosa durante más de setenta años no sirvió para dejar de lado pasiones y enconos.

Quizá la exagerada división de una ciudad solamente en Central y Newell's, la pérdida de apoyo popular que ha sufrido Central Córdoba y la mínima adhesión de clubes más modestos como Argentino o Tiro Federal explican este fenómeno, que en cuanto a ese encono, no tiene igual en el país.

«Con la amarilla y azul, que es enseña del campeón, Central le ha dictado a Ñul una notable lección», cantaba un payador en el café de los Talleres en 1907. ¿Existe en otro lugar del país tanta pasión con tamaños antecedentes históricos? Se sabe que, en 1910, dirigentes de Central denunciaron a sus pares de Newell's por intentar sobornar al jugador Lorenzo Hulme, aunque finalmente la Liga Rosarina investigó y concluyó que el delito nunca había existido.

ROSARIO CENTRAL

Canallas con estilo

Allá por diciembre de 1889, ajenos —todavía— a cualquier antinomia y madrugando a los clubes de Buenos Aires, un grupo de empleados del Ferrocarril Central Argentino de Rosario decidió fundar un club. Se juntaron, la tarde de Nochebuena, en un bar de la Avenida Alberdi y se eligió un nombre obviamente vinculado al origen laboral de los iniciados. Se llamó «Central Argentine Railway Athletic Club».

Setenta empleados ferroviarios participaron de la organización de la nueva entidad y fue elegido el inglés Colin Bolder Calder como su primer presidente. La idea de los británicos era diferenciarse rápidamente del Rosario Cricket Club, padre del actual Club Atlético del Rosario, dedicado fundamentalmente al rugby. El primer terreno que se consiguió, gracias a la buena voluntad de la empresa, estaba ubicado entre los portones 3 y 4, cerca del pasaje de las Cadenas (después llamado Escalada), en el barrio donde quedaban los talleres ferroviarios.

Como se cuenta en la génesis de los clubes en el tomo I del libro Historia del Fútbol Argentino, «el primer partido se concretó merced al empeño del señor Mulhall, quien salió a la búsqueda de rivales por la zona portuaria. Tras algún trabajo logró su cometido al relacionarse con los tripulantes de un buque inglés anclado en el antiguo muelle Comas, situado en la bajada de Sargento Cabral, quienes aceptaron el desafío y concertaron el partido para un día del mes de mayo de 1890. Llegado el ansiado día se disputó el partido ante un grupo de cuarenta o cincuenta personas, empatando ambos conjuntos por un tanto. A los pocos días se jugó el desempate, ganando Central Argentine por 2-1 y significando su primera victoria. Por muchos años la actividad se limitó a prácticas entre los asociados y a jugar alguno que otro partido con Rosario Cricket Club. El ferrocarril no permitía que se incorporara ninguna persona que fuera ajena a la empresa, impidiendo, de esta manera, la prosperidad de la institución». En 1894 hubo que ampliar las instalaciones y el campo de juego pasó a ubicarse en la intersección de las líneas del Ferrocarril de Buenos Aires a Rosario, cedido por el inglés Oldendorf. Sin embargo, en 1902 esos terrenos fueron subastados y el club tuvo que conformarse con jugar algunos partidos salteados en un descampado de la estación Parada, en Villa Sanguinetti. La correspondencia del club se redactaba ya en castellano, luego de unos años en que el inglés fuera el idioma «oficial» de la institución, debido a la mayoría británica de sus integrantes.

En 1904 se fusionaron las empresas de ferrocarriles Central Argentino y Buenos Aires, y por ese motivo los socios pasaron de 70 a 130. Se juntaron en asamblea y resolvieron modificar el nombre de la entidad, que pasó a llamarse Club Atlético Rosario Central, con un agregado fundamental que hizo Miguel Green: que el club permitiera asociados sin necesidad de ser empleados ferroviarios.

La moción fue aprobada.

El periodista Jorge Brisaboa cuenta, en su libro De Rosario V de Central, que la participación de Miguel Green, fundador, dirigente V delantero del equipo, había sido decisiva en la asamblea. No obstante la discriminación por los cinco pesos de la cuota de ingreso que tendrían que abonar

los no empleados —quienes además se verían impedidos de contar con voz y voto—, Green avizoraba que con el arraigo y la popularidad del fútbol se conseguiría la integración de ingleses, inmigrantes o hijos de inmigrantes italianos, españoles o de otras tierras y criollos. Porque esta mezcla de etnias se daba en la ciudad y especialmente en la zona norte donde se enclavaba Rosario Central.

Central se afilió en 1905 a la Liga Rosarina y el 21 de junio de ese mismo año, se enfrentó por primera vez con su archi-rival de toda la vida, Newell's Old Boys. Ya para ese entonces, los nacidos en Rosario comenzaban a mezclarse con los ingleses empleados del ferrocarril. El primer clásico se disputó en la cancha de Plaza Jewell y lo ganó Newell's por 1-0.

Pero Rosario Central no sólo ostenta el privilegio de ser el club que más años lleva practicando consecutivamente el fútbol en Argentina junto con Quilmes, sino que fue el creador real de la Liga Rosarina de Fútbol. Ocurrió el 30 de marzo de 1905, cuando varios representantes se juntaron en el Hotel Britannia —Urquiza al 1200— y decidieron fundar la entidad, nombrando presidente a Miguel Green, aquel que mocionó el nombre del club auriazul.

Junto con Central, se anotaron Newell's Old Boys, Atlético del Rosario, Provincial, Córdoba, Rosario (hoy Central Córdoba) y Argentino (hoy Gimnasia y Esgrima), El torneo se llamó Copa Pinasco, en atención a que el intendente Santiago Pinasco había donado el trofeo.

Central debutó con un triunfo por 3-1 ante Atlético del Rosario, pero el primer campeón fue Newell's, quedando , segundos los centralistas.

¿Por qué Rosario Central fue auriazul? La página oficial del club explica que «los primeros colores de la flamante institución fueron blanco y rojo, más tarde blanco y azul, repartidos en cuadros grandes y, posteriormente, la auriazul, en franjas verticales». Aparentemente, no hay explicación sobre la primera elección y el cambio a una casaca mitad blanca y mitad azul, que usó el club durante todo 1903. Ya en 1904 y cuando se castellanizó el nombre, se decidió el cambio por la .actual, azul y amarilla a rayas verticales, según parece por pedido de J. Mulhall, uno de los pioneros ingleses que aún trabajaba para el club.

La cancha que tenía Central en Villa Sanguinetti, la famosa «cancha del cruce» existió hasta 1918. Inclusive, los dirigentes habían construido una tribuna de veinticinco metros con tablonces que habían sido pintados con verde. Ese año, el ferrocarril reclamó los terrenos y hubo que desalojar.

Fue el 4 de junio de 1918 cuando las relaciones con la empresa británica se normalizaron y le fueron prestadas al club las tierras ubicadas entre los portones 2 y 3, cerca del cruce Alberdi actual. Aunque al principio hubo sintonía, la cooperación era cada vez menor y los socios centralistas que no tenían vinculación laboral con el ferrocarril británico eran cada vez más numerosos. Finalmente, en 1925 se decidió, en una histórica asamblea, «independizarse» de los británicos e iniciar una nueva vida. Eso sí, había que desalojar el lugar otorgado en 1918.

Colaborando con la secesión criolla, el Concejo Municipal de Rosario entregó por veinte años el terreno ubicado en la intersección de las calles Génova y Cordiviola, a pasos del río Paraná, en aquella época Boulevard Avellaneda, calle 31 y Avenida Central. El club construyó pacientemente su nueva cancha. Durante las temporadas de 1925 y 1926, Central se mudó a la zona sur, ya que usó el predio del Club Bolsa de Comercio, en Estanislao Zeballos y Ovidio Lagos, para jugar

como local.

El futuro Gigante de Arroyito se inauguró oficialmente el 27 de octubre de 1929, cuando Central enfrentó a Peñarol de Montevideo.

Al finalizar la concesión en 1947, Rosario Central pudo quedarse con los terrenos donde se ubica el estadio, al participar y ganar el remate público abonando 250 mil pesos, pagaderos con 50 mil al contado y cinco cuotas consecutivas. Desde entonces, se fue ampliando hasta ser completado para la Copa del Mundo de 1978.

El apodo de canallas esconde muchos misterios. En La historia de Rosario Central, Andrés Bossio explica que «los baldíos que circundaban la actual estación Rosario Central eran escenarios de picados en los que tomaba parte la muchachada del barrio, en su mayoría hijos de obreros ferroviarios. Antes y después de cada picado debían pasar por el Colegio Newell (Entre Ríos al 100) que estaba resguardado por altos muros. La gritería decía que también allí florecía la pasión por el fútbol. Los que pasaban por la calle comenzaron un día a trepar las paredes que preservaban el ámbito interno del colegio de las miradas ajenas. Vaya a saber en la imaginación de quién nació la idea de que aquel recinto parecía un leprosario, apartado como estaba de la curiosidad de los viandantes. Y la cargada juvenil y espontánea no tardó en llegar.

“Leprosos”, gritaban desde afuera. Y los de adentro, ofendidos, tampoco tardaron en responder: “Canallas”.

Lo concreto es que quedó para siempre: canallas son los hinchas de Central, leprosos los de Newell's. Según algunos historiadores rojinegros, en alguna fecha incierta de la década del '20 una comisión de Damas de Beneficencia del Hospital Carrasco, gestionó la realización de un partido de fútbol a beneficio del dispensario que combatía el Mal de Hensen, comúnmente conocido como lepra. La invitación fue aceptada de inmediato y con gusto por los de Newell's mientras que fue rechazada por sus pares centralistas. Desde aquel entonces, los rojinegros fueron los leprosos y los auriazules, los canallas.

Jorge Brisaboa recupera otras versiones en su libro centralista y explica que una historia de 1925 transmitida por el escritor Héctor Zinni, según el relato de su padre Nicolás, indica que un parroquiano, en un café de la Avenida Alberdi, definió de esta forma a los hinchas de Central que habían generado un incidente en un partido con Aprendices Rosarinos. Otra fuente señala al periodista Cipriano Roldán en La Tribuna diciendo que a los gritos de “¡Son unos canallas! ¡Son unos canallas!” y enfurecidos por lo que entendían era una canallada, hinchas de Belgrano reaccionaron ante los de Central. En la vieja cancha de Italia y Rueda, los hinchas centralistas no tuvieron mejor idea que prenderle fuego a la lona que rodeaba el predio, porque Belgrano, allá por 1928, le ganaba casi siempre a su equipo.

NEWELL'S

Leprosos saludables

Cuando Rosario Central aún era Central Argentine Railway Football Club, nacía el otro grande de la ciudad. Siempre con sabor inglés, como su rival de toda la vida. Fue cumplir el sueño de un educador británico que había llegado al país en 1884 con 31 años cumplidos y que si bien empezó a trabajar como telegrafista, se recibió de profesor de inglés y fundó su propio colegio. Se trataba de Isaac Newell, inglés del condado de Kent, quien conducía un colegio comercial, el Colegio Angla Argentino de Rosario (hoy Colegio Nacional N° 2) y que compartió su entusiasmo por el «deporte de los ingleses locos» con su hijo Claudio.

La primera reunión se hizo en el patio del colegio y está tomada como la fecha de fundación del nuevo club. Fue el 3 de noviembre de 1903, si bien la reunión que lo constituyó formalmente ocurrió casi dos años más tarde, el 4 de septiembre de 1905. La transcripción de la reunión —realizada como correspondía en el salón del Colegio Comercial Angla Argentino— explica claramente que Hla comisión directiva que conforman los señores Heitz (presidente), Moore (secretario), Hiriart (tesorero), Wheeler y Ginocchio {vocales} seguirá en el mando de sus funciones hasta la próxima temporada. Al tratarse sobre la elección del terreno que ocupará este club, se presentaron dos propuestas: la primera por el Dr. Newell, informando a la C.D.

que tenía en vista un terreno en las inmediaciones de los Talleres y que cree ser bastante bueno por su posición y aspecto, pudiendo tenerlo la sociedad bajo contrato de dos años y con un alquiler mensual de \$ 30, quedando por cuenta del club alambrarlo y hacer todas las instalaciones que sea conveniente n.

A todo esto, había quedado sellado a fuego el nombre del nuevo club, por la insistencia de Claudio Newell junto con sus compañeros de colegio, Gervasio Columbres, Juan José Arijón y Carlos Del Valle Iberlucea. Sería Club Atlético Newell's Old Boys, «los viejos muchachos de Newell» en la traducción que explicaba el amor de los muchachos por su maestro. La primera cancha quedó ubicada en un terreno que le cedió el Tiro Federal de Rosario, situada en Humberto Primo, en el barrio de los Talleres y cerca del predio de la entidad que le había prestado el lugar. Newell's jugó el primer torneo de la flamante Liga Rosarina y lo ganó. En su primer partido oficial, superó por 4-1 al Club Argentino. Fue en ese torneo que enfrentó y superó por primera vez a Rosario Central, 1-0 con gol de Faustino González.

Los jugadores ya lucían la camiseta mitad roja y mitad negra, que reemplazó a la que utilizaban los alumnos del Colegio Angla Argentino, que era azul y blanca a rayas verticales, con la bandera de Gran Bretaña en el pecho, a la altura del corazón. Y fue nomás rojinegra: roja por la bandera inglesa, la patria de Isaac Newell, y negra por la bandera alemana, nacionalidad de Anna Margarth Jockinsen, la esposa de don Isaac. Así quedó para siempre. Cuando Isaac Newell funda el colegio, elige como emblema un escudo dividido en cuatro partes: en la superior izquierda, sobre fondo negro, un par de alas de mercurio; a la derecha, sobre fondo rojo, se recortaba la lámpara de la sabiduría; en el ángulo inferior izquierdo, aparecía la bandera inglesa, y a la derecha la bandera argentina. En definitiva, ese fondo negro y ese fondo rojo quedaron inmortalizados

como los colores del nuevo club, sea por las banderas del matrimonio Newell o por la insignia del colegio.

Newell's utilizó el predio de Boulevard Avellaneda y Humberto Primo entre 1905 y 1907, para luego mudarse al barrio Nicasio Villa (hoy Belgrano) en un terreno sobre la calle Provincias Unidas, entre San Luis y Rioja.

Finalmente, llegó el lugar definitivo, enclavado en el corazón del Parque Independencia. Allí inauguró su nuevo estadio, el 23 de julio de 1911 ante Porteño, equipo bonaerense, que lo venció por 5-0. El 26 de mayo de 1929 inauguró la tribuna oficial ganándole a Boca por 3-0 y en 1939, como su rival de toda la vida, se incorporó a los torneos oficiales de AFA.

La historia moderna merece otro libro, aunque vale resaltarse que Newell's fue el único equipo que recuperó por vía judicial su lugar en primera división. Habiendo descendido en 1960 por primera y única vez, ganó el torneo de Primera B de 1961 con un punto de ventaja sobre Quilmes, pero fue sancionado con un descuento de diez puntos, al haberse comprobado la incentivación de dos jugadores de Excursionistas para que le ganaran a un tercer equipo. Con esa reducción que decidió el Tribunal de AFA, quedó relegado y no ascendió, subiendo los quilmeños en su lugar.

Los directivos rojinegros se arriesgaron y entablaron una demanda judicial, con la secreta esperanza de que Newell's ganara el torneo de 1962, pero el campeón fue Banfield (había un único ascenso) y en 1963 le tocó el turno a Ferro Carril Oeste. Sin embargo, el reclamo prosperó y se ordenó el ascenso inmediato de Newell's, que volvió en 1964. Esa temporada, produjo la peor campaña de su historia, con un único triunfo (ante Huracán por 2-0 en Parque Patricios) y sin ganar ningún encuentro en su propia cancha. Terminó último, pero se benefició de la decisión de AFA de anular los descensos.

CENTRAL CÓRDOBA y TIRO FEDERAL

La otra prosapia rosarina

En la primera competencia de la Liga Rosarina también participó The Córdoba & Rosario Railway Athletic Club, que luego de varios años cambió su nombre por Club Atlético Central Córdoba, cuya fecha de fundación oficial es el 20 de octubre de 1906. ¿Quién participó en nombre del club, entonces? Ellos mismos, bajo la denominación inglesa. En realidad, el 20 de octubre de 1906 es la fecha de la legalización de la entidad y no su fecha de fundación, pero así ha sido tomada. Se determinó que Juan Besseser fue su primer presidente y Juan Truman su primer secretario.

Las reuniones entre los empleados ferroviarios se hacían en la sala de espera del edificio principal, ubicado en Boulevard Argentino 583. Hoy, esa calle es la Avenida 27 de febrero. Sobre esa calle en su intersección con 25 de diciembre (hoy Juan Manuel de Rosas) existió el primer campo de juego de Central Córdoba, que luego se trasladó a Viamonte y Ocampo, para establecerse definitivamente en la zona sur rosarina, concretamente en el barrio La Tablada, en la manzana comprendida por Rosas, 1 de Julio, Virasoro y Gálvez, donde se va remodelando de a poco el estadio Gabino Sosa. El famoso delantero que da nombre a su cancha debutó para la Selección Argentina el 2 de octubre de 1921, cuando el combinado nacional superó por 1-0 a Brasil.

En el mismo 1905, nació otro de los clubes rosarinos que llegó a la Primera División. Según explica su texto oficial, «un 29 de marzo de 1905, en el viejo barrio de Talleres (típico barrio obrero que en la nómina oficial de 1900 recibió el nombre de Victoria y en 1910 Liniers, pero luego conocido por Talleres), en una habitación cedida por un obrero ferroviario y ubicada sobre el callejón que conducía a los stands del Tiro Federal Argentino, un grupo de animosos jóvenes . entre los que se destacaban Telmo Rodríguez, Gregario Uriz, Alfonso Arceo, Francisco Cornejo y Tomás Curbieu, dejaba constituido el Club Atlético Tiro Federal, nombre tomado del lugar donde tuviera su primer campo de juego, un stand del Tiro Federal Argentino ubicado en Humberto Primo y Goosweiler». El nuevo club se afilió a la Liga Rosarina y su cancha quedó establecida allí, iniciando su participación en 1906 en la Segunda División y ganando el torneo de ascenso en 1907.

Un hecho histórico produjo Tiro Federal cuando el 28 de mayo de 1911e ganó por 2-1 al multicampeón Alumni con goles de Dannaher y Barbieri. Y para meterse un poco más en la historia grande, su delantero Carlos Guido fue el primer hombre de Tiro en debutar en la Selección Argentina, cuando el equipo nacional venció por 2-0 a Uruguay, el 31 de agosto de 1913 en la cancha de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.

Tiro Federal ganó varios campeonatos de la Liga Rosarina y se metió en el fútbol de AFA en 1944, en Primera B. Subió y bajó varias veces y en 1962 decidió retirarse de la competencia por problemas económicos, siendo desafiliado.

Azul con blanco a rayas verticales fue la camiseta histórica de Tiro Federal, azul con rojo fue la casaca de los charrúas de Central Córdoba, que alcanzaron la Primera División en 1958 y 1959 con el agregado de haber podido vencer a los dos grandes clubes rosarinos en la máxima categoría.

Lo mismo hizo Tiro Federal en la temporada 2005/06. La historia se repitió, aunque Tiro cambió la camiseta por blanca o azul.

En cuanto a Central Córdoba, el tercer equipo en popularidad de la ciudad, la denominación de charrúas dada a la hinchada, club y jugadores, proviene de Alejandro Berrutti, quien en el diario satírico La Nota, y con motivo de una polémica con Claro Arturo Charra, representante de Central Córdoba en la Liga Rosarina, decidió transformar a «Charra» en «Charrúa», un apodo que quedó para siempre como calificativo del club y sus representantes.

COLÓN

El terror de los elefantes

Casi 150 kilómetros al norte de Rosario y siguiendo la línea del río Paraná, está ubicada la ciudad de Santa Fe, la capital provincial. Allí también existe hoy un clásico que tiene muchos años de rivalidad, pasiones y peleas familiares. Durante casi cuatro décadas fue una discusión casera, porque el fútbol santafesino recién llegó a la AFA en los años cuarenta, con la incorporación de Unión en 1940 y de Colón ocho años después.

Colón se hizo fútbol en la segunda década del siglo pasado, pero su fundación ocurrió varios años antes y el 5 de mayo de 1905 ha sido tomado como la única fecha de su nacimiento. Un grupo grande de adolescentes y jóvenes que disfrutaban del aire libre en un gran terreno baldío que se conocía como «el campito» o también «la pista», entre las calles Moreno y Córdoba, cerca del puerto santafesino, maduraron la idea de crear un club de fútbol. El libro Historia del C. A. Colón, de Juan José Sidoni, explica que del grupo entre los que se destacaban los hermanos Ernesto y Adolfo Celli, Juan y Antonio Rebechi, Atilio Badalini, Ricardo y Guillermo Cullen, Geadá Montenegro y Humberto Sosa, se mantenía muy unido merced al gran compañerismo existente entre ellos, eran compañeros de escuela y amigos. Para fortalecer aun más esa amistad acordaron que debían constituirse como club, así lo consideraban en los encuentros diarios y en eso andaban una tarde que caminando se dirigen a la casa de los hermanos Rebechi. Querían hablar con Juan y al llegar los atiende la madre. Le preguntan por él y ella les dice que estaba estudiando Historia y no podía salir; se retiran y desandando el camino, recordando que el Maestro en esos días les había dado como tema a estudiar los viajes de Cristóbal Colón.

Pedro Aníbal Rebechi —primo de los hermanos Juan y Antonio— propone dar el nombre de Colón al club que querían constituir. La propuesta es aceptada».

Con paciencia, con esfuerzo y juntando cada moneda como si fuera la última, los chicos colonistas pasaron varios años disputando partidos amistosos y tuvieron que dejar el primitivo terreno del campito, debido a las obras de construcción del puerto santafesino sobre el Paraná. Por ese motivo, se trasladaron a jugar a una zona totalmente opuesta, cercana a la Avenida Córdoba, que luego se llamó Gobernador Freyre. Explica Sidoni que «muchos árboles existían en ese lugar y previa extracción de algunos de ellos, ubicando los arcos en el sentido Este-Oeste, queda enclavada la cancha, siendo su eje imaginario la prolongación de la calle Corrientes. El acceso a ese lugar se hacía por los senderos entre el monte bajo que lo rodeaba. Los arcos eran desarmables y se colocaban en la cancha solamente en días de partidos; terminando cada uno de éstos, se desarmaban y con los maderos al hombro, se los llevaban a distintos domicilios de integrantes del equipo. Un rancho que se encontraba en las inmediaciones sería utilizado para las reuniones y un frondoso ombú cercano brindaría a su sombra el espacio destinado como vestuario y también sería mástil, porque por encima de su copa flamearía atada a él, una bandera con los colores rojo y negro».

Con la intención de afiliarse a la Liga Santafesina, Colón se constituyó formalmente y el 12 de octubre de 1912 —más de siete años después de su nacimiento— formó la primera Comisión

Directiva, que tuvo a Manuel Oliva como presidente, acompañado entre otros por Geadá Montenegro y Ricardo Cullen, dos de los fundadores. En realidad, otras versiones señalan que esta afiliación de 1912 nunca se pudo comprobar y que Colón fue realmente fundado con Comisión Directiva a finales de 1915 o principios de 1916. Poco tiempo después de su creación, Colón ya era mitad rojo y mitad negro. Según parece, eran los colores de una barcaza en reparación, que estaba cerca de donde había sido fundado el club. Tuvieron que defenderla porque hubo que disputar varios partidos en la zona sur de la ciudad para mantenerla. Se jugaba con otros equipos que querían los mismos colores y siempre fueron los muchachos de Colón los que salieron airoso.

La rivalidad con Unión comienza a tomar forma cuando se enfrentan por primera vez el 30 de marzo de 1913, con victoria colonista por 3-2. Enseguida repiten y vuelve a ganar Colón, pero con goleada incluida por 5-1. El equipo ganó varios torneos consecutivos de la liga santafesina y se fue haciendo cada vez más popular. Colón ya había retornado a la zona sur de la ciudad y en 1922 inauguró su nueva cancha, en Zavalla entre Corrientes y Moreno, hasta que fue desalojado. Las deudas cada vez más grandes impidieron mantener la cancha y el 14 de marzo de 1938 comenzó el retiro de tablones, chapas y alambres. Al mismo tiempo, los directivos iniciaron la búsqueda de un nuevo terreno en el extremo suroeste de la ciudad, en el Barrio Centenario.

Fue un jugador de Colón, Juan Loyarte, el primer hombre de uno de los clubes santafesinos que vistió la camiseta argentina. Lo hizo el 12 de octubre de 1924, cuando Argentina empató sin goles ante Paraguay, en el Parque Central de Montevideo, por el torneo sudamericano.

Después se le sumó Martín Sánchez, también rojinegro y luego Juan Antonio Rivarola, el mítico Capitán Oreja, ídolo de los hinchas colonistas.

Colón tuvo que jugar en la cancha de Gimnasia y Esgrima y finalmente aquel terreno pretendido de la zona sur fue adquirido el 27 de febrero de 1939 con un subsidio que acordó el gobierno provincial. Allí, en una zona inundable que debía ser rellenada, se construiría el futuro «Cementerio de los elefantes». Después de un trabajo enorme con gran colaboración de los simpatizantes y la conducción coherente del presidente Francisco Ghiano, la cancha quedó lista y fue inaugurada el 9 de julio de 1946, en un amistoso contra Boca. El estadio muy pronto se llamó Eva Perón en homenaje a la esposa del Presidente, que visitó la cancha en 1947 en ocasión de un partido amistoso contra Unión. Luego, caído el peronismo no quedó más remedio que cambiar el nombre a Brigadier Estanislao López.

Cuenta la leyenda que el apodo de «Cementerio de los elefantes» comenzó a gestarse en la Vieja cancha de la calle Zavalla, donde allá por 1922 llegó el poderoso Peñarol de Montevideo y Colón lo superó, causando la bronca de los uruguayos, que quisieron jugar al otro día un partido revancha. El partido nunca se jugó, gracias a los oficios de algunos colonistas que obligaron a los orientales a tomar el tren de regreso a Buenos Aires, con el pretexto de que no había otro servicio ferroviario al otro día.

Es que la victoria tenía muy pocas chances de repetirse.

Colón, ya con estadio propio, continuó sus tratativas para incorporarse al fútbol de AFA, preocupado porque su rival Unión ya venía participando de la Primera B desde 1940. Las diferencias sociales que se habían dado en los orígenes de los grandes rivales santafesinos,

metieron la púa para los apodos que se mantienen hasta hoy. Colón, de la zona sur, orillero, humilde, popular, es el Negro o Raza, siempre en tono despectivo esgrimido por los hinchas de Unión. En el mismo sentido, burlón e hiriente, el tate o tatengue que identifica a los unionistas está relacionado con el apodo que en la zona se les da a aquellos de familia con recursos económicos, vinculada al poder político de la ciudad y a cierta flojera a la hora de definir encuentros decisivos.

Claro, son caracterizaciones que se han entrecruzado en la historia más cercana. Ese desprecio racial, esa tajante diferencia que se quería imponer para marcar el territorio propio, hoy aparecen totalmente descoloridos, más allá de que los apodos sigan siendo los mismos, porque hay mucha gente adinerada en Santa Fe que hace fuerza por Colón y hay muchos humildes que tiran para el lado de Unión. El sentimiento en el fútbol no respeta ideologías o clases sociales, más allá o más acá de la historia.

Hubo un nacimiento y después la enorme descendencia tomó caminos diversos.

No faltan los fanáticos, aquellos colonistas que explican las diferencias con un argumento supuestamente contundente porque «nosotros tenemos los colores de Sandino y de la Revolución Cubana y los tatengues llevan la bandera de Estados Unidos encima». O de aquellos unionistas que recuerdan casi siempre que «el partido más importante que jugamos, se lo ganamos en su propia cancha y ascendimos a la A en 1989, los que arrugaron fueron ellos...».

El apodo de sabalero para Colón tiene que ver con el sábalo, uno de los peces tradicionales del río Paraná y de arroyos y lagunas de la zona santafesina. La cercanía de Colón con el río y los problemas con las inundaciones que padeció hasta hace muy poco lo vincularon con el apodo para siempre. Es que los canoeros que andaban por la zona, muy anegadiza, pescaban con sus elementos artesanales pero eficientes a los sábalos dentro del predio del club y de la propia cancha, cuando se inundaba.

UNIÓN

Orgullo tatengue

Por aquello de los orígenes, de las diferencias sociales, queda claro que la fundación de Unión de Santa Fe fue totalmente distinta a la colonista. Porque ocurrió en pleno centro de la capital provincial, a media cuadra de donde hoy está la calle peatonal, sobre Catamarca al 2600. En los primeros años del siglo XX, existió un Santa Fe Football Club, que dejó de jugar a mediados de 1906. Catorce ex integrantes de la entidad se juntaron en la casa de Pedro Baragiola un 15 de abril de 1907 y resolvieron la creación de otro club. El nombre original fue Club United y lo propuso Cayetano Bossi, sin que se escucharan otras voces.

Entre los participantes estuvieron Guillermo Drenner, Primo Billarda, Belisario Osuna, Enrique y José Fayó, Federico Achembach y Néstor Casa blanca. El propio Osuna tiene el alto honor de haber marcado el primer gol en la historia de Unión. Fue elegido Drenner como primer presidente del flamante United y se decidió, en homenaje al entusiasmo que despertaba el casi invencible Alumni de Buenos Aires, usar su misma camiseta, con líneas verticales blancas y rojas. En principio, y como no conseguían confeccionar la que habían elegido, utilizaron una camiseta blanca con puños y cuello negros. Lo hicieron cuando disputaron su primer partido, a 40 kilómetros de Santa Fe, en la ciudad de San Carlos.

Fijaron su primer campo de juego en el predio que estaba ubicado en la manzana que limitaban las calles Urquiza, Junín, Suipacha y Francia. Allí actuaron durante cinco años, hasta que en 1912 se mudaron al predio de Boulevard Pellegrini y San Jerónimo, donde ahora funciona la Universidad Nacional del Litoral. La primera cancha tenía de antemano fecha de desalojo, porque todos sabían que allí se iba a construir un colegio católico. Para ese entonces, ya era el Club Atlético Unión de Santa Fe, poniéndose a tono con la masiva pérdida del inglés en los nombres de los clubes.

Cansado de no tener rivales de su misma estatura futbolística, el club decidió en 1913 afiliarse a la Liga Rosarina para jugar el Torneo Regional, lo que provocó las airadas protestas de los modestos equipos que eran sus rivales locales. Hay que tener en cuenta que aún Colón no se había anotado en el torneo de la ciudad y solamente disputaba ocasionalmente partidos amistosos. En ese 1913, participa de la Copa Competencia que organizaba la Asociación Argentina. La primera experiencia es trágica, porque Unión enfrenta al campeón Racing, que lo golea 8-0. Insiste el equipo y juega la Copa de Honor, pero es vencido y eliminado por Newell's Old Boys, que lo supera apenas por 1-0.

Unión mantuvo durante diecisiete años su estadio y se dio el lujo de inaugurar el nuevo y definitivo el 28 de abril de 1929, cuando derrotó por 3-1 al seleccionado de la Liga Amateur Argentina, bajo la presidencia de Francisco Anello. Ubicado en la Avenida López y Planes, muy cerca de Boulevard Pellegrini, ha sido ampliado considerablemente.

En 1929 el club se dio otro lujo: fue el primer equipo santafesino que enfrentó a un club europeo. El popular Chelsea de Londres hizo una gira por el país y lo venció 5-1. Los ingleses habían llegado con un numeroso plantel, enviando a los suplentes que golpearon en la capital

provincial, dejando una impecable imagen. En Buenos Aires, derrotaron a San Lorenzo y a la Selección Argentina, nada menos.

Decididos a trascender en el plano nacional, los dirigentes de Unión lograron el permiso para jugar el torneo de Primera B en 1940, anticipándose por ocho años a Colón. Sin embargo, fue el Sabalero quien ascendió primero a la A, cuando ganó el torneo de 1965. Unión lo siguió un año después. Luego, fueron habitantes de sábado y domingo, alternativamente.

ATLÉTICO DE RAFAELA

La crema inesperada

Pese a la hegemonía futbolera de Rosario y Santa Fe, que parecía no tener fisuras, otra ciudad — del oeste santafesino— fue ganando prestigio y logró llegar a la Primera División cuando Atlético de Rafaela consiguió el ascenso por primera vez en su historia. Fundado el 13 de enero de 1907 como Club Atlético Argentino de Rafaela, en medio de una ciudad que crecía y se agrandaba gracias a la afluencia permanente de inmigrantes, en su mayoría italianos de la rica zona norteña del Piamonte.

La ciudad de Rafaela —unos 110 kilómetros al oeste de la capital provincial— fue fundada en 1881 por once familias que se asentaron en terrenos que pertenecían a miembros de la alta sociedad de Buenos Aires. Rafaela fue primero y por cuatro años una colonia, pasó a la categoría de pueblo en 1885 y desde 1912 es considerada ciudad. Hoy viven allí más de ochenta mil personas.

Para cuando nació el club, la ciudad tenía cinco mil habitantes y fue todo un logro mantener encendida la llama deportiva para una institución que se transformó en 1915 en Club Atlético de Rafaela. Mucho más acá en el tiempo, en 1988 cambió su forma jurídica y legal por Asociación Mutual, Social y Deportiva Atlético de Rafaela.

Fue con su nuevo nombre que consiguió ganar la extenuante maratón de partidos que le permitieron llegar al torneo de la Primera B Nacional y, el 21 de julio de 2003, obtener el ascenso a Primera A, tras derrotar al San Martín mendocino como visitante. Son, desde siempre, la Crema por el color de su camiseta y su relación íntima con las poderosas empresas lácteas de la región.

Su cancha, hoy con capacidad para más de quince mil espectadores, fue inaugurada el 12 de octubre de 1954 y fue remodelada para acondicionarla a la Primera División, cincuenta años después.

SPORTIVO BEN HUR

Club de gladiadores

Si parecía agotada la capacidad de asombro de algunos hinchas porteños, desde Rafaela llegó otro equipo —rival desde siempre de Atlético— para disputar con suerte diversa el torneo de la B Nacional. El Club Sportivo Ben Hur nació un 17 de junio de 1940 cuando un grupo de muchachos decidieron crear una entidad para jugar a fútbol. Lo bautizaron en homenaje al gladiador que se hizo famoso en la película muda de 1925 que dirigiera Fred Niblo y que en años posteriores inmortalizara el actor yanqui Charlton Heston. La idea primitiva era que «en el sur de la ciudad nace un gladiador», según los entusiastas de entonces.

Subsistiendo como se podía, los dirigentes tuvieron la iniciativa de convertir al club en mutual y así participar activamente de la vida social rafaelina. Con su camiseta azul y una banda diagonal blanca, es el Lobo del sur para todos los habitantes de la ciudad, donde se mezclan por igual básquetbol y fútbol. Nuevas y viejas pasiones, en una zona económicamente muy fuerte porque pertenece al corazón de la producción láctea y agrícola argentina.

CAPÍTULO SIETE

Vélez Sarsñield · All Boys · Nueva Chicago · Estudiantes de Buenos Aires · Deportivo Morón · Almirante Brown

La Avenida Juan B. Justo es una de las principales de la Capital Federal. Atraviesa la ciudad de este a oeste, naciendo en Palermo y llegando hasta el límite de lo posible, esa gigantesca autopista en la que se ha convertido la Avenida General Paz. A pocas cuadras del comienzo geográfico de la provincia de Buenos Aires, el estadio José Amalfitani del Club Atlético Vélez Sársfield se alza a la vista de la multitud de autos que transitan por la Autopista 25 de Mayo. Una mole de cemento que impresiona por su pulcritud, la buena pintura, las instalaciones a la vista, limpias y concretas.

VÉLEZ

Los dueños del fortín

Si algo identifica a Vélez es el esfuerzo por hacer las cosas bien, por pensar un club, tener una estrategia de crecimiento y conseguirlo. Eso es Vélez hoy, eso fue Vélez hace cincuenta años también.

¿Villa Luro o Liniers? Porque sus hinchas se quedan sin voz gritando «Soy del barrio de Liniers, lo sigo a Vélez a todos lados...» y también el famoso «... porque este año, de Villa Luro, salió nuevo campeón». En realidad, los límites geográficos de Liniers incluyen a Vélez y Villa Luro queda a unos metros, detrás de la calle Irigoyen. Las dos estaciones de tren del viejo Ferrocarril Sarmiento están muy cerca del enorme predio que tiene el club, paralelo a la Avenida Juan B. Justo.

Salvo Lanús, es la institución más joven, ya que recién fue creado en 1910. Parece que llovía y mucho, aquel primer día del año del Centenario, porque los tres muchachos que tenían la idea se guarecieron del chaparrón veraniego bajo la estación Floresta, en el túnel que unía los dos andenes. Julio Guglielmone, Martín Portillo y Nicolás Marín Moreno resolvieron la creación del club, con la simple idea de federarse y comenzar a participar en un torneo de fútbol. Desde aquel túnel se fueron a la casa de Marín Moreno, vecina a la estación. Floresta había sido la terminal del primitivo Ferrocarril del Oeste, que unía la Plaza Lavalle con ese lugar del «lejano oeste».

Los muchachos, con el aporte de varios jóvenes de la zona, decidieron crear el Club Atlético Argentinos de Vélez Sársfield y designaron a Luis Barredo como el primer presidente. Su cancha fue el terreno ubicado en Provincias Unidas (hoy Juan Bautista Alberdi), Convención (hoy José Bonifacio), Mariano Acosta y Ensenada. Resolvieron utilizar camisetas blancas, un recurso para conseguirlas rápidamente, más allá de que varios de los chicos se empeñaron en coserles puños y cuellos rojo oscuro. No alcanzaron a conformarse con esos colores, que el 3 de febrero de 1912 cambiaron a camisetas azul marino con pantalón blanco, con recomendación expresa para los jugadores de que compraran la indumentaria en el negocio de Rafaela y Provincias Unidas.

Pero las cosas no marchaban como los pibes se habían imaginado, porque no pudieron afiliarse al fútbol grande, que ya dejaba atrás la época gloriosa de Alumni y se metía derecho en el predominio de Racing. Coincidiendo con el primer título de la Academia, tomaron varias decisiones importantes: en 1913 una asamblea resolvió quitar la palabra «Argentinos» y quedó definido el nombre del club, que ya había animado en 1912 el campeonato de Segunda División de la Federación Argentina, llegando a disputar la final y perdiendo por 4-2 ante Tigre, en la vieja cancha de Gimnasia y Esgrima, en Palermo.

Antes de terminar el año, los dirigentes resolvieron alquilar un terreno en la llamada «quinta de Figallo», ubicada en Mataderos, en la calle Tapalqué, entre Escalada y Chascomús. Allí, un molino de viento proveía el agua para la rudimentaria casilla o «vestuario».

Ya en 1914 hubo que practicar una nueva mudanza: la cancha se erigió en Villa Luro, en la zona limitada por las calles Víctor Hugo, Bacacay, Cortina y el propio arroyo Maldonado, que todavía corría al aire libre, junto al viejo Camino de Gauna, hoy Avenida Gauna. El 14 de marzo y

debido a la mayoría de socios de ascendencia italiana, se resuelve tomar como camiseta oficial una casaca tricolor con los colores de la bandera de Italia, que se usó durante casi dos décadas: casaca verde y roja a rayas verticales, con finas líneas blancas separando ambos colores.

La llegada del club a la primera categoría recién se logró en 1918 y la campaña en la máxima división fue sensacional, porque en su año inaugural en la A. Vélez fue segundo de Racing, cuatro puntos por delante de River y Defensores de Belgrano. En su debut, derrotó a Independiente por 1-0. En 1920, el equipo mantuvo su buen andar, al ocupar el sexto puesto entre diecinueve conjuntos. Incluso, tuvo al goleador del torneo —único caso de Vélez en todo el amateurismo— que fue Santiago Carreras, con 20 conquistas. Además, unos meses después debutaría el primer jugador velezano en la Selección.

Serían los honores para José Bofia, quien jugó el 25 de septiembre de 1921, cuando Argentina goleó a Chile por 4-1 en el estadio del Sporting Club de Valparaíso.

Cuando promediaba el torneo de 1920, se incorporó el escudo con los colores de la bandera italiana, que se modificó en 1927 y posteriormente en 1933. La mudanza dentro del mismo barrio provocó cambios. El estadio quedaba ubicado en la zona sur de Villa Luro, entre las calles Basualdo, Pizarro, Schmidel y Guardia Nacional, y había sido inaugurado el 24 de marzo de 1924, cuando Vélez empató con River en dos goles. A principios de noviembre de 1923, se terminó de hacer la gran tribuna de tabloneros de madera en la nueva cancha de Basualdo. La tribuna tenía el clásico techo inglés y cobijaba a los socios y directivos en sus gradas.

En esa década del '20 se produjo un hecho fundamental para el futuro velezano: el 13 de marzo de 1923, la asamblea elige como nuevo presidente a José Amalfitani, quien, para dedicarse casi completamente a su tarea, renuncia a su puesto de cronista deportivo en el diario La Prensa. El 7 de diciembre de 1928, Vélez produjo un suceso histórico en el fútbol argentino: se jugó en su estadio el primer partido nocturno. Se instalaron alrededor del campo de juego postes de madera que sostenían 39 focos eléctricos de 3.000 bujías cada uno. Como el acontecimiento lo merecía, se organizó un encuentro entre el Combinado Argentino y el Seleccionado Olímpico. El diario La Nación reflejó al día siguiente: «Villa Luro no debe haber visto, en una noche alguna, recorrer sus calles a tanta gente...».

Ya incorporado al grupo de clubes con arraigo popular, Vélez emprendió una larguísima gira iniciada en noviembre de 1930 y finalizada a principios de mayo de 1931, con un resultado impresionante. Jugó 25 partidos repartidos entre Chile, Perú, Cuba, México y Estados Unidos, con 20 triunfos, 4 empates y una sola derrota. En ese grupo de 17 jugadores, diez eran del club y los otros siete pertenecían a distintos equipos y concurren invitados. Dos de los huéspedes fueron los tremendos goleadores Bernabé Ferreira y Francisco Varallo. Entre Bernabé y Varallo hicieron 54 de los 84 goles de la impactante gira de Vélez.

El fútbol profesional arrancó en 1931 y los velezanos se sumaron con entusiasmo al nuevo torneo rentado, perdiendo en el debut ante Platense. La cancha de Villa Luro se fue convirtiendo en un bastión para sumar puntos y crecer. El 13 de septiembre de 1932, Vélez tenía que recibir a San Lorenzo. En las ediciones quinta y sexta del diario Crítica del día previo, se presentó el partido con el siguiente título a toda página: «¿San Lorenzo hará rendir mañana el Fortín de Villa Luro?». El autor de la frase fue el jefe de la página deportiva, Hugo Marini, uno de los periodistas

más respetados de la época. Ese partido contra San Lorenzo terminó 1 a 1. El siguiente partido como local fue ante River, que ese año sería campeón. También fue empate: O a O. El apodo de El Fortín de Villa Luro quedó para siempre grabado en la historia.

La década del '30 encontró a Vélez haciéndose muy fuerte en su cancha, pero con problemas para ganar fuera de casa. Así y todo, realizó algunas buenas campañas y promovió muchos jugadores. De yapa, mostró la capacidad en la mitad de la cancha de Victoria Spinetto y la potencia goleadora de Agustín Cosso, entre los más destacados.

Tanto Spinetto como Cosso fueron protagonistas del partido que Vélez empató en un gol con San Lorenzo, el 30 de abril de 1933. Esa tarde, el cuadro del oeste porteño presentó por primera vez la camiseta blanca con la «V» azulada. Eran las casacas de un ignoto conjunto de rugbiers, que las habían encargado a un fabricante y éste, ni lerdo ni perezoso, se las ofreció a los directivos del club.

Se adoptaron para siempre y quedaron en el recuerdo las insignias tricolores, desempolvadas de vez en cuando para algunos partidos oficiales.

Vélez fue protagonista de buenas campañas, pero debió descender por única vez en su historia en 1940, junto a Chacarita, penado por un intento de soborno que le provocó un descuento de varios puntos. El cuadro de Liniers llegó a la última fecha con un punto de ventaja sobre Atlanta y debía jugar como local contra San Lorenzo, mientras que el equipo de Villa Crespo recibía al poderoso Independiente de Arsenio Erico, Vicente de la Mata y Antonio Sastre. Cuando terminaron los primeros tiempos de los encuentros, Vélez empataba sin goles ante el Ciclón, pero Atlanta le ganaba 6-0 a Independiente.

Fue tal la indignación de los hinchas velezanos hasta bien entrados los años '50, que no se lo perdonaron a Independiente. Y el papelón de los rojos tan lamentable que para disimular, convirtieron cuatro goles en la segunda parte. El partido lo ganó Atlanta por 6-4 y aprovechó el nerviosismo de los jugadores de Vélez, que en la parte final recibieron dos goles del vasco Lángara, que marcaron la victoria de San Lorenzo y el descenso, por única vez, a la Primera B.

Explica una de las páginas velezanas de internet, «Vélez del Mundo», que «las consecuencias fueron nefastas: el Club debió desalojar en 1941 los terrenos que ocupaba en Basualdo y Schmidel, el plantel profesional se desbandó y cientos de socios renunciaron. La mayoría de los que quedaban fueron en busca de José Amalfitani ante el peligro de extinción, porque ya muchos consideraban que Vélez sólo sobreviviría fusionándose con otro club. En ese momento, Amalfitani pronunció un alegato que conmovió a todos, a tal punto que en ese mismo momento se decidió designar una Comisión Cooperadora (como en las escuelas) para apuntalar a la tambaleante Comisión Directiva. Por supuesto, Amalfitani formaba parte de ella.

Las palabras de Don Pepe fueron premonitorias: «Señores, yo no he venido al funeral de Vélez Sársfield. ¡Qué me importa la Segunda División o la tercera si Vélez Sársfield paseó su divisa triunfal por todo un continente! ¡Mientras haya 10 socios, el club sigue en pie!» (10 socios era el mínimo permitido por los estatutos).

Don Pepe, que por ese entonces tenía 46 años, asumió nuevamente como presidente, con el club en el ascenso.

Jugando de prestado en otros estadios, en una categoría desconocida que solamente permitía el

ascenso del campeón. Vélez fue cuarto de Chacarita en 1941, tercero de Rosario Central en 1942 y finalmente campeón en 1943, postergando por siete puntos las ilusiones de Unión de Santa Fe. En esa campaña, varios jugadores salidos de sus inferiores tuvieron desempeños consagratorios, como Miguel Rugilo, Juan José Ferraro, Armando Ovide y el wing Heisecke.

Mientras buscaba el retorno a Primera, el grupo de directivos liderados por Amalfitani había recibido de parte de los dueños británicos del Ferrocarril del Oeste las tierras del «pantano del Maldonado», una zona lindera con el arroyo, anegadiza y según los especialistas imposible de rellenar convenientemente. Luego de volcar enormes cargamentos de tierra y piedra, se consiguió estabilizar la zona y edificar el nuevo estadio, el embrión del actual. La inauguración de la cancha fue un partido amistoso con River, el 11 de abril de 1943, el mismo año en que el equipo ganaba el torneo de Primera B. Para construirlo, se trajeron los viejos tablones del primer Fortín de Basualdo y Guardia Nacional y empezó otra etapa.

Saldada la cuenta histórica con Independiente —Vélez lo goleó por 8 a 0 en el torneo de 1945 y hubo fiesta en 1 barrio—, la dirigencia pensó a lo grande. Se compraron los terrenos y comenzó el diseño de la nueva cancha, con la idea de reemplazar los viejos tablones por tribunas de cemento. Tuvo que cerrar el estadio y mudarse por tre temporadas a la cancha de Ferrocarril Oeste, pero el premio llegó cuando el 22 de abril de 1951 reinventó el Fortín con tres enormes tribunas de cemento, torres en cada ángulo de la cancha y una vieja platea de madera, mutada en tribuna doble de cemento para el mundial de 1978. En el debut, Vélez le ganó 2-0 a Huracán, con tantos del delantero Nápoli.

La cancha, orgullo del barrio de Liniers, sería bautizada luego «Estadio José Amalfitani» en un homenaje justiciero y merecido para quien fue el mejor dirigente en la historia del fútbol argentino para muchos conocedores del paño. El querido Don Pepe falleció en mayo de 1969, seis meses después de que su club ganara el primer torneo de su historia, el Nacional de 1968, conducido por el cordobés Daniel Willington y el tucumano Pepe Solórzano, con un muy joven Carlos Bianchi en el plantel.

ALL BOYS

De punta en blanco

La calle Álvarez Jonte desemboca y finaliza su trazado en la Avenida Juan B. Justo. Recorre varios barrios —Liniers, Villa Luro, Floresta— y atraviesa Monte Castro, una barriada que toma el nombre de Pedro Fernández de Castro, un lugar que sigue siendo conocido como «montes de Castro» o «chacra de Castro».

En el corazón de Monte Castro vive otra pasión futbolera, All Boys. Un club que para todo el mundo está ligado al barrio de Floresta, vecino al Monte Castro real, donde está enclavada su cancha. Ocurre que los fundadores del club pertenecían en su enorme mayoría a Floresta, porque allí se juntaban para despuntar el vicio del fútbol, y en ese lugar decidieron la creación de la nueva entidad, un 25 de marzo de 1913.

Entre Vicente Cincotta, Juan, Leopoldo y Ernesto Bonnani, Enrique Rusconi, Juan Stolbizer y otros entusiastas, le dieron forma al club. El propio Cincotta explicó la elección del nombre en el periódico La Voz del Círculo, en un reportaje realizado en 1957: “El nombre de All Boys surgió como una interpretación de la circunstancia: éramos todos muchachos; sólo que no lo dijimos en nuestro idioma, siguiendo una tendencia de denominar a las instituciones con nombre inglés”. Las investigaciones apuntaron a Cincotta como el primer presidente, pero en realidad vino a sustituir a Jerónimo Sifredi, luego de su inesperado fallecimiento.

El nuevo club decidió elegir el blanco con vivos negros para su camiseta, como una manera de reflejar los ideales de pureza y honestidad para participar en los campeonatos. Se anotaron en la Tercera División de la Asociación Argentina y enseguida pasaron a jugar en Intermedia. Su primer hogar fue la quinta de Leopoldo Rígoli, ubicada en la manzana que delimitaban las calles Segurola, Morón, Sanabria y el camino de Gauna (luego Gaona). Para construir una tribuna organizaron un baile popular en los salones del club Floresta y juntaron 1.800 pesos. La cancha tenía una baranda de madera en lugar del tradicional alambrado y una casilla para que se cambiaran los futbolistas. Pronto, el progreso de la zona provocó que el dueño vendiera los terrenos, por lo que hubo que buscar nuevos solares para hacer la cancha. Mientras el esfuerzo de los dirigentes les permitía habilitar una sede social en la avenida Rivadavia entre Concordia y Orán (hoy Emilio Lamarca), recién en 1924 se pudo inaugurar la nueva cancha, en Segurola 1351.

El equipo participa en la Copa Competencia de 1918 y es eliminado en primera ronda por Eureka, que le gana 2-1. Al año siguiente le pasa lo mismo, aunque es Sportivo Buenos Aires el que lo deja afuera. Una gran campaña en 1922 le permite ascender y participar por primera vez de la máxima categoría de la Asociación Argentina, donde se mantuvo durante cuatro años.

Vale destacar y mucho que en 1923 finaliza en el décimo lugar, en un torneo que tiene a Boca y Huracán como protagonistas y que se define a favor del cuadro auriazul en cuatro partidos de desempate. Pero es en 1924 donde rompió todos los moldes, al clasificarse tercero, detrás de Boca y Temperley. En esa temporada los albos, el apodo que los acompañaría por siempre, se dieron el gusto de ganar por primera vez a Nueva Chicago por 2-1 y de empatar en la difícil cancha de Huracán. En 1926, el club empezó a disputar el campeonato pero resolvió desafiliarse junto con

Chicago, Temperley, Colegiales, El Porvenir y Sportivo Barracas, para pasar a la Asociación Amateur, pero actuando en Intermedia. Hasta 1972, nunca más jugaría en Primera División, salvo los tres últimos años de la perimida Asociación Argentina, cuando nació el profesionalismo y muchos clubes optaron por seguir en el amateurismo.

AII Boys inauguró su cancha el 18 de mayo de 1924 con un encuentro amistoso frente a Temperley. Un estadio que le quedaría chico y que obligaría a una nueva búsqueda de espacio propio. El 19 de noviembre de 1959, el gobierno nacional donó al club la fracción de terreno ubicada entre las calles Chivilcoy, Mercedes, Álvarez Jonte y Miranda. El terreno fue objeto de mejoras y acondicionamiento. Se inició la construcción de las tribunas y AII Boys pudo inaugurar su nueva cancha en septiembre de 1963, cuando le ganó por 7-0 a Deportivo Riestra, por el torneo de Primera C. En los años anteriores, jugó como local casi siempre en Ferrocarril Oeste, Vélez Sársfield o Atlanta.

Alcanzó su máxima ilusión al ganar el torneo de Primera B de 1972 y disputar durante ocho años seguidos los campeonatos de Primera A, con algunas buenas campañas y triunfos resonantes.

NUEVA CHICAGO

Torito en rodeo propio

Pese a estar separado por una distancia importante, el Albo de Floresta tiene un rival histórico al que ha enfrentado en innumerables ocasiones, pero siempre en el ascenso. Caso curioso, cuando AII Boys volvió a jugar los sábados tras su extensa incursión en Primera, Nueva Chicago ganó el derecho a jugar los domingos. Luego, retornaron los partidos clásicos en Mataderos, Floresta, la neutral cancha de Vélez o cualquier otro estadio, siempre ante una multitud.

Es que el Club Atlético Nueva Chicago es sinónimo de Mataderos, un barrio situado casi en el extremo suroeste de la Capital Federal, antes de Villa Lugano. En ese contexto dominado por la industria de la carne, cuando se inauguraron las primeras escuelas del barrio comenzó la construcción del Hospital Salaberry y llegó la fiebre del fútbol, que inquietaba a la enorme población de jóvenes ávidos de practicar deporte. Un grupo de ellos se reunió el 1 de julio de 1911 en un desvencijado puente que cruzaba el arroyo Cildáñez (entubado desde hace largo tiempo) y resolvieron crear el nuevo club, llamándolo Unidos de Nueva Chicago.

El puente de Bilbao y San Fernando había sido testigo de la fundación del club, también lo fue de las arduas discusiones y del modo casual con que se adoptaron los colores de Chicago. Una chata lerдона conducida por Leopoldo Roldán, que transitaba desde Avenida Campana (hoy Avenida Eva Perón) hacia los nuevos mataderos, fue la inspiración. Pintada de verde con rayas negras, transportaba pasto e hizo exclamar a José Varela: «Ahí están los colores de nuestro club».

Enseguida comenzaron los primeros partidos con la muchachada del barrio anotada para jugar en Nueva Chicago y llegaron las camisetas compradas en la tienda de Carlos Perretti, en Avenida De los Corrales 6836. Las reuniones se hacían en la calle, en la sastrería que tenía Alejandro Gutiérrez en la misma arteria, llamada La Fama, o directamente en la quinta de Los Perales.

El baldío de Tandil y Tellier fue el primer lugar para jugar, con arcos que estaban hechos de maderas duras, las mismas que se usaban para aguantar la embestida del ganado que pronto iba a ser sacrificado en los mataderos.

La segunda cancha, tiempo después, fue cedida por Alejandro Morh, quien permitió que el club se asentara en su propia quinta ubicada en San Fernando y Campana.

Tras jugar en ligas barriales, como la Liga Estudiantil de Flores, el club verdinegro se afilia a la Asociación Argentina como Los Unidos de Nueva Chicago y debuta en 1913 disputando el torneo de Segunda División.

Arrancó perdiendo 2-1 con Argentino de Lomas, para enseguida empatar en un gol con Ferro Carril Oeste. Chicago fue expulsado de la Asociación luego de graves incidentes que se produjeron en el partido contra Nacional: los jugadores se tomaron a golpes y los hinchas participaron de la misma forma. Se protestó, pero durante 1916 el club no pudo jugar oficialmente. Volvió en 1917 y cuando llegó 1919, obtuvo lo que la barriada esperaba:

llegó a la Primera División. En esa temporada participó de la Copa Competencia, donde eliminó a Alumni de Villa Urquiza, para ser vencido por Porteño. Estrenó sus colores en la máxima categoría, con un digno séptimo puesto, detrás de Boca (campeón), Banfield y Huracán,

entre otros. Tras debutar perdiendo con Banfield por 3-0 y sufrir en la parte inicial del torneo, se acomodó para mejorar notablemente al final.

Emilio Solari tuvo el privilegio de ser el primer futbolista del club convocado para integrar la Selección Argentina, en la que debutó el 2 de octubre de 1921, cuando el equipo nacional venció por 1-0 a Brasil en la vieja cancha de Sportivo Barracas, por la Copa América. Con Solari como estandarte, Chicago siguió creciendo y en 1925 igualó el primer puesto del torneo con Huracán. Debieron jugar un desempate y cuando el partido estaba empatado en un tanto, los jugadores verdinegros decidieron retirarse de la cancha. El Tribunal declaró posteriormente ganador a Huracán, que se clasificó campeón.

Ese desenlace desató amargas quejas en gente de Mataderos. La Comisión Directiva se hizo eco del sentimiento popular y entregó a cada uno de los integrantes del equipo una medalla de oro que decía en su inscripción «A los campeones morales año 1925».

Para ese entonces, la cancha estaba ubicada en la calle Piedrabuena y la Avenida Campana, luego llamada Avenida Del Trabajo y hoy Avenida Eva Perón. Fue en 1927 que dejó de jugar uno de los mayores ídolos del equipo, el delantero Sergio Varela, Varelita, permanente acosador de guardavallas rivales. Una anécdota lo pinta de cuerpo entero, según el relato de un ex compañero, Vicente La Grutta: «Se jugaba un encuentro con Chacarita Juniors —que recién había ascendido de Intermedia a la categoría superior—, el mismo se realizaba en nuestro field; atacaba en esos momentos nuestra delantera yenvían un centro sobre el arco rival y como era su costumbre atropella Varelita, atajando el arquero de Chacarita —en ese momento jugaba Alterio, más conocido por Pibona— y le pasa la pelota sobre la cabeza, como mofándose de nuestro muchacho. En el correr del partido, vuelve a producirse otra jugada similar y entonces Varela atropella, enviando al arquero con la pelota y todo dentro del arco y convirtiendo el segundo tanto, que fue legítimamente acordado ya que en esos tiempos eran permitidos los pechazos a los guardavallas».

En 1930, Chicago ganó el torneo de ascenso luego de superar en la final a su rival histórico, All Boys, en la vieja cancha que River tenía en Avenida Alvear y Tagle, ante casi veinte mil personas. Los de Mataderos ganaron por 3-1 y al término del partido, como dice la crónica de la época: «Los muchachos de esta categoría 'B' volvieron a dar otro ejemplo de la camaradería existente entre ellos a pesar de la rivalidad que los separaba, y que dejaban el resto para salir triunfadores; vencidos y vencedores, unidos, dieron la vuelta olímpica saludando al numeroso público presente».

La vieja cancha estaba obsoleta y además el club debía devolver los terrenos para la construcción de un hospital:

había que buscar un nuevo lugar. Después de innumerables gestiones, la Municipalidad de Buenos Aires cedió n 1940 las tierras ubicadas en la calle Francisco Bilbao al 6900 (hoy Justo Suárez), para la construcción del estadio .

Como siempre sucede, el camino hacia la inauguración estuvo repleto de obstáculos. El primero y más importante fue rellenar la zona, porque las tierras eran en realidad una enorme ciénaga con profundidades de hasta dos metros y medio en la parte más honda.

Presidido e impulsado por Guillermo López, el club hizo muchas obras y pudo darse el lujo de presentar h cancha y también un coqueta velódromo. El 27 de octubre de 1940 se inauguró el

estadio, con victoria ante Sportiv Buenos Aires por 3-1 y ascenso a la Primera B, ganando el torneo de Tercera con siete puntos de ventaja sobre Sportivo Alsina.

Días antes de la fiesta, se produjo lo que sería el último duelo criollo en Mataderos, en un bodegón conocido como La Mal Parida, en la esquina sudeste de Manuel Artigas y Tellier, entre el Japonés López y un tal Fernández, apodado el Chino. Ambos murieron porque la ambulancia del Salaberry llegó tarde.

Chicago fue mejorando lentamente sus instalaciones, fue gran animador de los torneos de Primera B, subcampeón en 1958 detrás de Ferro y consiguió el premio mayor en 1981 al subir junto con Quilmes. Bajó rápido, se rehizo y a comienzos del nuevo siglo se dio el gusto de permanecer otras tres temporadas en Primera A.

ESTUDIANTES DE BUENOS AIRES

La enseña de caseros

Nacido en el corazón de la Capital Federal, pero habitante del Gran Buenos Aires desde hace más de 40 años y fundado antes del fin del siglo XIX, Estudiantes de Buenos Aires ha precedido inclusive a su primo hermano, el Estudiantes de La Plata. Creado el 15 de agosto de 1898, con camiseta originalmente blanca con vivos negros y rápidamente blanca y negra a rayas verticales, Estudiantes pasó a llamarse Club Atlético Estudiantes y se instaló primariamente en un terreno ubicado en la Avenida Blandengues (hoy Avenida Del Libertador) y la calle Oro, yéndose en 1920 al predio donde se cruzan hoy las avenidas Figueroa Alcorta y Dorrego, para partir en 1931 hacia Desaguadero y José P. Varela, en el barrio de Villa Devoto.

Los muchachos que fundaron el club eran alumnos de los colegios Mariano Moreno y Nacional Buenos Aires.

Debutaron en Primera División en 1903, donde lograron ganarle 1-0 a Lomas Athletic y 3-2 a Quilmes; fueron sus únicas victorias, aunque rápidamente mejoraron y alcanzaron el tercer puesto en 1905, detrás de Alumni y Belgrano.

Estudiantes fue un animador permanente del principal campeonato y produjo un hecho único: hizo la mayor goleada de toda la historia del fútbol argentino. El 9 de julio de 1909 derrotó por 18-0 al Lomas Athletic, en la Copa Competencia.

La figura de Maximiliano Susan, autor de doce goles, nunca fue superada. Susan fue un temible artillero, uno de los máximos goleadores argentinos en la segunda década del siglo XX, con 57 presencias internacionales.

Un año más tarde, Estudiantes llegó al subcampeonato, detrás de Racing Club, el único que lo pudo vencer.

Inició después un deterioro deportivo que lo llevó a ocupar varias veces el último puesto, pero la anulación de los descensos lo mantuvo en primera categoría hasta el fin del amateurismo.

Anclado con su sede en la barriada de Villa Devoto, cargó con el serio problema de no tener cancha propia hasta que en 1959 recibió un predio en la localidad de Caseros, donde pudo establecerse de manera definitiva. Allí supo tener paciencia para ascender los escalones hacia la fama. Desde la humilde Primera D, alcanzó la Primera A en 1977 y se mantuvo una sola temporada, alternando en las dos principales categorías de ascenso desde ese tiempo. Caseros, a medio camino entre el Norte y el Oeste, lo adoptó como propio.

DEPORTIVO MORÓN

El canto del gallito

En el Gran Buenos Aires, en la Zona Oeste, no había clubes de fútbol que pelearan por el ascenso a Primera ni mucho menos. Era una zona más despoblada, que se fue formando más lentamente hasta alcanzar una identidad en los años cuarenta. De esa época es Deportivo Morón. De 1947. .

Como lo explica el periodista Claudio Díaz en su extenso Morón, el grito nuestro de cada sábado, «el arribo al poder del general Juan Domingo Perón a la presidencia de Argentina, constituye el fermento que los forjadores de sueños necesitan para transformar sus metas en realizaciones. Su gobierno encara una política de fuerte contenido social que se refleja, entre otras medidas, en otorgar un decidido impulso al deporte. Esta revolución se asienta sobre dos pilares: la organización de torneos deportivos de toda índole y el apoyo a grupos vecinales para que se junten y puedan armar desde sociedades de fomento hasta clubes para desarrollar actividades deportivas y recreativas».

El fundador será Carlos Ismael Pagano, un oriundo de la localidad bonaerense de Alberti, que según el propio Díaz era «una suerte de caminante de canchitas de la zona Oeste que sabe mucho de fútbol y hasta supo jugarlo bien. Intenta persuadir a su mujer y a un amigo para hacer algo, formar un equipo que compita en la liga de Morón, pero con aspiraciones de grandeza bien entendida». Este muchacho de poco más de 30 años, entrenador de un equipo llamado Los Piratas, quiere fundar un club de fútbol y se lo propone a su amigo inseparable, Filiberto Ferrante.

En el legendario Café de Volpi, se juntaron Pagano, su señora Angélica, Ferrante y quince entusiastas más, para fundar el nuevo club. La reunión se hizo el 20 de junio de 1947 y se decidió utilizar una habitación desocupada que tenía Pagano en su propia casa, para constituir una sede.

A la hora de elegir el nombre se mocionaron varias propuestas: Juventud Unida de Morón, Defensores de Morón, Estudiantes de Morón y Morón Oeste. No hubo acuerdo y se pasó la decisión para la próxima reunión.

fue el 12 de julio y allí quedó establecido que Los Piratas pasaban a ser Sportivo Morón, con camiseta roja y blanca a rayas verticales, como la de Estudiantes de La Plata.

El nuevo club participó de varios torneos zonales y en 1951 se incorporó a la flamante división llamada Segunda de Ascenso, hoy más conocida como Primera C. Contaba con su nueva cancha, ubicada en Alvarado y Humaitá, en un predio cedido por la empresa que fabricaba los botines Sportlandia. En su debut, venció por 2-1 a Acassuso, con goles de Indart y Sardini, jugando como local en la cancha de Ferro porque la suya no había sido aún habilitada.

En resumen, su primera campaña es floja, ya que finaliza penúltimo en un torneo que proclamó campeón a Tiro Federal de Rosario, escoltado por otros dos rosarinos, Central Córdoba y Argentino. Desde el inicio y durante una década, Morón utilizó una camiseta confeccionada por la empresa textil Víctor Hugo que era igual a la de River Plate: abotonada, con una banda roja partiendo desde el hombro izquierdo y cruzando de arriba hacia abajo.

En 1952, tuvo una pelea legal con la AFA, que lo obligó a cambiar su primer nombre. Pasó a ser «Deportivo» porque no se le permitió llevar el «Sportivo», aduciendo que era un término

extranjerizante. Explica Claudio Díaz que «la primera fecha del campeonato presentó el duelo entre dos clubes muy jóvenes pero que están llamados a sacudir las estructuras del fútbol de ascenso, sobre todo por la gente que con el correr de los años movilizarán detrás suyo. San Justo versus Marón, indica el fixture. La dimensión de esas dos barriadas tan populosas es el embrión del gran clásico que sobrevendrá con el tiempo. Ya esa tarde sorprende la cantidad de público que asiste al partido, alrededor de dos mil personas. Mucha gente llega hasta el predio de La Matanza donde se erige el estadio aurinegro, ubicado en el perímetro delimitado por Provincias Unidas, Jujuy, Juramento y Sarandí, y se tiene que volver a su casa porque no encuentra un lugar libre desde donde poder ver el partido. Deportivo San Justo gana por 1-0 y sus hinchas despiden a la gente de Marón arrojándole carcasas de baterías de automóviles de una fábrica lindera a la cancha.

Es la primera escaramuza de una larga serie de enfrentamientos que se sucederán en el futuro.» El torneo lo ganó Flandria y Marón ocupó el penúltimo lugar, un punto por encima del colista, Deportivo Riestra.

En ese campeonato debutó Arsenal de Lavallol, que se desafilió en 1959 y volvió a jugar unas temporadas más adelante, para irse definitivamente.

Sin cancha propia, Marón buscaba desesperadamente un espacio físico para construir su hogar definitivo. Las larguísimas gestiones culminaron con éxito, gracias a la perseverancia de Lorenzo Capella, presidente del club. El intendente municipal César Albistur Villegas, resolvió ceder los terrenos fiscales ubicados en la calle Almirante Brown, donde se inició la epopeya de la edificación. En ese mismo año, 1955, Marón logró ganar el campeonato y asciende a Primera C, con un punto de ventaja sobre Juventud de Bernal. En la última fecha, el cuadro que tenía la misma camiseta que River goleó a Deportivo San Justo por 4-0 y dio la vuelta olímpica en la cancha de Chacarita Juniors.

El 21 de abril de 1956, Marón debutó en la C y se da el gustazo de golear por 5-3 a Brown de Adrogué, en el nuevo predio de Humberto Primo, Almirante Brown y las vías del Ferrocarril Sarmiento. Después de tres buenas campañas, Marón se coronó campeón de Primera C y llegó por primera vez a la segunda categoría del fútbol argentino, en 1959. Fue una campaña impresionante, con 28 victorias en 34 partidos y apenas dos derrotas, superando por cinco puntos al escolta, Argentino de Quilmes. Todos ya lo conocían como el Gallo, que era desde hacía dos temporadas el apodo popular y oficial del club del Oeste. Según parece, durante varios años existió un gallo de terracota que estaba ubicado muy cerca del túnel por donde los futbolistas salían a la cancha y su camiseta pasó a ser blanca con una franja horizontal roja, al estilo de Gimnasia o de Platense, pero con otro color central.

Ya en Primera B, Marón inicia la construcción de las tribunas de cemento de su cancha y se fortalece en la categoría, al punto de lograr llegar a la Primera A, por única vez, en la temporada de 1969. Fue un paso rápido, pero muy recordado. Luego, inició un constante ir y venir entre la flamante B Nacional, la Primera B Metropolitana y la más humilde Primera C. Siempre, con el apoyo de una multitud.

ALMIRANTE BROWN

Una escuadra a rayas

Aquel Deportivo San Justo nació un 17 de enero de 1922 como Centro Atlético y Recreativo Almirante Brown, cuando cuatro vecinos del pueblo de San Justo, Rodolfo Sánchez, Segundo Boragno, Enrique Knoelke y Francisco Deverech, resolvieron juntarse para crear un club, que siguiera la línea que en los primeros años del siglo había trazado una entidad llamada Almirante Brown Athletic Club, cuya camiseta era negra y amarilla a rayas verticales. Luego de charlar con varios de los socios de aquella institución, consiguieron el aval para seguir adelante y en homenaje al permiso obtenido, mantuvieron prácticamente el nombre y los colores originales.

Tras cumplir una tarea vinculada mayormente a la formación deportiva y a actividades sociales y recreativas, el club decidió anotarse en la AFA y logró su cometido recién para 1952, ingresando en la recién creada cuarta división, llamada Fútbol Aficionado. Para poder hacerla, la entidad se unió con el Club Atlético San Justo, tomando el nombre de Deportivo San Justo. El debut fue con victoria ante Deportivo Marón por 1-0 y un aceptable quinto puesto. Después de dos últimos lugares en los años siguientes, el equipo recuperó el nombre original y, como Almirante Brown, ganó el torneo de 1956, con cinco puntos de ventaja sobre Juventud de Bernal, al que vence 4 1 en la penúltima fecha.

Siendo local en su pequeña cancha de Almafuerte y Matheu, en San Justo, el club obtuvo el torneo de 1965 y llegó a la Primera B. Año y medio después pasa a llama, se Club Atlético Almirante Brown. Las nuevas tierras ubicadas en la localidad de Isidro Casanova le permitieron construir el estadio Fragata Presidente Sarmiento, inaugurado el 14 de junio de 1969 y donde juega hasta hoy.

CAPÍTULO OCHO

Belgrano de Córdoba · Talleres de Córdoba · Instituto de Córdoba · Racing de Córdoba · San Martín de Tucumán · Atlético Tucumán · Gimnasia y Esgrima de Jujuy · Juventud Antoniana de Salta · Godoy Cruz de Mendoza · San Martín de Mendoza · San Martín de San Juan · Olimpo de Bahía Blanca · Huracán de Tres Arroyos · Sarmiento de Junín · Aldosivi de Mar del Plata · Comisión de Actividades Infantiles de Comodoro Rivadavia

El fútbol cordobés tardó demasiado tiempo en incorporarse al espectáculo grande de nuestro país. Es que la organización nacional creció mirándose el ombligo en la Capital Federal y alrededores, con el mínimo agregado de los Cuadros rosarinos y santafesinos, se movió muy lentamente y recién en 1967, con el Torneo Nacional, les permitió competir por los puntos con los clubes de Buenos Aires.

Sólo entonces los cordobeses tuvieron la chance de medir fuerzas con los grandes del fútbol argentino y supieron lo que significa. Atrás, existía una historia envidiable, que arranca antes del final del siglo XIX.

Los primeros partidos se disputaron en la cancha del Córdoba Athletic, ubicada en el bajo General Paz, muy cerca del centro cordobés. El terreno formaba parte de la quinta de Augusto López y fue conocida como lila cancha de los ingleses«, porque varios eran los británicos que jugaban con los estudiantes cordobeses. Enseguida nació el Club Agronomía, aparecieron Universitario y Escuela Presidente Roca.

BELGRANO

Alma pirata

Uno de los grandes del fútbol mediterráneo es Belgrano.

Es también el que nació primero. Según cuenta Ernesto Barabraham, ex-jugador de los primeros años, «Belgrano se formó en 1903 por las siguientes familias; tres hermanos Lascano, cuatro Orgaz, tres Oviedo Bustos, tres Bazán, dos Alfonso, José Piñeiro y el general Ponce de León. Los muchachos no coincidían al elegir nombre:

había propuestas de llamarlo 27 de Abril, Caseros y Organización Nacional, como se llamaban algunas de las calles de la zona. Fue Eleodoro Orgaz quien propuso el nombre de Belgrano, el 19 de junio de 1903».

Belgrano creó la bandera y desde la feliz decisión de Don Orgaz, el club tuvo nuevo nombre, aunque se llamó Club Atlético General Belgrano, con camiseta celeste a la que después se le agregó una letra «B» blanca bordada en su bolsillo. El atuendo lo completaban, para estar a tono con la Patria, el pantalón blanco y las medias celestes.

El 19 de marzo de 1905, casi dos años después del primer sueño celeste, los muchachos le dieron forma definitiva al labrar el acta correspondiente. En el corazón del Barrio Alberdi, una casilla junto a un algarrobo sirvió para la reunión iniciática. Nombraron a un adolescente como primer presidente: Arturo Orgaz, de 14 años, acompañado por Raúl Luque, José Oviedo y los hermanos Lascano, Nicolás, Balbino y José.

En 1906 tuvieron que dirimir el nombre del club con un homónimo del barrio Nueva Córdoba: lo resolvieron jugando un partido, que ganó Belgrano por 2-1, manteniendo el origen celeste a salvo. En los años sucesivos, los fundadores del club y sus adherentes iniciaron una gigantesca colecta que terminó con ocho mil pesos que alcanzaron para comprar el solar donde hoy se ubica su estadio, en el corazón de Alberdi, un barrio situado cerca del centro cordobés.

La construcción de la cancha se demoró mucho: mientras tanto, Belgrano hizo de local en el Colegio Santo Tomás, luego fue a jugar al Parque Sarmiento y más tarde a la cancha de la Liga Cordobesa, ubicada en Richieri y Concepción Arenal. Su estadio se inauguró el 17 de marzo de 1929, cuando Belgrano festejó con Estudiantes de La Plata, que no tuvo piedad y lo venció por 6-1 ante el asombro del público local. Ese mismo año, celebró en su propia cancha el título de la liga local. Los arcos conservaron durante varias temporadas algo inusual. Sus «redes» eran de alambre tejido.

El profesionalismo llegó en 1933, casi a la fuerza. Es que dos años antes se había instalado en el fútbol porteño y el éxodo de buenos jugadores hacia Buenos Aires era imparable. Por ese motivo, todo se aceleró en Córdoba. Fue justamente Belgrano el ganador del primer torneo profesional, mientras el dinero para los futbolistas lo aportaban los socios, las recaudaciones y el alquiler permanente del estadio. En febrero de 1933 estuvo muy cerca de acordar con la empresa de Rafael El Gallo Gómez, quien pretendía, organizar una corrida de toros en Alberdi.

Belgrano siguió siendo los celestes hasta que empezó a tomar estado público el nuevo apodo, los piratas, que se mantiene hoy. En el libro Un siglo de pasión, Carlo Alberto Juri Nam cuenta

que «los piratas nacimos al ritmo del pito-flautay siempre estuvimos presentes.» El hincha se refiere a su silbato flauta y su infaltable remera roja, que utilizaba para ser visto desde todos los ángulos de 1a cancha arengando al público. Agrega Juri Nam que «fuimos la primera barra organizada del país e íbamos a todos lados. Recién tiempo después, otros clubes empozaron a imitarnos».

Fueron los piratas desde que algunos hinchas de Racing de Nueva Italia los llamaron así a los de Belgrano, luego de un incidente que ocurrió en la cancha de Alberdi.

Encantados con la acusación de piratas, los hinchas se reunieron y decidieron serio para siempre.

TALLERES

Los cracks de la boutique

Diferente era la historia de Talleres, creado por un grupo de obreros del ferrocarril un 12 de octubre de 1913. Su primer nombre fue Atlético Talleres Central Córdoba y nació el mismo año que la Federación Cordobesa de Fútbol, madre de la Liga Cordobesa y abuela de la actual Asociación Cordobesa de Fútbol.

Según cuenta Talleres en su libro oficial «entre el hogar de la familia Salvatelli y los salones de la Biblioteca Popular Vélez Sársfield se albergó la idea impulsada por un grupo de jóvenes operarios y oficiales ingleses del ferrocarril, entre los que se encontraban Míster Findlay, Míster Ferguson, Míster France y Míster O'Brian, de organizarse con seriedad para fundar un club de barrio que logre cobijar ese ímpetu y entusiasmo cultivado a la vera de las vías del ferrocarril en los momentos de ocio, pero que era asumido con la informalidad propia de quien sale a divertirse en un picado con amigos».

El primer terreno quedaba en pleno Barrio Inglés (hoy Barrio Pueyrredón) en la intersección de la calle Cochabamba y la Avenida Patria, por donde circulaba el tranvía número cinco. La gente se adhería con mucho entusiasmo al nuevo club y los dueños del ferrocarril proveyeron un nuevo solar para agrandar la cancha, cercano al anterior. Un inglés, Thomas Lawson, fue el primer presidente del club y consiguió la afiliación a la Liga Cordobesa en 1914. Sin embargo, muchos de los jugadores de Talleres ya habían participado de los campeonatos, porque en 1909 se habían agrupado bajo el nombre Defensa Infantil. Luego una batahola con los alumnos del Colegio Nacional Monserrat provocó la suspensión del equipo del nombre increíble.

Talleres debutó jugando contra Belgrano, el 17 de mayo de 1914. Los ferroviarios se retiraron de la cancha cuando el árbitro Nicolás Fortunato convalidó un gol de José Lascano. Los propios jugadores resolvieron desafiliarse inmediatamente de la Liga, pero recapacitaron y se volvieron a anotar el 2 de septiembre del mismo año. Ya había nacido la rivalidad con Belgrano. Expulsados de la Liga por otro escándalo en un choque con Belgrano, fueron admitidos nuevamente cuando resolvieron modificar el nombre de la entidad. Desde ese momento —1917 pasaron a ser Club Atlético Talleres, en lugar de Atlético Talleres Central Córdoba.

Ese año, la Comisión Directiva resolvió reemplazar la camiseta blanca con rayas verticales de color bordó por una similar, pero con rayas azules. En algún momento usó una camiseta parecida a la de Gimnasia La Plata y también otra enteramente azul, pero quedó para siempre el blanco y azul a rayas verticales, más gruesas hoy que antes.

La dirigencia de Talleres empezó a buscar terreno apto para hacer su propio estadio. Lo encontraron en la zona llamada Barraca Espinosa, ubicada al sureste de la ciudad, con muchos baldíos, pero en pleno crecimiento. Talleres canjeó el terreno para la cancha por unos lotes que tenía en el Barrio General Bustos.

La cancha se inauguró el 11 de octubre de 1931, empatando Talleres con el equipo uruguayo Rampla Juniors, sin goles. Explica el libro del club que «dicen que el apodo La Boutique —popularizado e impuesto de algún modo por el periodismo de la época— intentó reflejar el cambio

de fisonomía experimentado por la cancha cuando la refaccionaron, especialmente cuando la pintaron y le inscribieron las propagandas publicitarias sobre sus paredones.

Dicen que por sus pequeñas dimensiones y su variado colorido el estadio irradiaba un aspecto similar al de una boutique, o sea «una tienda, por lo general de reducidas dimensiones, donde se vendan prendas de vestir y de adorno», según la definición del diccionario.

Vendrían más adelante la primera gira de un cuadro cordobés a Chile en 1923, muchos títulos locales, el acceso a los torneos Nacionales y el masivo apoyo del público, la increíble gira que abarcó Turquía, Grecia y Zaire en los '70 y la llegada definitiva a los campeonatos de Primera División en 1980.

INSTITUTO

La gloria como costumbre

En los primeros años de la década del veinte, otro club ferroviario amenazaba con quebrar la hegemonía popular de los dos grandes de la ciudad y se instalaba con mucha fuerza en Alta Córdoba. Fue el 8 de agosto de 1918 que los empleados de la Sección Locomotoras del Ferrocarril Central Córdoba decidieron la creación de un club, con una cancha de fútbol a la que pusieron de nombre Instituto. Sólo podían ser socios los empleados del Ferrocarril y sólo podían ser directivos quienes trabajaban en la Sección Tracción (Departamento Locomotoras), por haber sido allí donde nació el club.

Guillermo Dundas, jefe de dicha Sección, tuvo gran influencia en la creación de la nueva entidad. Había sido presidente de Instituto Junín y simpatizante del glorioso Alumni, de allí entonces que a sugerencia suya, la Asamblea decidió que la camiseta de los jugadores sería a rayas verticales rojas y blancas y pantalón blanco. Los dirigentes debían llevar un saco distintivo con los mismos colores, además de pantalón y zapatos blancos.

El club nació como Instituto Ferrocarril Central Córdoba y, al abrirlo a la comunidad, se cambió el nombre a Instituto Atlético Central Córdoba, pero siempre fue Instituto para todos. Presidido por Ramón Isleño y afiliado en 1919 a la Liga Cordobesa, consiguió muy rápido su ascenso a primera y formó un equipo memorable que ganó cuatro torneos seguidos, entre 1925 y 1928. Ahí, con ese grupo de futbolistas extraordinarios, nació el apodo de el glorioso cordobés que luego el ingenio popular convirtió en la Gloria.

Los clubes cordobeses comenzaron a aportar futbolistas al seleccionado argentino cuando Manuel Dellavalle, de Instituto, tuvo el privilegio de ser el primero un 8 de agosto de 1920, en ocasión de la victoria ante Uruguay por 1-0, en la cancha de Sportivo Barracas. Dellavalle repitió varias veces su participación, inclusive cuando ya jugaba para Talleres.

Mientras jugaba en canchas alternativas, el club inició la construcción de su estadio y logró inaugurarlo el 15 de agosto de 1951, en un amistoso contra Racing Club. El estadio está enclavado en el corazón de Alta Córdoba y hoy tiene capacidad para 27 mil personas. Fueron cuatro directivos —de apellidos Napolitano, Clementi, Carnelli y Bertilotti— quienes compraron la manzana comprendida por las calles Calderón de la Barca, Jujuy, Quevedo Funes y Sucre. En su primera cancha (Baigorri, Sucre, Antonio del Viso y Tucumán) es donde Instituto materializa los mayores logros, pero es desalojado por el dueño del terreno.

Instituto se traslada en forma precaria junto al entonces Club Esparta, en la manzana cerrada por las calles Castelar, Sucre, Tucumán y Peral, y en 1930 se queda nuevamente sin cancha. Desde ese momento juega en el predio de la ex Liga Cordobesa de Fútbol (en el Parque Sarmiento), por lo que perdió su condición de local hasta 1951.

RACING DE CÓRDOBA

La otra Academia

El espacio que había dejado Talleres en su zona de nacimiento fue aprovechado por unos muchachos liderados.

por Félix Flandín para crear un club de fútbol. En pleno Barrio Inglés, en la calle Suipacha al 900, se juntaron y resolvieron hacerlo, un 14 de diciembre de 1924, designando a Rodolfo Castro Aguirre como primer presidente.

El nombre del club se sometió a votación porque hubo dos propuestas: Tiro Federal y Club Atlético Racing. La segunda moción, sostenida por José Salomone, obtuvo más votos y desde ese momento hubo acuerdo para llamarlo así. Se resolvió usar la misma camiseta que el popular equipo de Avellaneda, celeste y blanca a rayas verticales, pero existía un club llamado Vélez Sársfield que la usaba ya. Ese primer año, Racing jugó con una camiseta celeste, blanca y roja a rayas verticales, aunque la disolución de Vélez en 1925 le permitió jugar con los colores que habían sido elegidos un año atrás. Fueron, desde ese momento, la Academia.

Consiguieron primero un terreno en la entonces calle 87 (hoy Homero Manzi) Suipacha, donde armaron la canchita.

Un par de años después se mudaron a calle 87 esquina Potosí, y obtuvieron el ascenso a primera división de la Liga Cordobesa en 1935. La adhesión de muchos cordobeses provocó que la vieja cancha de 87 y Potosí fuera quedando chica y la dirigencia se abocó a la tarea de encontrar un terreno. Por otra parte, en 1945 el club debió abandonar el emplazamiento de Barrio Inglés, por lo que hizo de local en diversas canchas durante dos años.

Corría el año 1945 cuando con 16.000 pesos —producto de la venta a Belgrano del jugador Lucero— el presidente Rubén Monguzzi adquiere los terrenos que albergarían definitivamente a Racing, ubicados en las cercanías del viejo camino a Monte Cristo, en lo que hoyes el Barrio Nueva Italia.

En 1947, comenzó la construcción de los vestuarios y de la primera tribuna, gracias a un subsidio provincial de \$ 65.000 conseguido por el presidente Tomás Sainz Gutiérrez (quien luego sería justamente recordado como el arquitecto de Racing, ya que a él pertenecía el proyecto del estadio). Algún tiempo después Hernán Húberman, quien luego fue electo presidente del club, conseguiría el dinero necesario para culminar las obras.

En 1948 fue inaugurado el nuevo estadio, que contaba con una platea y con populares construidas con los tablones de la vieja cancha. Algo así como decir que Racing no se iba del Barrio Inglés, sino que sumaba a su legión de seguidores una nueva y por entonces incipiente barriada. Racing tiene un alto honor: fue el primer equipo cordobés que participó de un torneo oficial con equipos metropolitanos. Chaco For Ever lo venció y se clasificó para el Nacional, pero el equipo de Nueva Italia logró jugar el torneo Promocional, junto con Banfield, Huracán, Colón de Santa Fe y Gimnasia y Esgrima La Plata.

Comparte con Talleres de Córdoba la mejor posición de un club cordobés en el fútbol grande de Argentina.

Fue subcampeón en 1980, tras perder la final con Rosario Central, lo mismo que le ocurrió a Talleres, cuando dejó inesperadamente escapar el título ante Independiente, empatando en dos goles en su cancha del Barrio Jardín Espinosa.

SAN MARTÍN y ATLÉTICO

Enconos tucumanos

Si bien el club Sportivo Gúzmán ha sido el primer representante tucumano en jugar oficialmente con los equipos de Buenos Aires y alrededores en el Promocional de 1967, la historia obliga a nombrar a dos grandes de la provincia, que llevan casi un siglo midiéndose con la pasión y el sentimiento dominado por el éxito a cualquier costo. Atlético Tucumán nació primero, el 27 de septiembre de 1902., en una casona de la calle Rivadavia 113. Por haber sido el precursor del fútbol tucumano, es el decano.

El fútbol británico, llegado junto al ferrocarril, ingresó en la principal institución tucumana y como cuenta don Agenor Albornoz, «Don José Fierro, vicedirector de la escuela, empezó a llevar ahí a los alumnos y maestros una vez por semana, a observar los juegos primero y a hacerlos jugar después. Los ingleses se complacían en dirigir a grupos de alumnos, jugando con ellos. Allí enseñaron a jugar al fútbol y al cricket a los estudiantes tucumanos. En las escuelas era el deporte favorito, pero lo hacíamos divididos en bandos, en completo desorden Nadie conocía las leyes de juego, fue preciso dictar academia en el mismo terreno, marcar el campo. Costo muchísimo trabajo hacerse entender y, sobre todo, someterlos a una disciplina, porque estaban —estábamos— acostumbrados a correr detrás de la pelota, en montón. Pacientemente, todos fuimos entrando en el secreto del juego».

El propio Agenor Albornoz fue el primer presidente del club, formado por profesores ingleses y nativos que frecuentaban el Gimnasio 24 de Septiembre, el primer lugar de este tipo, ubicado en la manzana de las calles Balcarce.

Santa Fe, Avellaneda y Marcos Paz. El primer partido oficial que se recuerde en la historia del club fue el 9 de julio de 1903 en el Gimnasio 24 de Septiembre, cuando los tucumanos derrotaron al Club Salteño de la vecina provincia por 3 a 1. Atlético formó con: Robinson; Gauna y Delacroix; Olivera, Fanjul y Villa; Figueredo Iramain, Goya, Montenegro, Paladini y Chevalier. Fiel al estilo inglés, Atlético se había vestido de blanco, pero enseguida utilizó sobre dicha camisa unos bastones celestes intentando emular los colores patrios. De allí en adelante esos serían sus colores oficiales.

Un domingo 21 de mayo de 1922, Atlético inauguró su actual estadio, enmarcado entre las calles 25 de mayo, Chile, Rivadavia y Bolivia. Lo bautizó como Grand Stadium ya que era el más grande nunca antes visto en la zona. Para la ocasión recibió al Racing de Avellaneda, con el que empató en un gol. Con el tiempo le sería conferido su nombre actual de estadio José Fierro, en honor a quien fuera uno de sus más grandes presidentes en toda la historia.

El impulso de Atlético revolucionó a la ciudad y comenzaron a florecer los equipos con ganas de convertirse en clubes. En 1907 apareció Argentinos del Norte y dos años después, el futuro rival permanente de Atlético. El 2 de noviembre de 1909 nacía el Club Atlético San Martín, luego de que varios muchachos se juntaran en la Plaza San Martín con todas las ganas de crear un club que representara a las barriadas populares. El grupo de ilusionados designó a uno de los suyos como primer presidente: Rogelio Castro.

Esa misma noche decidieron vestirse para siempre de blanco y rojo a rayas verticales, en homenaje a los Grañaderos del Libertador de los Andes. El nuevo club comenzó sus actividades en el Gimnasio Sáenz Peña y después de muchos años de esfuerzo adquirió el terreno comprendido entre las calles Rondeau, Bolívar, Rioja y Alberdi, donde jugó desde 1924 hasta 1930. Por razones económicas debió desprenderse de esas tierras, trasladando su estadio a Avenida Pellegrini entre las calles Bolívar, Rondeau y Pasaje Matienzo, en plena Ciudadela, barriada que conquistó de inmediato y que se ha convertido en el fortín del propio club. Allí creció el estadio definitivo, La Ciudadela.

El fútbol tucumano fue creciendo, los dos grandes acapararon la mayoría de los títulos y en los años '60 empezaron a coquetear en serio con los equipos de Buenos Aires. San Martín jugó innumerables torneos Nacionales y se dio el lujo de disputar dos temporadas completas en Primera A. En cambio, Atlético no pasó de los Nacionales y la mayor categoría de ascenso, a la que ambos quieren regresar, como meta primera.

GIMNASIA y ESGRIMA DE JUJUY

Dentro de la tacita

En San Salvador de Jujuy existía el Deportivo 23 de Agosto, un pequeño club que tomaba su nombre del Éxodo Jujeño. Los muchachos no estaban conformes con el club y decidieron crear otro. Se juntaron en una casa del Pasaje Ernesto Claros 280 y allí nació Gimnasia y Esgrima, un 18 de marzo de 1931. Tomás Yufra fue elegido como primer presidente, se labró un acta de la fundación y se estableció la vivienda de la calle Claros como sede social.

A los pocos días, los nuevos directivos impulsaron la afiliación a la Liga Jujeña. Al mismo tiempo, resolvieron adoptar una camiseta celeste y blanca a rayas verticales, como la de Racing. Años más tarde se incorporó el azul a la camiseta: hoy luce indistintamente el azul celeste de varias formas, siempre mezclado con blanco.

El 25 de mayo de 1931 el club disputó su primer partido, frente a Unión de La Esperanza. Sin embargo, tardó en ganar el campeonato local varios años: su primer título fue en 1945 y luego lo repitió muchas veces. Por tener el mismo nombre que el club platense, el equipo fue apodado el Lobo Jujeño y le quedó para siempre. Jugando habitualmente en el estadio de la Liga, más conocido como Tablada, participó por primera vez de un Campeonato Nacional en 1970, y fue derrotado 3-1 en su debut contra Boca, como visitante. Tres años más tarde, pudo inaugurar su cancha propia, el estadio 23 de agosto, conocido popularmente como la Tacita de Plata.

JUVENTUD ANTONIANA

Con la bendición divina

En la ciudad de Salta participa con suerte diversa en el principal torneo de ascenso Juventud Antoniana. La rivalidad entre salteños y jujeños se ha profundizado con los años, a pesar de que muchas veces tanto Juventud como el Lobo Jujeño, militan en categorías distintas. La página oficial de la institución da cuenta de una fundación realmente original que merece ser transcripta: «Mientras ejercía el cargo de Guardián del Convento San Francisco el Padre Enrique Giaggini, los Franciscanos solicitaron por su intermedio al entonces Obispo Gregario Romero permiso para fundar un centro destinado a 'alejar a los jóvenes de los dos sexos del contagio de los malos hábitos y encausarlos en el camino de las buenas costumbres'. La venia le fue concedida el 29 de noviembre de 1915. Siete días más tarde, el 6 de diciembre, vía Merulana 124, llegó desde Roma el acta de fundación del Centro Juventud Antoniana, que al decir de un comentarista, hállase emparentada con Cicerón y Julio César ya que está redactada en latín clásico y con fuerza de obligación. La primera reunión se realizó el 13 de enero de 1916, presidida por el ingeniero Alfonso Peralta, a quien secundaba un grupo de jóvenes deportistas. En 1917, la naciente entidad fundó el Club Atlético Juventud Antoniana, concretando así los sueños de Don Jorge González, ungido su primer presidente el 2 de marzo de 1918 y luego reemplazado por Don Ernesto González. Elegido el nombre que a través del tiempo y la distancia se confundió bajo el único rotulo de Centro Juventud Antoniana, la primera cancha la construyó donde hoy se levanta el Colegio Nacional de Salta, luego en abril de 1921 muy cerca de la Avenida San Martín y finalmente la definitiva en un terreno que era una especie de desecho atravesado por una acequia, donde en 1928 edificó la cancha llamada 'Basílica Mayor' por sus hinchas. Obviamente, desde ese momento y para siempre fueron los santos. La cancha se inauguró oficialmente con un amistoso ante Estudiantes de La Plata, el 24 de mayo de 1931, que para alegría salteña el equipo local ganó por 21. El estadio pasó a llamarse Fray Honorato Pistoia, un sacerdote italiano que fue confesor, confidente, amigo y fanático de los jugadores del club, infaltable en todos los partidos revoleando su gorra azul cada vez que el equipo convertía un gol. La vieja cancha existe aún hoy, aunque el club utiliza habitualmente el estadio construido en los últimos años, íntegramente de cemento y con mayor capacidad. Mantiene su camiseta, donde se alternan, el blanco de la pureza, el azul elegido por los fundadores, el marrón de los padres franciscanos y su ropa.»

PASIONES CUYANAS

Bodegueros, Chacareros y Sanjuaninos

En Mendoza hay una rivalidad local bien marcada con varios clubes fuertes, pero poca trascendencia nacional hasta ahora, que Godoy Cruz ha logrado el ascenso a Primera. Los clubes mendocinos habían participado en los torneos Nacionales: San Martín fue el primero en 1967, lo siguió Independiente Rivadavia y enseguida sumó Gimnasia y Esgrima, llegando en cuarto término Godoy Cruz Antonio Tomba.

Actualmente la ecuación se ha invertido y es Godoy Cruz el referente máximo de Mendoza. Nacido el 1 de junio de 1921, el club tomó su nombre de la ciudad aledaña a la capital provincial, que fue Villa Belgrano hasta 1909 y pasó a llamarse como hoy, en homenaje al Dr.

Tomás Godoy Cruz, representante mendocino al Congreso de Tucumán en 1816, gobernador y eficiente legislador. El primer nombre del club fue Sportivo Godoy Cruz y lo eligieron quienes se juntaron esa gélida mañana en el bar Victoria, frente a la plaza departamental, cuando además designaron a Romeo Godoy como primer presidente.

El club se afilió a la Liga Mendocina en el mismo 1921 y fue creciendo lentamente, hasta que en 1930 se fusionó con la Bodega Antonio Tomba, que toma el nombre de un emprendedor italiano que participó en la incipiente industria del vino en Mendoza. Finalmente, quedó como Club Deportivo Godoy Cruz Antonio Tomba, siendo Dardo García el primer presidente con la nueva denominación.

Ganó su primer campeonato local en 1944 y llegó al torneo Nacional en 1974 y a la Primera B Nacional hace bastante tiempo, antes de la hazaña del ascenso.

Azul y blanco son sus colores, con una camiseta que ha sufrido variaciones pero en general tiene predominio azul, con rayas blancas en la parte central. Su cancha es el estadio Feliciano Gambarte, con capacidad para 18 mil personas, inaugurado el 4 de octubre de 1959 en un amistoso frente al rival cercano, Andes Talleres.

Apodada la Bodega y sus hinchas los bodegueros, reemplazó a la vieja cancha ubicada en la intersección de las calles Las Heras y Castelli, que había sido estrenada en 1931, en un lugar que antiguamente era un depósito de carretas y carruajes, comprado por la Bodega Antonio Tomba después.

Unos 40 kilómetros al este de Mendoza, la pasión futbolera vive con Atlético Club San Martín, un histórico de los viejos torneos Nacionales y de la actual segunda división de AFA. Un club fundado por el esfuerzo de Emilio Robustiano Menéndez y los jóvenes de su escuelita, que el 22 de diciembre de 1927 tomó forma definitiva, luego de haberse creado como Juventud de San Martín años antes, con el aporte de algunos viñateros de la zona.

San Martín inauguró su primer estadio en 1922, en la intersección de las calles Avellaneda y Boulogne Sur Mer. Pasó luego de varios años a la calle Vélez Sársfield y como el lugar estaba quedando chico, tuvo que mudarse a uno más amplio. En 1956 instaló su cancha en la Ruta 7 y su cruce con Lavalle. El estadio, obviamente, se llama General San Martín y fue el escenario de las excelentes campañas en los '70, con aquellos equipos que pelearon bien arriba los torneos

nacionales. Siempre con la camiseta blanca y roja a rayas verticales y el apodo de chacareros que los distingue, por su lejanía del centro mendocino.

Uno de los rivales zona les del San Martín mendocino, es el San Martín sanjuanino, otro habitante permanente de la Segunda División argentina. Fundado veinte años antes que su vecino y enemigo futbolístico por un grupo de socios disidentes del Atlético de la Juventud de San Juan, que se juntaron el 27 de septiembre de 1907 en la peluquería de Octavio Alcorta, para crear el San Martín de San Juan. La nueva entidad irrumpió con todo, ganó cinco torneos en la segunda década del siglo y luego sumo varios campeonatos más, siendo hoy el equipo de San Juan que más títulos acaparó. Desde siempre, su camiseta fue verde y negra a rayas verticales y tomó contacto con el fútbol grande cuando participó en el torneo Promocional de 1968 y el Nacional de 1970. Desde hace muchos años es local en su cancha del viejo barrio de Concepción: la cancha lleva la fecha de fundación 27 de septiembre como su nombre.

OLIMPO y HURACÁN DE TRES ARROYOS

Vientos del sur

Aunque Bahía Blanca sea la vieja «capital del básquetbol», el fútbol gana cada vez más seguidores desde que Olimpo logró ascender. Dividida en los afectos con Villa Mitre, Bella Vista, Liniers y otros equipos menores, la ciudad le dio su cariño a Olimpo, el carbonero, apodo que viene de la identificación por tener la misma camiseta que Peñarol de Montevideo.

Fundado un 15 de octubre de 1910 por once jóvenes bahienses y al impulso de la marea futbolística en todo el país, no hubo acuerdo por el nombre del nuevo club, así que repitieron la charla el 21 de octubre y allí votaron, quedando establecido que la moción de Emilio Cabral había tenido 10 votos con su propuesta de llamar Olimpo a la flamante entidad, contra un voto de Libertad y un voto de River Plate. Resuelto el nombre, todos se pusieron de acuerdo en que la camiseta fuera similar a la del Peñarol uruguayo a propuesta de Jorge Avellanal, primer presidente, nacido en el Uruguay y, de yapa, simpatizante carbonero.

Construyó su primer cancha junto al Tiro Federal, en el Parque Independencia bahiense, y se mantuvo durante tres años, pasando a jugar a fines de 1913 en una manzana del centro de la ciudad, sobre la calle Roca. Desde 1915 lo presidió Roberto Carminatti, en una época dura, en la que Olimpo estuvo a punto de desaparecer. El club perdió su cancha y consiguió un nuevo hogar en la calle Italia, entre Donado y Fitz Roy. Con apenas sesenta socios, fue creciendo lentamente y en 1923 tuvo listo otro estadio, por el impulso de Carminatti. El 22 de enero de 1942 inauguró su actual campo de juego, con una derrota 6-4 en un partido amistoso con Banfield.

Olimpo es el equipo que más títulos ganó en la Liga del Sur. Jugó el primer torneo Promocional en 1967 y disputó torneos Nacionales y del ascenso. Remodeló su estadio —ubicado sobre la Avenida Colón, en la manzana que forman las calles Chile, Ángel Brunel y O'Higgins— que fue llamado Roberto Carminatti en homenaje a su más dedicado presidente.

A casi doscientos kilómetros de Bahía Blanca, Huracán de Tres Arroyos reeditó la experiencia inigualable de llegar a Primera División, con el apoyo de una ciudad pequeña, del profundo interior bonaerense. Nació el 3 de enero de 1923 después de una ruptura ocurrida entre dirigentes del club Costa Sud, algunos de los cuales decidieron fundar un nuevo club. Obtuvieron las tierras donde hoy se encuentra el complejo gracias a la donación de Juan B.

Istilar y con un eslógan convocante, llamando a «un ideal en marcha», armaron un club que empezó a participar con éxito en distintos deportes.

En 1928, Huracán —cuyo nombre homenajeaba a su homónimo de Parque Patricios— impulsó la Liga de Fútbol y desde entonces ha participado en todos los torneos. El mayor mérito deportivo en los primeros años se obtuvo a través del fútbol. Consiguió treinta campeonatos oficiales y un récord de 52 fechas invicto entre 1966 y 1969. La época mas gloriosa del club es la actual, por el importante ascenso que hubo en los últimos seis años, cuando so pasó de jugar la liga local en 1998 a jugar la Primera B Nacional en 2001 y a la Primera División en 2004, en un hecho histórico para la región que lo convierte en un modelo para muchos clubes. A principios de los '90, por el impulso y decisión de Roberto Sottino, remodeló por completo su estadio, que hoy lleva su

nombre.

SARMIENTO

Embajadores de Junin

Con una trayectoria que lo ha tenido animando cuatro categorías profesionales, Sarmiento de Junín es sinónimo de fútbol.

El martes 1 de abril de 1911, Horacio Metetieri, Ángel Pérez, Luis Negrete, José Buono, Sebastián Pincetti y algunos muchachos más decidieron crear un equipo de fútbol para disputar supremacías con otros flamantes clubes de la ciudad. Reunidos en la casa de la familia Sehety, bautizaron al Sarmiento Foot Ball Club como nueva entidad. Recién en 1933 se decidió cambiar el nombre por el más simple Club Atlético Sarmiento, cuando ya el equipo era el conjunto más ganador de la Liga Deportiva del Oeste. Se supone que la cercanía de la fecha de fundación con el centenario del nacimiento del prócer sanjuanino originó la idea de ponerle Sarmiento al club. La propuesta de Ángel Pérez fue aprobada.

Hubo acuerdo para que la camiseta fuera verde y blanca a rayas verticales, uniforme que utilizó el club durante los primeros años de existencia. Un incidente menor fue el que decidió que se adoptara el verde completo para la camiseta. Cuando las lavaban, el verde desteñía sobre el blanco, dando un aspecto feo y descolorido, por lo que optó por un verde total.

Luego de muchos años jugando en cancha prestada —principalmente en la del club Buenos Aires al Pacífico (BAP)—, Sarmiento consiguió un préstamo importante y comenzó la construcción del estadio Eva Perón, que fue inaugurado en una maratónica jornada que incluyó pruebas de varios deportes, entre el 7 y el 9 de julio de 1951.

Al año siguiente y merced a la influencia política de Juan Duarte, hermano de la esposa del Presidente y muy amigo del presidente del club, Héctor Julio Díaz, Sarmiento se «coló» en la Primera B. Para lograrlo, se consiguió el apoyo fundamental del presidente de AFA, Valentín Suárez. Finalmente, en la reunión del 2 de abril de 1952, el Consejo Directivo aprobó la incorporación de Sarmiento, directamente a la Primera B.

El debut oficial se produjo el 6 de abril de 1952 y Sarmiento, en su nuevo estadio, venció a Colón de Santa Fe por 2-1. El equipo hizo una buena campaña y finalizó cuarto, detrás de Gimnasia (campeón), Tigre y Colón, siendo Luis Pentrelli su figura más destacada. A partir de entonces se mantuvo en el ascenso hasta que en 1980 ganó el torneo de Primera B y pudo jugar dos años en la máxima categoría. Después, la vuelta a los sábados.

ALDOSIVI y LA CAI

Costa y Patagonia

Mar del Plata reúne una historia futbolera importante, que ha vuelto a tomar impulso a partir del retorno de Aldosivi a la B Nacional. Un club con apoyo popular masivo, con un apodo vinculado al mar junto al que nació —le dicen tiburón—, con un nombre extraño y una historia que vale la pena contar. En octubre de 1911, llegaron muchos franceses para trabajar en la construcción del puerto local.

Formaban parte de la Sociedad Nacional de Trabajos Públicos de París y quisieron tener un lugar y una entidad que los reuniera para practicar deportes. El 29 de marzo de 1913, unidos en la confitería El Recreo, tomaron impulso y crearon un club, dándole rápidamente los colores azul, blanco y rojo de la bandera francesa, años después modificados radicalmente por el verde y amarillo de su camiseta actual.

El primer inconveniente con el que se toparon fue el nombre de la institución. Por ello tomaron la dirección telegráfica del puerto local, que eran las dos primeras sílabas de los ingenieros y propietarios de la empresa constructora, Allard, Doulfus, Sillard y Wiriott. Como se podrá apreciar, el nombre original era AI-Do-Si-Wi, pero como la letra «W» no se utilizaba en las direcciones telegráficas, se lo cambió por la «V» y de esa manera quedó como Aldosivi. El primer presidente de la institución fue Pedro Seré, uno de los fundadores también de la Asociación Marplatense de Football, tal su nombre original.

Al sur del Sur, en Comodoro Rivadavia, existe una institución radicalmente distinta a los demás clubes que participan en el principal campeonato de ascenso y en todos los demás torneos. Se trata de la Comisión de Actividades Infantiles, más conocida como la CAI, que nace en 1984 con la finalidad de promover el Fútbol de Salón Infantil.

Con ese fin se organiza el primer campeonato infantil de la CAI, que desde entonces se continúa desarrollando una vez al año en las instalaciones del club, congregando más de cien equipos y alrededor de 1.200 chicos. Las desventajas del clima patagónico y el viento, tradicional habitante de la zona, no impidieron que se pasara del fútbol de salón al de campo.

En 1989, la institución arma los primeros equipos de fútbol infantil de campo para once jugadores, con los que participa de campeonatos a nivel nacional en todo el país, y también en países limítrofes como Chile y Brasil. Ya en 1994 la CAI ingresa en la Liga de Fútbol de Comodoro Rivadavia, y desde entonces la institución viene registrando un crecimiento constante, que siempre apunta al desarrollo integral de los jóvenes. Actualmente el club está compitiendo en el Nacional B, siendo el equipo más austral, lo cual refleja la calidad y seriedad del proyecto.

CAPÍTULO NUEVE

Boca Juniors & River Píate

River nació antes que Boca, sobre esto no hay lugar para la discusión. ¿Cuál fue la fecha? ¿Lo fundaron en 1901 como marca la historia oficial o en 1904, tres años después? Algo está claro desde el principio: dos pequeños clubes barriales, La Rosales y Santa Rosa fueron los padres de la nueva institución, más allá de las fechas.

River oficializó su fecha de fundación del 25 de mayo de 1901, cuando el gobierno le otorgó la personería jurídica el 23 de abril de 1923. Hoy, su principal página de Internet explica que «La Rosales» (en homenaje a una heroica corbeta que naufragó) instaló su canchita en un predio irregular de las carboneras Wilson y le ganó su primer partido a Estrella Polar de Parque Patricios. En tanto, en la casa de míster Jacobs, subgerente de las mismas carboneras, todos los domingos por la tarde se reunían familiares y estudiantes amigos del inglés. Un día apareció una pelota, jugaron un rato largo y al final surgió la idea: ¿Y si formamos un club? Era un 30 de agosto, por lo que se eligió Santa Rosa. Los rivales cada vez eran más duros y de ahí nació la idea de fusionarse, que se concretó el 25 de mayo de 1901. Tras varias idas y venidas se eligió River Plate como nombre, ya que mientras se construía el Dique 3, Martínez había visto a unos marineros dejar de lado unos gigantescos cajones (lo que llevaban adentro era un misterio para todos) y ponerse a jugar a la pelota en momentos libres. A Martínez le llamó la atención la inscripción que figuraba en esos cajones: «The River Plate».

Las preguntas son muchas: si River se fundó en 1901, ¿cuándo se fundó La Rosales? ¿En qué 30 de agosto se creó Santa Rosa? ¿En 1900? Los que abonan la teoría de 1901 tienen varios documentos para certificarlo. Los datos fueron buscados, investigados y publicados por un fenomenal trabajo que realizaron nueve integrantes del Centro para la Investigación de la Historia del Fútbol (CIHF), en mayo de 2004. Allí se indica que la versión 1901 de la fundación riverplatense se asienta en varios pilares: el 31 de mayo de 1912, el presidente del club y concejal porteño Antonio Zolezzi manifestó que la entidad había sido fundada en 1901 en medio de un acalorado debate para aprobar un subsidio para el club. En la memoria y balance de 1915 se señala que es la que corresponde al ejercicio número 14. Por último, la revista PBT del 26 de diciembre de 1917 afirma que River se fundó el 25 de mayo de 1901.

En cambio, los documentos encontrados sobre la versión 1904 son numerosos. En el diario La Nación del 22 de mayo de 1904 se hace referencia a la reciente fundación del club, en la memoria y balance del club de 1909 se alude al sexto ejercicio. La primera historia del club, escrita por Enrique Zanni, uno de los fundadores y presidente antes de los años veinte, dice que River fue fundado en 1904. Julio Degrossi, presidente de River en 1938, explica que la fecha de fundación considerada oficialmente era inexacta. Hay un detalle adicional y casi decisivo: no existe mención alguna entre 1901 y 1903 de River y sí, en cambio, de Santa Rosa y La Rosales, los clubes que le dieron origen.

Se sabe que Santa Rosa se fundó un 30 de agosto —se ignora de qué año— y que en sus filas

jugó Leopoldo Bard, quien años más tarde sería el primer presidente de River. Bard, futuro estudiante de medicina y fervoroso radical, jugó el 2 de septiembre de 1902 contra Diana, representando a Santa Rosa. Este pequeño club tenía demasiados puntos en común con La Rosales. Es que si bien había nacido como Juventud Boquense, luego cambió el nombre en homenaje al barco que tuvo un trágico fin. En 1903, La Rosales pierde y empata con Racing, en un encuentro en el que estuvo en juego un premio donado por el ministro de Marina.

Una de las mayores evidencias sobre la fundación de River en 1904 la brinda el diario La Nación, que en su edición del domingo 22 de mayo explica: «Con el título de Club Atlético River Plate ha quedado constituido un nuevo centro sportivo, con los elementos de los clubs Santa Rosa y La Rosales, centro que tomará parte activa este año en casi todos los torneos a realizarse. Esta tarde iniciará sus reuniones con un partido amistoso entre el primero y el segundo team del club en el field social que posee en la Dársena Sur».

El trabajo de los investigadores del CIHF (Barberini, Barnade, Cantara, Gallego, Gasparini, Gorgazzi, Imas, Nogueira y Yametti) introduce otro par de datos fundamentales para avalar la impresión de la fundación en 1904. El 28 de mayo, River aparece mencionado en El Diario jugando contra General Mitre, a quien venció por 1-0, y el 11 de junio la información de su derrota ante Racing por 3-0 se publicó en el periódico La Argentina.

Enrique Zanni, uno de los fundadores, recordó en 1938 que «terminadas las temporadas de 1902 y 1903 y por fuerza de las circunstancias, nos convertíamos de rivales en camaradas, conviniendo la fusión de ambos clubes. Y después de una célebre sesión en un salón que tenía por techo las ramas de un frondoso sauce y por mullidos asientos un verde césped, ella quedó sellada». Agrega Zanni que «al señalar esa fecha del 15 de mayo de 1904, que por cierto no concuerda con aquella en la que nuestra institución festeja anualmente sus aniversarios, no lo hago recurriendo a mi memoria ni a la de mis amigos, sino haciendo conocer una noticia aparecida en los diarios de esa época».

Sin embargo, en el primer tomo de la monumental Historia del Fútbol Argentino se legitima la fundación en 1901, pues se afirma: «Según aseguran quienes aun recuerdan esos albores, se produjo frente a la vidriera de la imprenta que Francisco Gentile tenía por el 900 de la Almirante Brown. Los muchachos querían constituir un club y la primera deliberación seria giró en torno al nombre de la entidad. Bernardino Messina proponía Juventud Boquense, Carlos Antelo veía más adecuado La Rosales como homenaje a la desaparecida corbeta, Pedro Martínez sostenía con más agrado River Plate, mientras que Forward era el nombre que seducía a Pedro Ratto. Se impuso River Plate y en torno a ese nombre convergieron los aficionados de La Rosales y Santa Rosa, dos equipos que se habían constituido y gozaban de prestigio en la zona».

En el mismo libro, el recordado periodista Félix Daniel Frascara apunta en la página 28: «¿Cuándo y cómo nació River? La historia quiere retroceder en el tiempo para satisfacción de algunos hinchas que a las muchas virtudes del club desean agregar el historial de unos años con los que no cuenta. Para que así sea admisible, los historiadores pretenden reconocer a River en dos clubes antecesores que se habrían de fusionar para darle real origen, recién en 1904. River, dicen los partidarios de la historia más prolongada, ya existía en el corazón de aquellos muchachos y, con argumento tan eficaz, afirman rotundamente que la institución nació el 25 de mayo de 1901».

Frascara, de larga carrera en la revista El Gráfico, agrega que «las entidades madres de River fueron La Rosales y Santa Rosa, ambas con mayor entusiasmo que caudales. La vida de los clubes minúsculos no era muy grata, de manera que los dos cuadros de esta historia resolvieron constituir uno solo. Esto ocurrió en 1904 y ese año tuvo lugar el auténtico nacimiento de River Plate.» Otro ingrediente que se suma a la teoría de la fundación real en 1904 es que River se afilió a la Asociación Argentina en 1905 y que el 30 de abril de ese año debutó oficialmente perdiendo 3-2 con el equipo de la Facultad de Medicina, por el torneo de Tercera División. Antes, River no había jugado nunca en torneos federados. Claro, si se creó en 1904, ¿cómo River iba a jugar antes si no existía?

El resto de la información indica que en ese debut con derrota, River soportó a un buen delantero que marcó dos goles para la modesta formación de Estudiantes de Medicina, luego prestigioso doctor, más tarde merecedor del Premio Nobel de Medicina en 1947. Nada menos que Bernardo Houssay...

El club ha dado por terminado el tema de la fundación desde hace largo tiempo y la comunidad futbolística nacional no ha puesto reparos a esta decisión. Según analizan los autores del extenso seguimiento en el documento del CIHF, «todo parece indicar que entre el 13 de diciembre de 1909 —fecha de cierre del sexto ejercicio del club, según consta en un documento oficial como lo es la Memoria y Balance, lo cual remite a 1904— y el 13 de marzo de 1912 —fecha que tiene la nota elevada a las autoridades municipales para solicitar un subsidio y primer documento oficial que alude a 1901— tuvo lugar algún suceso institucional que llevó a que se modificara la fecha de fundación asumida por el club. Los porqués de esta actitud siguen siendo una incógnita, aunque hemos conjeturado la importancia de algún remezón institucional en ese sentido.» Zanjado en apariencia el diferendo por la fecha de fundación, son menores las dudas que existen sobre el origen del Club Atlético Boca Juniors. En el barrio donde nació River creció su futuro. ¿Por qué los dos supergrandes del fútbol argentino fueron creados en un mismo lugar? La escritora Hebe Clementi explica que «si en algún lugar prendió con la fuerza y la dimensión que hoy tiene el fútbol, fue en La Boca». Y Amílcar Romero, en su texto «Madero Central Soccer vs. Huergo Fútbol Club», agrega que «durante 1904, en un colegio secundario de Bartolomé Mitre al 1300, casi junto a La Piedad, tres muchachitos afincados en la zona, pero del otro lado de la frontera natural de la Almirante Brown, entre los inquilinatos y las casas con chapas robadas de noche en la Estación Solá, el trío de origen netamente xeneize, empiezan a ser aleccionados por el tutor en educación física, un tal Paddy McCarthy».

El propio Romero dice a continuación que «al año siguiente, en abril, con fechas diferentes según la versión, sobre los bancos de la Plaza Solís para el folklore sobre la materia, ni nace el Club Atlético Boca Juniors con ese nombre ni al día siguiente apareció barco sueco alguno para prestarle los colores azul y amarillo. En lo que hubo coincidencia entre aquel puñado de jóvenes fundadores fue que La Boca tenía que estar en el nombre y que la primera camiseta fue a rayitas blancas y negras (según Hebe Clementi) y hasta rosa (según la agencia oficial de noticias Télam)».

Esta versión explicaría que Boca Juniors fue lo que quedó de una negociación. Romero agrega que «lo que no aclaran es tiras y aflojes sobre qué y con quiénes. Todo parece indicar que lo no

potable para los dueños de la pelota habría sido el inicial Defensores de La Boca. La Boca no podía tener defensores ni cosa que se le pareciera; era un clarísimo gueto del apartheid nacional Made in UK; en todo caso, juniors podía ser, como que les iba a calzar mejor para bajarles el copete al tenor de los códigos de entonces».

Algo muy diferente expresa el Libro del Xentenario que publicó Planeta, al indicar que «por los muelles de la Boca se hace notar la cantidad de hombres que practican el muy popular juego de los ingleses locos. Diversos grupos más o menos organizados se desafían en sus destrezas y hacen rodar las pelotas armadas con sólidos tientos por los descampados de la zona. La Rosales, Defensores de la Boca y Santa Rosa son algunos de aquellos equipos pioneros. Eran los comienzos futbolísticos del barrio».

Dice el libro oficial que «la leyenda boquense y los relatos heredados cuentan que aquellos fundadores (Juan y Teodoro Farenga, Santiago Sana, Alfredo Scarpatti y Esteban Baglietto), sentados en un banco en la Plaza Salís la tarde del sábado 1 de abril de 1905, acordaron el armado de un nuevo equipo más formal que Independencia Sud. Hubo un cuarto intermedio y la reunión continuó al día siguiente en la casa de Baglietto. Las treinta personas allí convocadas armaron tal revuelo que la mamá de Esteban los echó y los muchachos tuvieron que seguir charlando nuevamente en la plaza. Al día siguiente, el padre de Juan Antonio Farenga les dio permiso para reunirse en su hogar. Fue éste el lugar donde se designó la primera comisión directiva y aunque no se labraron actas, hubo acuerdo y ruidosos festejos».

Santiago Sana fue, según parece, el que mocionó el nombre Boca Juniors. Al juramento de incluir la palabra Boca, le agregó el «Juniors» por su condición de estudiante de inglés y para darle un toque británico. Eligieron a Esteban Baglietto como presidente, a Amadeo Gelsi como vice y resolvieron utilizar la vieja cancha de Independencia Sud en Pedro de Mendoza y Colorado (hoy Benito Pérez Galdós) como su primer campo de juego. El 21 de abril de 1905 se produjo el debut del nuevo equipo, goleando a la Asociación de Foot Ball Mariano Moreno por 4-0.

Respecto de la elección de los colores y la nueva camiseta, también hay versiones diferentes. Pasados más de cien años, ciertos mitos han tomado forma. La historia oficial ya está escrita y nada parece poder modificarla. En la página oficial de River, la historia explica que “en una noche de carnaval que estaba llegando a su fin, un viejo carro se asomó en busca de un descanso. De la parte de atrás del carro colgaba desprolijamente una cinta roja de seda. Un quinteto de pibes decidió robarla como una de sus tantas travesuras. Esta acción tenía un motivo: adosarle un detalle de color a la camiseta blanca que hasta ese momento identificaba a River. Primero la cruzaron en diagonal a modo de banda y después la prendieron con alfileres. La aceptación fue generalizada”.

En el estudio de Amílcar Romero, el autor ingresa en un terreno totalmente distinto, al afirmar que “la explicación sobre la divisa peca, por lo menos, de exageradamente candorosa. Además, es resultado del complejo de pobre que el fútbol ha adquirido merced a lo que algunos han dado en llamar el populismo romántico”. Agrega que “por fin, recién en 2002 el órgano oficial de la Gran Logia puso un poco más de racionalidad; el diseño y colores se corresponde con el mandil de entonces del Gran Maestro en el rito escocés. Traducción: el de Watson Hutton en la Logia Excelsior N° 617, a la que había ingresado el 6 de julio de 1893”.

Durante muchos años persistió la historia que señalaba a Enrique Salvarezza como el impulsor

de la banda roja en la camiseta blanca, cuando debieron enfrentar a un equipo del barrio en su primitiva cancha de Dársena Sur, en 1905. Ese predio lo utilizaba uno de los predecesores del club, La Rosales.

Pero Romero añade una explicación peculiar, pero históricamente rigurosa: «salvo la excepción del genovés Tomás Liberti y de algún otro italiano, hay mayoría de origen español, judíos y hasta algún teutón nacido en la India. Además, viven en casas de dos pisos, de material, son universitarios a principios del siglo XX, casi todos radicales Yrigoyenistas empezando por Leopoldo Bard, su primer presidente. El resto, ya sea por cargos electorales o burocráticos, particularmente en la Municipalidad porteña, formará parte de la clase dirigente. ¿ Se entiende ahora por qué en 1922 se fueron definitivamente para el norte estos “extranjeros” y se instalaron nada menos que en Libertador y Tagle, cuando ya el sur literalmente empezaba a boquear? Eran masones. Todos. Y si la comarca era un páramo, con potreros como para instalar canchas por docenas, a pesar de las incomodidades de tener que andar cruzando gente y acarreando ropay postes en bote, se fueron para la carbonería Wilson, en la Dársena Sur, sobre terrenos ganados al río. Allí, el gerente Mr. Jacobs les tenía listo el five o'clock tea cuando terminaban prácticas o partidos. El resto de los habitantes de la zona, a esos otros, le va a asestar un mote que es la piedra fundamental del clásico irremediable que no va a tardar en emerger: darseneros».

De la Dársena, River fue desalojado por decisión del Ministerio de Agricultura y hubo que realizar una rápida mudanza a Sarandí, todavía un incipiente caserío cercano a Avellaneda. Allí, en 1906, se construyó la casilla reglamentaria y apareció el primer baño para los esforzados jugadores.

Aprovechando la desidia oficial, porque el campo de la Dársena había quedado intacto, resolvieron volverse para el pago y allí nuevamente se afincaron. Fue en ese terreno que le ganaron la final de ascenso a Racing por 2-1 y lograron llegar a Primera División, el 13 de diciembre de 1908. River pudo debutar en 1909 en la máxima categoría, ubicándose segundo, atrás del campeón Alumni, a quien venció por 1-0, con gol de Hernán Rodríguez. Alumni ganó el torneo con 32 puntos y River lo escoltó con 24, delante de Quilmes, Estudiantes de Buenos Aires y Argentino de Quilmes, los únicos participantes que hoy siguen jugando al fútbol. Fue un 9 de septiembre de 1909 cuando el primer jugador de River llegó a la Selección Nacional: Elías Fernández se calzó la camiseta argentina ante Uruguay, en el Parque Belvedere con triunfo albiceleste por 2-0.

Un grave inconveniente sufrieron los noveles dirigentes del club, cuando un temporal violentísimo casi provoca la desaparición del escenario de Dársena Sur, el 13 de marzo de 1913. El campo de juego quedó destruido, con la casilla hecha pedazos, postes de alambrado, arcos y la única tribuna convertidas en desechos repartidos por la pequeña playa del río. Cuando se iniciaban los trabajos para intentar reconstruir el patrimonio, llegó la orden de desalojo, esta vez, definitiva. Sin cancha, River jugó el torneo de 1914 siendo local en el campo de Ferro Carril Oeste y logrando un éxito significativo: ganó la Copa Competencia, al vencer 2-1 en la final a Racing.

Enseguida, goleó por 4-0 a Newell's Old Boys de Rosario y ganó el derecho a defender la Copa frente al campeón uruguayo, Bristol de Montevideo. En su hogar provisorio de Caballito, River triunfó por 1-0.

En 1915, pudo establecerse a pocas cuadras de la vieja cancha darsenera, exactamente en la intersección de las calles Aristóbulo del Valle y Caboto. En ese lugar, sus directivos levantaron una tribuna techada sobre la calle Caboto y otra, más pequeña, sobre la calle Pinzón. Allí ganó su primer y único campeonato de la era amateur. En 1920 superó por dos puntos a Racing (56 contra 54) y pudo dar la preciada vuelta olímpica. En realidad, fue campeón en los primeros días de enero de 1921, cuando venció a Quilmes por 1-0.

River se despidió de la Boca en 1922 y se mudó a Palermo. En lo que hoy es la intersección de Alvear y Tagle, levantó su estadio con largas y amplias tribunas de madera y lo inauguró el 20 de mayo de 1923. Allí jugó durante catorce años, ganó su primer título profesional en 1932, hizo famosos a Bernabé Ferreyra, José Manuel Moreno, Adolfo Pedernera y Carlos Peucelle y se despidió del viejo estadio goleando por 6-1 a San Lorenzo, el 5 de diciembre de 1937. Fue el último partido, con aviso terminante de la Municipalidad porteña para desalojar el lugar, por el que River pagaba un altísimo alquiler.

Mientras tanto, sus inquietos y visionarios directivos, encabezados por Antonio Liberti, habían comprado las tierras cercanas al Río de la Plata en una zona despoblada y anegadiza, junto al límite barrial entre Belgrano y Núñez. Ahí se planteó Liberti construir un estadio único para la época y lo hizo en tres años, porque la piedra fundamental se colocó en mayo de 1935 y el 25 de mayo de 1938 se inauguró con una victoria por 3-1 sobre Peñarol de Montevideo. En la séptima fecha del torneo, tras haber sido local en la vecina cancha de Platense, River jugó oficialmente y perdió en el debut ante Independiente por 4-2, la mágica tarde de Vicente de la Mata, en la que este rosarino gambeteador construyó uno de los grandes goles de la historia argentina.

Si decimos millonarios es porque el apodo ya les pertenecía. Al arrancar el profesionalismo en 1931, River sacudió el incipiente mercado de pases de jugadores al comprar en 10 mil pesos a Carlos Peucelle, veloz y promocionado delantero de Sportivo Buenos Aires, puntero derecho de la Selección Argentina subcampeona mundial. No le alcanzó para ganar el título ni arrimarse muy cerca, porque finalizó cuarto, a seis puntos del campeón, Boca.

Al año siguiente, revolucionó todo. Pagó muchísimo dinero por varios jugadores que habían sido las figuras del primer torneo rentado del país. Contrató en 35 mil pesos al goleador de Tigre, el santafesino Bernabé Ferreyra, el Mortero de Rufino. Enseguida, añadió al zaguero tigrense Alberto Cuello, al delantero quilmeño Juan Arrillaga, al defensor Carlos Santamaría, de Platense, y al delantero Sciarra, de Ferro.

El otro apodo, el que durante años fue algo hiriente para los hinchas riverplatenses y que hoy ya es asumido hasta con orgullo, el de gallinas, llegó luego de la derrota ante Peña rol de Montevideo, en la final por la Copa Libertadores, el 20 de mayo de 1966. Aquella aciaga noche, River vencía por 2-0 y terminó soportando cuatro goles de los uruguayos, con una desafortunada actuación de su defensa y del gran Amadeo Carrizo, en particular.

River tuvo que lidiar, además, con los dieciocho años seguidos sin ganar títulos locales.

Luego de ser vencido en Uruguay, el equipo millonario visitó a Banfield, en la cancha de Peña y Arenales, por la decimotercera jornada del torneo argentino. Sin embargo, el resultado quedó en anécdota. Lo jugoso de la jornada fue que algún pícaro hincha de Banfield arrojó una gallina blanca con una banda roja agarrada a las plumas y ahí empezó a verificarse la historia que sigue

hasta hoy.

Si de identificación se trata, vale la pena poner la lupa en la camiseta de Boca y el origen de semejante vestimenta, sinónimo del club. Boca es azul y amarillo, pero no está mal recordar que los primeros colores fueron una camiseta rosa, que fue usada en algún encuentro amistoso, y casi enseguida, todavía en 1905, una casaca enteramente celeste, muy llamativa por cierto.

Sin embargo, la hermana de uno de los fundadores compró pocos meses después unas camisetas que tenían finas rayas azules y blancas, colores que compartían otros pequeños clubes barriales. Por esa razón, los muchachos boquenses definieron con un club supuestamente llamado Boedo que quien ganara el partido entre ellos se quedaría para siempre con la casaca blanca y azul a rayas verticales finitas. Lo ganó Boedo y Boca tuvo que buscar otros colores. Otra versión señala que no existió tal desafío y que como las camisetas se fueron deteriorando muy rápido, se pensó en cambiar todo de una vez.

Según el Libro del Xentenario, «los encargados de conseguir el nuevo color de la casaquilla fueron al puente 2 del Riachuelo, que era donde trabajaba el empleado Rafael Bricchetto, y allí, entre mate y mate, charlaron sobre el asunto. Cuando más interesante era la conversación, pasó un barco de bandera sueca y los tres buscadores, a un tiempo, lanzaron el grito de ieureka! al ver flamear una bandera en lo más alto del mástil».

Aparentemente, fueron numerosos los barcos suecos que arribaron al puerto porteño en los primeros meses de 1907. Los nombres de los buques «Drottning Sophia», «Whakatane», «Oskar 11», «Prinsessan Ingeborg» y «Kronprinsessan Victoria» no dejan lugar a dudas y en alguno de ellos se habrán inspirado los muchachos de la Boca. La historia oficial registra a Bricchetto como el responsable de proponer el cambio de colores por los suecos. Los archivos hablan: el 4 de agosto de 1907, Boca estrena su nueva camiseta, venciendo a General Arenales, en un partido de la Asociación Porteña de Foot-Ball, con una salvedad: era azul, con una franja diagonal amarilla.

Respecto de la ubicación de la franja horizontal, se tomó la decisión para unificar criterios, porque como los jugadores y sus familiares cosían la banda amarilla en sentidos opuestos, el equipo era un cambalache. Pero para esto pasarán un par de años.

El fútbol sigue sumando voluntades y esfuerzos.

Boca se anota en la Liga Albión y el 12 de abril de 1908 derrota a San Telmo por 4-1, ganando la Copa Barone.

Envalentonados, agrandados, los directivos resuelven afiliarse a la Asociación Argentina. El 3 de mayo debuta oficialmente ganándole al Belgrano Athletic Club por 31 como visitante y una semana después golea a Bernal por 7-0 en su nuevo reducto, ubicado en la Dársena Sur.

En aquella victoria, el honor de marcar el primer gol en la historia del Boca oficial, fue para Rafael Pratt, nacido en Gibraltar.

Pocas semanas después, Boca y River disputarían su primer clásico barrial. Ocurrió el 2 de agosto de 1908 y Boca triunfó por 2-1, en un encuentro amistoso.

Las exigencias de la nueva afiliación habían provocado que Boca modificara varias veces su cancha, siempre en la misma zona, hasta que en 1912 sus directivos resolvieron mudarse, aprovechando que un socio ofreció un terreno en la localidad de Wilde, en Avellaneda. Se firmó un contrato por diez años y allá fue el club, debutando en su nuevo hogar el 5 de abril, con goleada

ante Quilmes por 7-0. El excelente resultado, sin embargo, no ayudó para evitar que los socios, desilusionados porque Boca jugaba lejos del barrio, rompieran el carnet. Se fueron más de mil boquenses enojados y los resultados comenzaron a ser negativos. Manteniendo la categoría con esfuerzo, con un 0-7 inédito ante San Isidro en 1915, la etapa en Wilde fue cada vez más desdichada.

Un par de años antes, Boca había comenzado a aportar jugadores a la Selección Argentina. El 5 de junio de 1913 debutó su primer futbolista. Se trató del puntero izquierdo Francisco Taggino, en la cancha de Racing, en ocasión del empate en un gol ante Uruguay.

Los directivos, encabezados por Emilio Meincke, resuelven la vuelta al barrio natal. Buscan y encuentran, finalmente, un terreno en la calle Ministro Brin, con una fábrica de ladrillos y un galpón incluidos. El 25 de mayo de 1916, en un amistoso con Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, dieron el puntapié inicial de su regreso a la Boca ante el júbilo de los vecinos.

Ya los enfrentamientos con River tenían un sabor y un colorido especial para toda la zona, algo que comenzaba a trasladarse a muchas partes de la ciudad. El 24 de agosto de 1913, los rivales se midieron por primera vez oficialmente. Fue en la vieja cancha de Racing y el triunfo lo consiguió Boca, por 2-1 con goles de Ámela Pereyra y Mayer, descontando Cándido García.

Desde que volvió al barrio, Boca recuperó fuerza deportiva. Con un arquero de excepción como América Tesoriere, que custodiaría durante más de una década los palos boquenses, terminó tercero en 1917, detrás de Racing y River, y repitió la misma campaña en 1918.

Participó del nuevo campeonato de la Asociación Argentina con apenas seis equipos y lo ganó, con siete victorias en siete presentaciones, lo mismo que la Copa Competencia. Dividido el fútbol local en dos organizaciones, se convirtió en el baluarte principal del nuevo torneo, que volvió a adjudicarse en 1920, 1923, 1924 Y 1926.

Boca terminó de ganarse el favor popular con la extraordinaria gira que realizó por Europa en 1925. Fue el primer viaje de un club argentino al Viejo Continente, con un resultado deportivo asombroso: 19 partidos jugados, 15 victorias, un empate y 3 derrotas. Se destacaron los triunfos ante equipos españoles como Real Madrid, La Coruña, Español de Barcelona y Real Unión de Irún, además de los éxitos frente a equipos alemanes y al Olympique marsellés. En ese viaje sobresalió Manuel Seoane, el goleador de la gira con 12 tantos, cedido por Independiente como refuerzo.

En esa excursión triunfal por Europa, el plantel fue acompañado por un único hincha. Se trató de Victoriano Caffarena, quien aprovechando el poder económico familiar, participó del viaje y terminó colaborando como masajista y delegado. Trabajó buena relación con la mayoría de los futbolistas y recibió el apodo de «jugador número 12», título que le reconoció un par de décadas más adelante el propio presidente boquense, Alberto J. Armando, entregándole una plaqueta.

Animador permanente de los torneos y con el favor mayoritario a partir de su gira europea, ganó el último torneo amateur en 1930 postergando a Estudiantes de La Plata y River, también se quedó con la primera estrella, del profesionalismo, repitiendo la conquista ante los mismos rivales.

Boca completó su mudanza cuando abandonó la cancha de Ministro Brin y se trasladó a la intersección de las calles Brandsen y Del Crucero, comprándole terrenos al ferrocarril. Allí edificó

un nuevo estadio completamente de madera, que inauguró el 6 de julio de 1924, cuando Marcelo Torcuato de Alvear, Presidente de la Nación, dio el puntapié inicial antes del 2-1 a Nacional de Montevideo.

Boca lució orgulloso su nuevo estadio y construyó en el mismo lugar la mítica Bombonera, mientras hacía de local en las canchas de Ferrocarril Oeste y San Lorenzo. El flamante hogar de cemento se estrenó el 25 de mayo de 1940 y se fue ampliando con las nuevas bandejas, hasta quedar terminado para mediados de los años cincuenta. Hacía ya muchos años, casi veinte, que Boca se había quedado como dueño del barrio, único habitante y propietario, porque River eligió otros caminos bien distintos al mudarse primero al centro y luego al norte de la ciudad. Desde ese momento, los separó la geografía, un trayecto que empezó con pocos metros en la misma barriada y hoy se mide en kilómetros concretos, más allá de odios y amores.